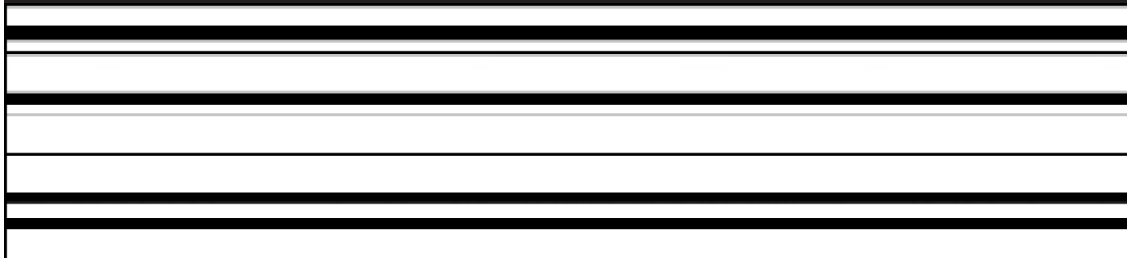


vidas rebeldes **león trotski** vidas rebeldes **león trotski** vidas rebeldes



otras **vidas rebeldes** en esta serie:

Albert Einstein, compilado por Jim Green

Antonio Gramsci, compilado por Néstor Kohan

Carlos Marx, compilado por Julio Antonio Fernández Estrada

Che Guevara, compilado por María del Carmen Ariet García

Emiliano Zapata, compilado por Juana Rosales García

Federico Engels, compilado por Julio Antonio Fernández Estrada

Haydée Santamaría, compilado por Betsy Maclean

Julio Antonio Mella, compilado por Julio César Guanche

Louise Michel, compilado por Nick Maclellan

Nazim Hikmet, compilado por Hernán F. Boeykens Larrain

Pablo de la Torriente Brau, compilado por Víctor Casaus

Raúl Sendic, compilado por Jorge Zabalza

Rosa Luxemburgo, compilado por Néstor Kohan

Sacco y Vanzetti, compilado por John Davis

Vladimir Ilich Lenin, compilado por Miriam Herrera

vidas rebeldes es una nueva colección que pone a disposición del lector la historia de personalidades del pensamiento y de las luchas radicales, que la derecha ha pretendido ocultar o mantener en el olvido. En los títulos de **vidas rebeldes** se podrá encontrar una cuidadosa selección de textos elaborados por estos hombres y mujeres. Además, el rescate de sus historias mediante escritos que abordan su vida y su obra, permite entregar a nuevas generaciones de luchadores sociales, la memoria histórica de estos eternos combatientes.

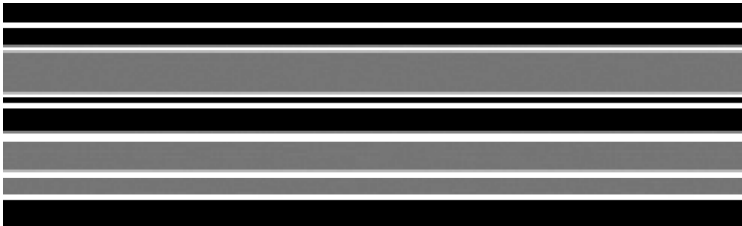
león trotski

compilado por ariel docal díaz

vidas rebeldes



una editorial latinoamericana



Derechos © 2015 Ocean Press y Ocean Sur

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, conservada en un sistema reproductor o transmitirse en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin previa autorización del editor.

ISBN: 978-1-925019-72-8

Primera edición, 2015

Impreso en Asia Pacific Offset Ltd., China

PUBLICADO POR OCEAN SUR

OCEAN SUR ES UN PROYECTO DE OCEAN PRESS

EE.UU.: E-mail: info@oceansur.com
Cuba: E-mail: lahabana@oceansur.com
El Salvador: E-mail: elsalvador@oceansur.com
Venezuela: E-mail: venezuela@oceansur.com

DISTRIBUIDORES DE OCEAN SUR

Argentina: Distal Libros • Tel: (54-11) 5235-1555 • E-mail: info@distalnet.com

Australia: Ocean Press • E-mail: info@oceanbooks.com.au

Bolivia: Ocean Sur Bolivia • E-mail: bolivia@oceansur.com

Canadá: Publisher Group Canada • Tel: 1-800-663-5714 • E-mail: customerservice@raincoast.com

Chile: Ocean Sur Chile • Tel.: (56-2) 23002016 • E-mail: contacto@oceansur.cl

• <http://www.oceansur.cl>

Colombia: Ediciones Izquierda Viva • Tel/Fax: 2855586 • E-mail: edicionesizquierdavivacol@gmail.com

Cuba: Ocean Sur • E-mail: lahabana@oceansur.com

EE.UU.: CBSD • Tel: 1-800-283-3572 • www.cbsd.com

El Salvador y Guatemala: Editorial Morazán • E-mail: editorialmorazan@hotmail.com

• Tel: 2235-7897

España: Traficantes de Sueños • E-mail: distribuidora@traficantes.net

Gran Bretaña y Europa: Turnaround Publisher Services • E-mail: orders@turnaround-uk.com

México: Ocean Sur • Tel: 52 (55) 5421 4165 • E-mail: mexico@oceansur.com

Paraguay: Editorial Arandura • E-mail: empresachaco@hotmail.com

Puerto Rico: Libros El Navegante • Tel: 7873427468 • E-mail: libnavegante@yahoo.com

Venezuela: Ocean Sur Venezuela • E-mail: venezuela@oceansur.com



www.oceansur.com
www.oceanbooks.com.au
www.facebook.com/OceanSur

Índice

Nota sobre la presente edición	1
Un revolucionario permanente	3
Cronología	19
Textos de León Trotski	
La Revolución	
Nuevamente, sobre los soviets y el partido en la Revolución Proletaria	33
Tesis sobre revolución y contrarrevolución	42
¿Qué es la revolución permanente? (Tesis fundamentales)	51
Historia, educación y cultura	
El individuo en la historia	57
Por la libertad de educación	59
Cultura y socialismo	61
En defensa del marxismo y los marxistas	
El marxismo como ciencia	71
Noventa años del <i>Manifiesto Comunista</i>	74

Lenin como tipo nacional	86
¡Fuera las manos de Rosa Luxemburgo!	91
Estalinismo	
El estado obrero, termidor y bonapartismo	101
¿Qué significa la lucha contra el trotskismo?	111
Contra el estalinismo	
Las tareas de la Oposición	115
Carta a los obreros de la URSS	120
Cuarta internacional	
La fundación de la Cuarta Internacional	125
Manifiesto de la Cuarta Internacional sobre la guerra imperialista y la revolución proletaria mundial	128
Todo por la revolución	
León Sedov: hijo, amigo, luchador	133
El suicidio de mi hija	140
Stalin quiere mi muerte	143
Testamento	149
Acerca de Trotski	153
Algunas de las obras principales de León Trotski	155
Bibliografía (brevísimas) utilizada en este material	157

Nota sobre la presente edición

La obra de León Trotski abarcaría varias decenas de volúmenes. Solo entre 1929 y 1940 escribió más de mil documentos. Su producción intelectual es vasta. Si bien existen textos y temas clásicos en su obra, cualquier antología que se pretenda implica búsqueda, rigor y tiempo.

En este libro presentamos una compilación mínima de algunos de los textos más significativos de Trotski con el intento de mostrar las hebras de un pensamiento profundo y amplio que abarcó lo temas más diversos con agudeza.

Sirva entonces este trabajo como invitación a una búsqueda más fecunda en la obra de este imprescindible de la revolución mundial.

Para la selección de esta brevísima antología se utilizaron y cotejaron textos tomados de:

Archivo León Trotski en: <http://www.marxists.org/espanol/Trotski/temas.htm>.

Los archivos del Centro de Estudios e Investigaciones Políticas (CEIP) León Trotski, Argentina: <http://www.ceip.org.ar/escritos>.

De Isaac Deutscher: *La era de la revolución permanente. Antología de escritos de León Trotski*. Ediciones Saeta, México, 1964.

El compilador



Un revolucionario permanente

*A mi hijito Marci,
en el empeño de que sea un hombre bueno.*

La forja

Lev Davidóvich Bronstein vino al mundo en la «apacible y soleada estepa ucraniana», en una granja llamada Yanovka, en la provincia de Jersón, el 7 de noviembre de 1879.* Fue el quinto hijo de una pareja de campesinos judíos de clase media. Su padre, David Bronstein, era un agricultor rudo y trabajador. Su madre, Ana, procedía de una familia de clase media y había recibido una esmerada educación, la que influyó en el desarrollo de Lev Davidóvich, quien mostró desde pequeño una inteligencia vivaz.

A los ocho años de edad el niño ucraniano fue enviado a Odessa, donde cursó estudios primarios, y ahí permaneció hasta los dieciséis años. En ese tiempo estuvo alojado en casa de un pariente de su madre, un intelectual de tendencias liberales quien le inculcó sus primeras ideas políticas. En 1896 se trasladó a Nikolaiev para proseguir su educación, donde estudió matemáticas por un breve periodo.

El inquieto Lev inicia sus actividades políticas en ese tiempo: primero adherido al llamado populismo agrario y luego, a los diecinueve

* 26 de octubre según el calendario juliano que rigió en Rusia hasta 1918.

4 león trotski vidas rebeldes

años de edad, se integró definitivamente a la tradición marxista. Develando sus aptitudes como organizador, comenzó a reunir a los obreros de la región en una organización político-sindical ligada a la socialdemocracia de la época, denominada Unión Obrera del Sur de Rusia. Por su activismo en esta faena política fue detenido en 1898 y deportado a Siberia, de donde logró fugarse en 1902.

Tras evadir su encarcelamiento recaló en Londres, donde conoció a Vladimir I. Lenin, a Yuli Márto y a Georgi Plejánov, principales dirigentes del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia (POSDR). Sin dilaciones, se suma, con sus dotes para la reflexión aguda y con su discurso vehemente, a colaborar en la redacción del periódico del partido *Iskra* (*La Chispa*). A partir de ese momento ve la luz Trotski, seudónimo que le da celebridad y que tomó del nombre de uno de sus carceleros en Siberia.

Aquel partido vivió una intensa etapa de definiciones tácticas e ideológicas en los albores del siglo. Trotski participó en el segundo congreso de la socialdemocracia rusa, realizado en Bruselas y Londres en 1903, en ocasión del cual se opuso al «jacobinismo» bolchevique (mayoría) de Lenin y se adhirió a la corriente menchevique (minoría). En realidad, su alianza con Márto, cabeza de los mencheviques, se basaba, más allá de una sólida amistad, en una oposición común a Lenin y a los bolcheviques, y sería puramente episódica. Dos años más tarde, con el estallido de la primera Revolución Rusa, las causas profundas de la escisión aparecieron a plena luz y la adhesión de Trotski al menchevismo acabó cuando sus partidarios pactaron con los liberales. Uno de sus mayores esfuerzos en este periodo fue el intento de reconciliar a la facción bolchevique con la facción menchevique, el cual fracasó. En lo adelante asumió una postura independiente en el seno del partido.

En 1904, en Múnich, el joven revolucionario se hizo amigo de otro intelectual emigrado, el judío ruso-alemán Parvus (Alexander Israel Helphand), con el cual emprendió una colaboración muy fecunda. La influencia de este sobre la formación del pensamiento de Trotski fue decisiva al complementar en su visión la categoría metodológica de

la totalidad. Si bien Rusia seguía siendo el centro de su análisis, abordaba su situación dentro de los contornos del capitalismo como sistema mundial.

Apartado de los principales dirigentes de la socialdemocracia, regresa a Rusia poco antes de la Revolución de 1905, durante la cual fue uno de los organizadores del primer *soviet* (consejo revolucionario) en San Petersburgo y asumió el papel de dirigente principal, donde proclamó la jornada de ocho horas, impulsó la negativa a pagar los impuestos y participó resueltamente en esta Revolución que puso en peligro la existencia misma del Imperio y que sería catalogada como el gran ensayo de la Revolución de 1917. Para ese momento Trotski era un impetuoso joven de veintiséis años.

Fracasada la Revolución, fue encarcelado y deportado nuevamente a Siberia (1907). Durante esta época escribe dos de sus obras más importantes: *1905* y *Resultados y perspectivas*. En esta ocasión también consiguió escapar del gélido exilio y se trasladó a Viena, luego a Suiza y finalmente a Francia, país este del que fue expulsado. Realizó un viaje a Nueva York, donde coincidió con el teórico bolchevique Nikolái Bujarin.

En su incansable hábito de organizar para la lucha, fundó en 1913 un grupo llamado Mezhrayontsy (el «interdistrito de Petrogrado») con varios dirigentes socialistas: Adolf Joffe, Riazanov, Anatoli Lunacharski, Mijaíl Pokrovski y otros futuros dirigentes de la Revolución de octubre. Previa a la Revolución de 1917 dedica sus esfuerzos principalmente a contactar con diferentes conspiradores revolucionarios y a defender desde la polémica sus ideas ideológicas.

La Revolución

Al estallido de la Revolución de febrero de 1917 se encontraba en Nueva York, donde colaboraba para un periódico ruso. Consigue llegar en mayo a Rusia, asumiendo el control de la Organización Socialdemócrata Interdistrital e integrándose en el Soviet de Petrogrado (San Petersburgo). De esta forma se apartaba de su anterior neutralidad

durante el exilio implicándose en el proceso revolucionario directamente con los bolcheviques.

La Revolución lo sorprende con treinta y ocho años de edad y una madurez política y teórica que le permiten, combinado con su ímpetu y esperanza en la victoria, destacarse en este crucial acontecimiento en la historia de la humanidad. Un hombre firmemente asido a la esperanza del destino glorioso del comunismo no podía menos que acompañar el nacimiento del coloso euroasiático a la libertad democrática que fue como un rayo de ilusión, más allá de las fronteras del defenestrado Imperio Ruso, en aquellos tiempos de pesadilla.

Gracias a su poderosa oratoria, su talento y su activismo alcanza una enorme popularidad que le permite llegar a formar parte del Comité Central del Partido Bolchevique, en el que había ingresado en julio de 1917.

Frente a los dilemas prácticos de la Revolución, Trotski apoyó decididamente la postura de Lenin en cuanto a la necesidad de derrocar al gobierno provisional surgido de la Revolución de febrero y encabezado por el socialista moderado Aleksandr Kérenski, criterio sustentado en la comprensión de que la Revolución se estaba operando. El mérito de Lenin y de Trotski fue el de comprender que ninguna solución intermedia entre la dictadura reaccionaria y la dictadura revolucionaria de los soviets era posible. En aquellos momentos, los nombres inseparables de estos dos hombres de la revolución mundial iluminaron con una aureola prodigiosa.

Así, sus esfuerzos se dirigieron a recabar apoyos al movimiento bolchevique para el alzamiento previsto. Al tener Lenin que ocultarse, Trotski asumió la jefatura del Comité Militar Revolucionario, rol desde el cual aportó al triunfo de la Revolución de Octubre, siendo el principal responsable de la toma del Palacio de Invierno por los bolcheviques.

La Revolución echó a andar y lo previsto por la teoría se hizo pequeño ante las exigencias de la obra por hacer. Durante la primera etapa de ese empeño creador, Trotski trabajó estrechamente con Lenin. En el mes de noviembre fue nombrado comisario (Ministro) de Asuntos Exteriores. Uno de los primeros mandatos que recibió fue el

de negociar la paz por separado con Alemania, el llamado Tratado de Paz de Brest-Litovsk, que suponía el abandono de Rusia de la Primera Guerra Mundial y la pérdida onerosa de una porción considerable de su territorio. Firmado este, Trotski dimitió de su cargo al considerar que se perdía la oportunidad del empuje militar para la revolución mundial.

No había dudas de sus capacidades y dedicación honesta al gobierno de la Revolución, por lo que fue nombrado seguidamente Comisario de Guerra. Desde este puesto se encargó de la creación, promoción y dirección del Ejército Rojo, en el escenario de una Guerra Civil (1918-1920) contra las fuerzas contrarrevolucionarias integradas por potencias extranjeras y rusos blancos. En 1920, bajo su mando, el contingente militar del bisoño Estado obrero llegó a tener cinco millones de hombres y mujeres y venció a catorce ejércitos extranjeros. Durante los cuatro años de terrible guerra civil, y muy a menudo en condiciones desesperadas, obtuvo victoria tras victoria, destruyó los ejércitos reaccionarios del general Yudenith en Estonia, de Denikin en Ucrania, de Dutov en el Ural, del almirante Koltchak en Siberia, y redujo a la impotencia la intervención extranjera.

Finalizada la contienda militar, centró su atención en los aspectos económicos de la Revolución, materia en la cual defendió un aligeramiento de la centralización (comunismo de guerra) y la planificación de la NEP (Nueva Política Económica).

Desde su inamovible certeza en el imperativo de la revolución mundial, Trotski, junto a Lenin, inspiró la creación de la Tercera Internacional o Internacional Comunista y redactó sus principales documentos y declaraciones.

La osada Revolución Rusa enfrentó enormes escollos de los que resultó que la intervención extranjera, la guerra civil, el bloqueo, el hambre y su acumulado cultural, mataron a la joven democracia soviética y dieron nacimiento a la dictadura burocrática del partido. En 1921, la insurrección de Kronstadt reveló el conflicto entre los ritmos dentro de la revolución al emerger el reclamo de vuelta a los soviets elegidos libremente y la tendencia menos democrática del poder.

Fue este el momento del vuelco a la centralización del poder. Otros hechos se desencadenaron en esa dirección. Trotski tomó parte en

sucesivas decisiones de mucha implicación futura como la represión a los anarquistas y la ilegalización sucesiva de los socialistas revolucionarios y los mencheviques de izquierda, que habían apoyado la Revolución de Octubre y formaban parte del gobierno y de los soviets (consejos obreros). También votó la supresión de fracciones en el partido, lo cual sentó las bases para su transformación en un partido único, el que a la postre controlaría el aparato estatal. Se abrió así involuntariamente el camino a la dictadura burocrática.

Es cierto que Trotski tuvo su parte de responsabilidad en los errores que se cometieron junto con Lenin y los dirigentes del Partido bolchevique. Es cierto, además, que su sicología de doctrinario marxista, convencido de tener la verdad integral y salvadora, le impidió ver la importancia vital de la libertad y de la democracia para todos los momentos. Pero no se debe obviar, para la justeza del análisis histórico, que estos grandes revolucionarios ejercieron el poder en condiciones particularmente graves, en las que el peligro de muerte de la Revolución era inminente, en las que el hambre, el acumulado cultural y el cansancio de las masas ponían límites severos.

Trotski, quien tenía un carácter voluntarioso y una estima elevada de sus capacidades intelectuales, ciertamente cometió errores de gran relevancia, pero es incuestionable el hecho de que obrara de buena fe y que tales errores eclipsan frente a su colosal y trascendente vida. Además, dio una lección inmensa y poco recordada de ética política y teórica al analizar críticamente posturas condicionadas históricamente y corregir la lucha estratégica en los cambiantes escenarios. Ya en 1923, él y Lenin dieron cuenta del peligro burocrático totalitario y resolvieron combatirlo juntos. Tras la muerte del líder bolchevique esa lucha fue uno de los sentidos prioritarios al que Trotski consagró su vida.

Después de Lenin

El desafiante proceso soviético sufrió un golpe severo en el año 1922 cuando Lenin se vio obligado a retirarse de la vida política tras sufrir una apoplejía. Desde su retiro entabló su última lucha contra las defor-

maciones burocráticas del Estado Obrero Ruso, lucha en la que tuvo como su más cercano y confiable aliado a Trotski, quien, a pesar de ser el segundo hombre de la revolución, no se encontró en posición de asumir el control del gobierno tras la muerte de Lenin en 1924.

Trotski no le prestó debida atención a la vida organizativa del partido, no estaba al tanto de lo que sucedía al interior de este, sus dinámicas, ritmos y lógicas de funcionamiento. Esta es una de las razones esenciales por las que no consiguió impedir que la troika compuesta por Ióséf Stalin, Grígori Zinóviev y Liev Kámenev se hiciera progresivamente con el poder debido al control que tenían sobre la vida operativa del partido: la *real politik*. Aunque Trotski asumió de facto la jefatura de una oposición de izquierdas, fuerza política que rescataba la tradición marxista y revolucionaria de Octubre, sus denuncias teóricas y políticas no pudieron competir con la máquina burocrática del partido sobre la cual Stalin tenía el control.

En su ámbito más esencial, el dilema de la revolución no se reducía a la disputa de Trotski y Stalin por el poder. Ambos eran los rostros visibles de dos concepciones en disputa, dos sentidos distintos para la creación del socialismo en la URSS. Dos puntos extremos los separaban, cargados en su interior de desgloses y precisiones teóricas y éticas: el primero defendía la tesis de la «revolución permanente», mientras que el segundo apostó por la concepción más conservadora de consolidar el «socialismo en un solo país».

Como parte del proceso de disputas por el poder y con no pocas artimañas, sus adversarios políticos lo destituyeron bajo la acusación de cometer serias violaciones a la disciplina del partido. Fue separado de su cargo de comisario de Guerra en 1925 y lo expulsaron del Politburó en 1926. Stalin le envió al exilio en Asia central en 1928 y fue desterrado de la URSS en 1929.

Trotski no concebía la lucha contra el estalinismo como una lucha por el poder y aún menos como una lucha por su poder personal, sino como una batalla en defensa del Estado obrero, contra el cáncer de la burocratización que lo roía interiormente. Por eso, a contrapelo de lo que algunos suponen debió hacer, cuando aún era el máximo jefe militar

y tenía ascendencia sobre la oficialidad, optó por no encabezar un golpe militar, el que sin dudas lo entronizaría en el poder. Sabía que ese acto habría acelerado la deriva autoritaria y burocrática que se esbozaba en el Estado y contra la cual dirigió su combate, no con las armas y la imposición sino con el pensamiento y la evocación a la democracia.

Los ideólogos oficiales del régimen se encargaron de rescribir la historia de Trotski haciéndolo aparecer como un traidor. Su nombre fue suprimido de los tratados de historia de la Unión Soviética. Se le imputaba la responsabilidad de la miseria terrible que padecía el pueblo ruso bajo el totalitarismo y del desastre económico de la industrialización despótica. Esta campaña hizo parte de la «guerra civil contra la vanguardia bolchevique» que desató el régimen contra los viejos militantes marxistas. La calumnia, la mentira y el delirio de asesinato fueron los argumentos contra las ideas que él representaba.

Trotski, a pesar de algunos yerros, se convirtió en la intransigente encarnación de un movimiento de izquierda, el cual, en el seno del partido, luchó sin fatiga para devolver la democracia, por el principio del internacionalismo militante, por una industrialización inteligente y humana, contra la dictadura de los secretarios y el pensamiento domesticado, contra la doctrina del «socialismo en un solo país» y la colaboración con el nazismo en desmedro del movimiento obrero internacional.

Contrario a lo que algunos afirman, Trotski no fue un hombre del poder. Lo ejerció durante un periodo bastante breve: cinco años, entre octubre de 1917 y fines de 1923, y durante los cuatro años que precedieron su expulsión (1927) del Partido Bolchevique. Este hombre fue, en realidad, un judío errante de la Revolución. Su última etapa de vida fue de una absoluta osadía porque no perdió oportunidad de desafiar al capitalismo mundial y al socialismo deformado de la URSS, por lo que pagó el precio del destierro y las restricciones continuas en cualquier lugar que intentó morar.

Sus ideas

Trotsky fue un profundo conocedor de la teoría marxista, a la que aportó innumerables conocimientos y desarrollos como la teoría de la revolución permanente, ya esbozada por Marx en 1848 y asumida por Lenin en los meses de la Revolución Rusa. En esta teoría (1905) previó que, en una Rusia atrasada y semifeudal, solo la clase obrera sería capaz de cumplir las tareas que históricamente corresponderían a la burguesía. Basada en esta visión del proletariado como fuerza motriz fundamental en la lucha contra el zarismo, la teoría de la revolución permanente excluía la «necesidad histórica» de una larga época de desarrollo del capitalismo.

Pero su trabajo teórico más importante fue *La Revolución traicionada*, de 1936. En él Trotsky analizó el inédito proceso de burocratización de la URSS y del Partido Bolchevique y pronosticó que o la clase obrera, bajo la dirección de un partido revolucionario, hacía una revolución política que limpiara de los soviets y del Estado obrero a la burocracia parasitaria, o el capitalismo sería restaurado en Rusia. Cincuenta años después el proceso de restauración del capitalismo en la URSS y sus resultados dieron confirmación a esta previsión.

Trotsky posee una vasta obra sobre una infinidad de temas. Escribió sobre literatura, sicología, opresión de la mujer, moral y muchos otros. Seguía de cerca y apoyaba el desarrollo de las corrientes de vanguardia, rechazaba la idea de un arte oficial y alentaba todo esfuerzo creador. Fue uno de los primeros marxistas que observaron con interés el comienzo del psicoanálisis.

Dejó valiosas lecciones sobre cada uno de los procesos revolucionarios que presenció: la Revolución Alemana de 1923, la Revolución China de 1923-1925, la Revolución Española de 1931-1939 y la Segunda Guerra Mundial.

A partir de los años treinta vio en el fascismo alemán la amenaza concreta de una regresión social hacia una forma moderna de barbarie. Fue uno de los pocos espíritus lúcidos frente a los peligros para Europa de una victoria del nacionalsocialismo en Alemania. Exiliado en Turquía y aislado en Prinkipo, cerca de Estambul, llamó a la unidad

del movimiento obrero contra el nacionalismo hitleriano, denunciando tanto la pasividad de la socialdemocracia como el sectarismo del partido comunista, completamente engeguado por su lucha contra el «socialfascismo».

Este hombre, cuyo nombre está grabado para siempre en la historia del siglo XX, veía como su mayor realización, no la victoria de la Revolución de Octubre, ni la formación del Ejército Rojo o la construcción de la Tercera Internacional, sino el hecho de haber dado la batalla por la continuidad de la tradición marxista a través de la fundación de la Cuarta Internacional, en 1938.

Creía firmemente, y esta fue condición de su denodado empeño, que sin la construcción de una nueva Internacional, la tradición marxista y proletaria se perdería para siempre, fruto de la degeneración de la Tercera Internacional. Las duras condiciones en que la Cuarta Internacional se construyó volvían su fundación todavía más necesaria: el estalinismo había triunfado en la URSS y el nazismo había llegado al poder en Alemania. Era imperioso formar una Internacional capaz de continuar, cuando las condiciones lo permitiesen, la lucha de Marx, Engels, Lenin, Rosa Luxemburgo y del propio Trotski.

Con el método marxista, «interpretación histórica y sociológica y no el de la acumulación de las ilustraciones estadísticas», y los basamentos éticos y teóricos de la doctrina, Trotski desentrañó las esencias del régimen soviético y la validez de la opción democrática del socialismo como paradigma contestatario a la realidad emergida en la URSS, así como la inviabilidad del socialismo en un solo país.

Este último asunto fue fundamentado en su interpretación del internacionalismo, pues comprendió que no hay soluciones meramente nacionales a los problemas sociales y políticos de cada uno de nuestros países. Le quedaba claro que encerrarse en el propio rincón como única meta de edificación social liberadora es escribir la crónica de un fracaso anunciando. Por eso Trotski defendió el internacionalismo frente al nacionalismo contrarrevolucionario de Stalin.

Desde la experiencia histórica, fuente de análisis para el marxismo, el contenido democrático del socialismo fue un rescate esencial de las

luchas liberadoras, rescate erigido en condición *sine qua non* de la revolución. En él Trotski imbricaba, como foco de su atención, la idea marxista de que la liberación de los trabajadores será obra de los trabajadores mismos y no de aparatos que intenten sustituirlos. La fuente viva de la revolución es la creatividad colectiva, y el programa político que la orienta implica potenciar la creatividad diaria de los trabajadores y la corrección desde ella de la teoría revolucionaria. Al mismo tiempo, la democracia interna en el partido es condición para evitar su burocratización y el unánime estéril que de ella se deriva. Complementa la propuesta la necesaria lucha por el derecho a la pluralidad de partidos obreros en la transformación revolucionaria, pues la clase obrera no es homogénea, porque la democracia también es un derecho para los que piensan diferente que la mayoría, porque nadie posee la verdad teórica y porque no tiene crédito la creencia vanguardista de la burocracia y el supuesto mandato de representación que le otorga la clase trabajadora.

Todos estos postulados llevan a la comprensión de que el partido revolucionario debe estar separado del Estado para no ser tragado por el funcionamiento de un órgano que sigue siendo burgués aunque no esté ya en manos de la burguesía, y para poder controlar los errores y las políticas de su propio gobierno.*

* A lo largo de su vida, Trotski revisó varias veces su posición respecto al partido. En un inicio consideraba que era esencialmente un producto de las movilizaciones espontáneas del proletariado; en su opinión no podía haber un partido de vanguardia sin una participación política activa del proletariado. Después de 1917 hizo una revisión autocrítica de sus antiguas posiciones sobre el partido, calificándolas de «conciliadoras». Reconoció razón en la idea de Lenin que destacaba que sin el Partido Bolchevique el proletariado ruso jamás habría podido tomar el poder y que un partido de ese tipo era necesario al movimiento obrero europeo, para extender la revolución fuera de las fronteras de Rusia. Primero defiende la espontaneidad revolucionaria y de la organización de los trabajadores y luego se transformó en un bolchevique defensor de la centralidad del partido, postura que, al final de su vida, vuelve a sufrir un vuelco al destacar la centralidad de la democracia.

El rescate que hace Trotski de la democracia como sustento irremplazable del socialismo, aprendido de la lección histórica de la Revolución de Octubre y su posterior sepultura, refuerza el principio de que la lucha por la democracia se une indisolublemente con las tareas anti-capitalistas.

Los últimos combates de Trotski, en un momento donde las condiciones apuntaban al hundimiento de toda esperanza, tanto por su situación personal como por los embates que padecía el movimiento revolucionario mundial, se centraron en tres grandes luchas. En primer lugar, evitar toda confusión posible entre revolución y contrarrevolución, entre la fase de octubre de 1917 y el Terremoto estalinista. El segundo combate fue la comprensión de los encadenamientos hacia una nueva guerra mundial, en una fase donde iban a exacerbarse los chovinismos y a oscurecerse los enfrentamientos de clase. Finalmente, el tercer combate, ligado a los precedentes, fue la fundación de una nueva Internacional proclamada en 1938, pero proyectada al menos cinco años antes de la victoria de Hitler en Alemania, que Trotski no concebía como la reunión de los marxistas revolucionarios únicamente, sino como una herramienta volcada para las tareas del momento.

Trotski no fue infalible a la tendencia de los grandes revolucionarios, hombres y mujeres, de confundir lo deseable con lo posible, aun y cuando en este equívoco extremara las argumentaciones a sus posturas. Por eso erró en sus pronósticos cuando hizo un paralelo entre los hechos que siguieron a la Primera Guerra Mundial y los que podrían resultar de la Segunda, cuando imaginó que la guerra significaría de manera ineluctable la caída del estalinismo, y cuando previó impactos e ideologización del movimiento obrero norteamericano que no sucedieron.

Trotski fue un pensador crítico, aunque no siempre suficientemente autocrítico, y partía para sus análisis de las modificaciones y contradicciones generadas en la realidad. Para él también el árbol de la vida es verde y el de la teoría es gris. Por consiguiente, no se puede leer su obra ni acceder a su testimonio de vida como quien accede a un gurú, como hacen los fieles acríticos con los dogmas de sus «maestros».

Evidentemente, Trotski no es responsable de la decena de grupos que lo caricaturizan. Una cosa es la copiosa obra de ideas espléndidas y otras inexactas de León Trotski, y otra cosa es el diverso y complejo mundo del trotskismo.

Herejía viva

Sus últimos años los compartió entre el compromiso constante con su lucha y el sufrimiento por los costos personales que esta le acarrió. Durante su duro bregar, Trotski tuvo a su lado a la intelectual revolucionaria rusa Natalia Sedova, quien, además fue su esposa. Compañera de lucha, de ideas, persona imprescindible en la prolifera obra intelectual de su compañero. Ambos se acompañaron en el triunfo y en el dolor.

De los cuatro hijos de Trotski, dos de su primer matrimonio, todos murieron antes que él. Uno de sus hijos fue fusilado, una de sus hijas murió en la miseria, otra se suicidó. En París, una muerte «sospechosa» le arrancó al mayor de sus descendientes, León Sedov, quien además fue un colaborador cercano.

Trotski, mientras que muchos de sus camaradas en la URSS caían uno tras otro en las cárceles, lo que aumentaba el dolor y la agonía de su lucha, nunca dejó de ser un combatiente en el único terreno que le quedó disponible: el de las ideas. Todas estas desgracias lo agotaron y, a pesar de este estado y del peligro de ser asesinado, continuó su lucha, sin desfallecimientos, con una inteligencia siempre aguda y despierta y con una absoluta probidad. Este combate lo concretó en una obra teórica de primer orden, que pasa a ser patrimonio de la cultura socialista.

Tras su salida de la URSS en 1929, después de pasar por Francia, Noruega y Turquía, Trotski llegó a México en 1937 en condición de asilo político concedido por el presidente Lázaro Cárdenas. Vivió en la Casa Azul, morada de Frida Kahlo y Diego Rivera en Coyoacán, hasta la ruptura política con este último, que se dio en 1939. En ese año, cambió su residencia a la Calle de Viena, también en Coyoacán. En

esa casa sufrió dos atentados, el primero de ellos ocurrido en mayo de 1940, y unos meses más tarde, el 20 de agosto, sufrió el ataque final que le costaría la vida. Terminó así el duelo físico entre el revolucionario permanente y el totalitarismo.

Su crítica enjundiosa al régimen burocrático, su perseverancia, su actividad indetenible en defensa del contenido revolucionario de la Revolución de Octubre, la reencarnación en su obra del espíritu del marxismo revolucionario, sus osadas denuncias públicas del estalinismo a donde quiera que llegó en los diez años de peregrinación fuera de la URSS, estaban contempladas entre las razones de su asesinato.

El nombre de León Trotski se inscribe entre las figuras más polémicas e irremplazables en la historia del movimiento revolucionario. Vivió las mayores glorias y los mayores fracasos. Este hombre (político, orador, ensayista, historiador, literato y revolucionario) despertó en vida pasiones encontradas y no ha perdido esa cualidad después de muerto.

En su paso por la historia vivió tres largos exilios fuera de Rusia. En Rusia vivió tres revoluciones. Fue dos veces presidente del Soviet de Petrogrado. Fue miembro del Comité Militar Revolucionario durante la insurrección de Octubre de 1917, dirigió los operativos que condujeron a los bolcheviques al poder. Creó y condujo al Ejército Rojo a la victoria. Su labor fue crucial para la supervivencia del primer Estado comunista del mundo.

Tras la muerte de Lenin trabajó una batalla sin cuartel contra la burocratización del Estado soviético y la degeneración del Partido Bolchevique por parte del estalinismo. Denunció sin fatiga la traición a la Revolución de Octubre, lo cual convirtió en el sentido de su existencia al extremo épico de ofrendar su vida como consecuencia de ese empeño.

Algo más de setenta años han transcurrido desde su asesinato, el que sigue siendo un fracaso pues Trotski no deja de brindar criterios vivos sobre la historia, la política, el socialismo y la revolución, al tiempo que su vida es un testimonio de empeño práctico, intelectual y utópico en el convulso camino de la emancipación humana.

Trotsky, quien sigue incitando apologías y excomuniones, es un referente imprescindible para contar el presente rebelde desde las alentadoras páginas del pasado revolucionario. Se inscribe entre los referentes obligados en la historia del pensamiento marxista. Frente a la tarea de rescatar una memoria pluralista del movimiento revolucionario y de los debates estratégicos que lo han atravesado, Trotsky es uno de los indispensables.

Una constante tuvo su vida: la esperanza en el triunfo de los oprimidos. A los veinte años de edad exclamaba que «mientras haya un soplo de vida hay esperanza». A sus sesenta años, en el hospital, antes de perder definitivamente la conciencia, sostenido por aquella máxima de su tiempo de bisoño revolucionario, pidió a su secretario que registrase su último mensaje: «Estoy cerca de la muerte por los golpes de un asesino político... por favor, díles a mis amigos... estoy seguro de la victoria... de la Cuarta Internacional... adelante!».

Ariel Dacal Díaz
Mayo 2011.



Cronología*

1879

Nace el 26 de octubre (7 de noviembre según el nuevo calendario) en la ciudad de Yanovska, distrito de Elisabethgrado, Ucrania.

1897

Colabora en la fundación de la Unión Obrera del Sur de Rusia.

1898

Es arrestado por primera vez a causa de su actividad clandestina.

1899

Es condenado a la deportación a Siberia, junto con su mujer y sus dos hijas. Profundiza sus estudios del marxismo.

1900

Contrae matrimonio en prisión con Alexandra Sokolovskaya.

1902

Huye de la deportación sirviéndose de un pasaporte falso. Adopta el seudónimo de León Trotski. Se encuentra con Lenin por primera vez en Londres.

* Cronología cotejada de los sitios <http://www.clasecontraclase.cl>, <http://www.litci.org>

1903

Comienza a colaborar en la *Iskra*, periódico de los revolucionarios rusos en el exilio. Participa en Bruselas en el segundo congreso del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso, que va a dar origen a la división histórica entre bolcheviques y mencheviques. Rompe con Lenin durante el II Congreso del POSDR en Londres, en la cuestión de la concepción de partido. Colabora con el grupo dirigente menchevique y escribe para la *Iskra* controlada por los mencheviques.

1904

Publica *Nuestras tareas políticas*. Rompe con los mencheviques por estar en desacuerdo con la alianza con los liberales.

1905

Vuelve a entrar en Rusia y participa activamente en la Revolución. Desarrolla un papel de primer orden en el soviét de Petrogrado, que pasa a dirigir tras el arresto del presidente, Khrustalex-Nossar. Publica con Parvus y Mortov el periódico *Natchalo*. Es arrestado y encarcelado en la fortaleza de Pedro y Pablo, de Petrogrado.

1906

Es condenado a la pérdida de derechos civiles y a la deportación de por vida. Escribe *Balances y perspectivas*, obra en la que expone de forma sistemática la teoría de la revolución permanente.

1907

Comienza la segunda deportación a Siberia. Escapa por segunda vez de la deportación y, después de una breve estancia en Finlandia, llega a Londres, donde participa en el congreso del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso. Tras una breve visita a Berlín, se establece en Viena, donde residirá hasta la víspera de la Primera Guerra Mundial, en 1914.

1908

Comienza a publicar la *Pravda* en colaboración con A. Joffe (la *Pravda* controlada por los bolcheviques, comenzaría a publicarse en 1912).

1910

Trabaja como corresponsal de la Guerra de los Balcanes. Primer contacto con el arte militar.

1912

Después de la escisión definitiva entre bolcheviques y mencheviques, hace una tentativa, que va a resultar estéril, de reunir en una conferencia a todas las tendencias socialdemócratas (el denominado Bloque de Agosto). Es enviado a los Balcanes como corresponsal de guerra del periódico *Kievskaya Misl*.

1913

Encuentra por primera vez a Stalin en Viena.

1914

Para evitar ser enviado a los campos de concentración austriacos, dado el estado de guerra, se refugia en Suiza, donde escribe *La guerra y la Internacional*. En noviembre se traslada a Francia, donde actúa como corresponsal del mismo periódico que lo había enviado a los Balcanes. Inicia la colaboración en *Golos*, periódico dirigido por Márto. Estalla la Primera Guerra Mundial. Inmediatamente asume una posición internacionalista, esencialmente igual a la de Lenin.

1915

Comienza sus colaboraciones en el diario *Nasche Slovo*, sobre el que ejercerá una influencia cada vez más determinante. Rompe con Parvus y con las concepciones que habían inspirado el Bloque de Agosto en 1912. En septiembre participa en la famosa reunión de socialistas internacionales contrarios a la Segunda Guerra Mundial que tiene lugar en Zimmerwald, Suiza.

1916

Expulsado de Francia, se refugia en España, donde es arrestado. Embarca entonces para los Estados Unidos.

1917

En enero llega a los Estados Unidos. Reside en Nueva York. Después de la Revolución de febrero obtiene del gobierno provisional la autorización para entrar en Rusia. Durante el viaje de regreso a Europa es arrestado por las autoridades británicas en Halifax, Canadá, e internado en un campo de prisioneros de guerra alemanes. Liberado el 29 de abril, vuelve a entrar en Rusia el 17 de mayo. En el mismo momento de su regreso de Petrogrado, y a propuesta de los bolcheviques, es incluido en el Comité Ejecutivo del soviét de la ciudad. Dirige un grupo de revolucionarios que no pertenecen ni al Partido Bolchevique ni al menchevique (denominado el grupo de los «interdistritales»). Adopta una línea similar en todos los aspectos a la de Lenin. En el mes de junio participa en el Primer Congreso Panruso de los Soviets. Es arrestado después de las jornadas de julio y puesto en libertad varias semanas más tarde. En septiembre es elegido presidente del Soviet de Petrogrado, después de que los bolcheviques han conquistado la mayoría. Durante la detención es elegido miembro del Comité Central del Partido Bolchevique: el grupo de los «interdistritales» se había fundido de hecho con el partido de Lenin (julio). Asume la dirección del Comité Militar Revolucionario. Desempeña un papel decisivo en la preparación y la dirección de la Revolución de Octubre. Es Comisario del Pueblo de Asuntos Exteriores en el primer gobierno revolucionario. Dirige la delegación soviética en las negociaciones de Brest-Litovsk.

1918

En el momento en que concluyen las negociaciones de Brest, presenta su dimisión del cargo de Comisario del Pueblo para los Asuntos Exteriores. Es designado Comisario del Pueblo para la Guerra. Comienza la construcción del Ejército Rojo. Es el jefe del ejército revolucionario durante la guerra civil.

1919

En marzo participa en el Congreso de fundación de la Tercera Internacional Comunista, redactando el proyecto de manifiesto final. Derrota de la primera Revolución Alemana. Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht son asesinados. Las revoluciones finlandesa y húngara también son derrotadas. Clima de incertidumbre en la Rusia soviética.

1920

Se declara contrario a la ofensiva contra Polonia preconizada por Lenin, pero queda en minoría. En el ínterin participa en el segundo congreso de la Internacional Comunista, para el cual redacta las tesis sobre la situación mundial. Apoya los famosos veintinueve puntos, que representan las condiciones de adhesión a la Internacional. Dirige la movilización de las fuerzas del partido en la batalla decisiva contra el ejército de Wrangel, cuya derrota señala el epílogo de la guerra civil. Propone al Comité Central una orientación de la política económica que será con posterioridad sustancialmente adoptada con la propuesta de Lenin de la NEP. Dirige la acción que pone término a la insurrección de Kronstadt.

1921

Tiene divergencias con Lenin en la polémica sobre los sindicatos. Se asocia a la posición de Lenin sobre la prohibición de las fracciones organizadas en el seno del partido. Participa en el tercer congreso de la Internacional Comunista, para el cual redacta las tesis sobre la situación mundial. Dirige junto a Lenin la batalla por el frente único. Termina la Guerra y se mantiene al frente del Ejército. Hay hambruna en Rusia.

1922

Escribe *Literatura y Revolución*. Participa en el cuarto congreso de la Internacional Comunista. Se funda la Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas. Stalin es elegido secretario general del partido. Surgen las primeras señales de burocratización. Lenin cae enfermo, pero per-

manece parcialmente activo y propone a Trotski un bloque para luchar, conjuntamente dentro del partido, contra Stalin y la burocratización.

1923

En una serie de artículos, recogidos en *El Nuevo Curso*, inicia la batalla contra la involución burocrática del partido. Critica la actitud del Partido Comunista y de la Internacional durante la crisis alemana. Ruptura personal entre Lenin y Stalin. Lenin deja la escena política definitivamente. Se acelera el proceso de burocratización del Estado Obrero. Trotski sale a la lucha y publica *Las lecciones de Octubre*, donde hace un duro balance de la actuación de algunos viejos líderes bolcheviques durante la insurrección de 1917. Por su parte, Stalin publica su artículo «El socialismo en un solo país». Segunda Revolución Alemana. Trotski propone al Politburó que este lo envíe secretamente a Alemania para dirigir la insurrección. El Politburó lo rechaza. La revolución es derrotada. La desmoralización se abate sobre toda la clase obrera rusa.

1924

Lenin muere. En su testamento alerta al partido contra el peligro de confiar el poder a Stalin. Engañado por Stalin sobre la fecha del entierro de Lenin, Trotski, que estaba viajando, no está en el funeral. Stalin aparece como «maestro de ceremonias», habla en nombre del partido y aumenta su prestigio.

Publica *Lenin*. Es atacado por la troika Stalin-Zinoviev-Kamenev, que ha librado con éxito la primera batalla por la sucesión. El ataque se desarrolla también a escala internacional, siendo un episodio de la lucha de tendencias el que se desarrolla en el quinto congreso de la Internacional Comunista, que tiene lugar en los meses de junio y julio.

1925

En enero es destituido de sus funciones como comisario del Pueblo para la Guerra y de presidente del Consejo Superior de Guerra. Es nombrado presidente de la Oficina Científica y Técnica de la Industria

y director de la Oficina para el Desarrollo Electrónico. La Oposición de 1923 lleva a cabo un repliegue, cesando toda actividad efectiva. Aprovechándose del reflujo de la revolución mundial, Stalin hace un bloque para defender las posiciones a favor del «socialismo en un solo país». El *triumvirato* Stalin-Kamenev-Zinoviev derrota las posiciones de Trotski en todas las instancias del partido y lo saca de una serie de cargos de responsabilidad.

1926

Asume tareas técnicas de menor importancia y se abstiene de polémicas políticas públicas. Se dedica al estudio de la economía. Percibe los peligros económicos que amenazan al Estado soviético y pasa a defender la industrialización acelerada como única forma de mantener la alianza obrero-campesina y, por lo tanto, la estabilidad de la dictadura proletaria. A fin de año, explota nuevamente la lucha fraccional, en esta ocasión uniendo a Trotski, Zinoviev y Kamenev, la llamada Oposición Unificada, contra Stalin y Bukharin, que defendían que los campesinos ricos —los kulaks— y los NEPmen tuviesen amplia libertad de iniciativa empresarial, bandera que fue conocida por la consigna «Enriqueceos».

1927

En septiembre es expulsado del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista. En noviembre es expulsado del Comité Central del Partido Comunista Ruso. Contribuye a la elaboración de la plataforma de la Oposición. El 14 de noviembre es expulsado del partido, junto a Zinoviev.

Con el centro en las cuestiones de la Revolución China y de la lucha contra el kulak dentro de la URSS, la pelea fraccional asume proporciones dramáticas e irreversibles. La Oposición Unificada decide llevar sus propios slogans a la manifestación de conmemoración de los diez años de la Revolución de Octubre. Como represalia, todos son expulsos del Politburó, después del Comité Central y, por último, del partido. Zinoviev y Kamenev retroceden y apelan por la reintegración, en lo que son

atendidos. Trotski se mantiene firme en sus posiciones y permanece expulsado. En China la Revolución es derrotada.

1928

Tras la renuncia de la lucha por parte de Zinoviev y de sus seguidores, continúa dirigiendo la batalla de la Oposición de izquierda. Es deportado a Alma-Ata, centro administrativo de Kazajistán. Redacta la crítica al proyecto de programa para el VI Congreso de la Internacional Comunista. El congreso confirma la medida de expulsión tomada por el Partido Comunista Ruso. Escribe *La Revolución permanente*, que será completada al año siguiente.

1929

Expulsión de la Unión Soviética y anulación de su ciudadanía. Exilio en Turquía. Stalin, después de liquidar cualquier oposición, asume tardíamente las propuestas económicas inmediatas de Trotski: colectiviza las tierras y realiza la industrialización acelerada del país, utilizando, sin embargo, métodos burocráticos y, por eso, causando inmensas e innecesarias pérdidas.

1930

Trotski prevé el peligro que amenaza a Alemania y a la clase obrera del mundo entero, en caso de que Hitler llegue al poder. Pasa a defender la política de unidad entre el Partido Socialista y el Partido Comunista para frenar el ascenso del nazismo. El Partido Comunista alemán, bajo la orientación de Stalin, rechaza la unidad con los socialistas, clasificándolos de «ala izquierda del fascismo» o «socialfascistas».

1931

Publica el primer volumen de la *Historia de la revolución rusa*. Caída de la monarquía española y proclamación de la República. Se abre un poderoso ascenso obrero y campesino. En Alemania, el Partido Comunista se alía a los nazistas para derrocar al gobierno socialista de Prusia, en el episodio conocido como Plebiscito Rojo (llamado por los nazis Plebiscito Negro).

1932

Lleva a cabo un viaje a Dinamarca, donde habla a los estudiantes de Copenhague sobre la revolución rusa.

1933

Se suicida su hija Zina, lo que le afecta profundamente. Tras la llegada de Hitler al poder, y a causa de la posición adoptada en el periodo anterior por el Partido Comunista alemán y la Internacional Comunista, llega a la conclusión de que es necesario construir nuevos partidos comunistas y una nueva Internacional. En julio, junto a su segunda mujer, Natalia, deja Turquía y se establece en Francia. En octubre declara que solo una revolución podrá asegurar el restablecimiento de una democracia proletaria en la URSS.

Trotsky pasa a defender la ruptura con el Comintern y la construcción de una nueva Internacional.

1934

Comienza la redacción de su libro *¿Dónde va Francia?*

1935

Exilio en Noruega. Giro a la derecha del Comintern. La dirección estalinista utiliza los sucesos alemanes para defender la construcción de gobiernos de colaboración de clases con la burguesía democrática, como única forma de derrotar al fascismo. Surgen, así, los Frentes Populares. Trotsky condena la nueva política y sigue defendiendo el Frente Único Obrero en oposición a los frentes con la burguesía.

Escribe *La Revolución Traicionada*.

1936

Es obligado a abandonar Noruega y dirigirse a México. Comienzan los procesos de Moscú que condenan, por medio de falsas acusaciones, a los más importantes dirigentes del partido al exilio y al fusilamiento. En España, el ascenso del movimiento de masas desemboca en un

gobierno de Frente Popular. La derecha reacciona casi inmediatamente y organiza un golpe contra el gobierno, dando inicio a la Guerra Civil Española. La política del PC español es derrotar al fascismo en unidad con la burguesía, sin modificar las relaciones sociales del país. Trotski, por el contrario, defiende que la victoria contra el fascismo solo es posible bajo la condición de que se expropié a la burguesía urbana y rural y se entregue el poder a la clase obrera.

1937

Se establece en México. Su hijo Sergio es arrestado en la URSS; morirá en un campo de concentración. Prepara el testimonio para la Comisión Dewey, que declara a Trotski y a su hijo inocentes de los crímenes que les atribuyen los juicios estalinistas. Escribe *Su moral y la nuestra*. Prepara los documentos para la conferencia fundacional de la Cuarta Internacional, que se desarrolla en París en el mes de septiembre. El texto más importante redactado ahora es el *Programa de Transición*.

1938

Congreso de Fundación de la Cuarta Internacional en París. Por razones de seguridad, Trotski no participa, pero escribe las bases programáticas de la nueva organización. Último Proceso de Moscú. Bujarin es condenado y fusilado. El último hijo vivo de Trotski, León Sedov, muere en circunstancias no esclarecidas en París.

1939

Escribe *En defensa del marxismo*.

Victoria definitiva de Franco en España. Pacto Molotov-Ribbentrop de no agresión entre Alemania y la URSS. El pacto incluía una cláusula secreta de repartición de Polonia. En septiembre, Hitler y Stalin invaden Polonia, el primero por el Oeste y el segundo por el Este, y establecen una nueva frontera entre Alemania y la URSS. Se da inicio a la Segunda Guerra Mundial.

1940

Prepara un documento para una conferencia extraordinaria de la Cuarta Internacional (mayo). En ese propio mes sufre el primer atentado. Su casa es ametrallada. Nadie sale herido. El 20 de agosto sufre el segundo atentado: Trotski es golpeado en la cabeza con un piolet por Ramón Mercader, agente estalinista. El 21 de agosto, 19:25, con 60 años de edad, Trotski muere como consecuencia del ataque sufrido el día anterior.



textos de león trotski





La revolución

Nuevamente, sobre los soviets y el partido en la Revolución Proletaria*

(1924)

En nuestro país, tanto en 1905 como en 1917, los Soviets de diputados obreros surgieron del movimiento mismo como su forma de organización natural a un cierto nivel de lucha. Pero los partidos jóvenes europeos que han aceptado más o menos los Soviets como «doctrina», como «principio», estarán siempre expuestos al peligro de un concepto fetichista de los mismos en el sentido de factores autónomos de la Revolución. Porque, a pesar de la inmensa ventaja que ofrecen como organismo de lucha por el Poder, es perfectamente posible que se desarrolle la insurrección sobre la base de otra forma orgánica (comités de fábricas, sindicatos) y que no surjan los Soviets como órgano del Poder sino en el momento de la insurrección o aún después de la victoria.

Desde este punto de vista, resulta muy instructiva la lucha que emprendió Lenin contra el fetichismo sovieta luego de las jornadas

* *Lecciones de Octubre*. (<http://www.marxists.org/espanol/Trotsky/ceip/permanente/leccionesdeoctubre.htm>).

de julio. Como en julio se tornaron los Soviets, dirigidos por socialistas revolucionarios y mencheviques, en organismos que impulsaban francamente a los soldados a la ofensiva y perseguían a los bolcheviques, podía y debía buscarse otros caminos al movimiento revolucionario de las masas obreras. Lenin indicaba los comités de fábricas como organismos de la lucha por el Poder. (Ver, por ejemplo, las memorias de Orjonikije). Es muy probable que el movimiento hubiera seguido esta línea de conducta sin la sublevación de Kornilov, la cual obligó a los Soviets conciliadores a defenderse por sí y permitió a los bolcheviques insuflarles de nuevo el espíritu revolucionario, ligándolos bien a las masas por mediación de su izquierda, o sea del bolchevismo.

Tiene tal cuestión una inmensa importancia internacional, según lo ha demostrado la reciente experiencia de Alemania. En este país se crearon varias veces Soviets como órganos de la insurrección, del Poder... sin poder. Se dio el resultado de que en 1923 comenzara el movimiento de las masas proletarias y semiproletarias a agruparse alrededor de los comités de fábricas, que en el fondo ejecutaban las mismas funciones que las que entre nosotros incumbían a los Soviets en el periodo anterior a la lucha directa por el Poder. Sin embargo, en agosto y septiembre, propusieron algunos compañeros proceder inmediatamente a la creación de Soviets en Alemania. Tras largos y ardientes debates se rechazó su propuesta, y con razón. Como ya se habían convertido los comités de fábricas en puntos efectivos de concentración de las masas revolucionarias, los Soviets habrían desempeñado en el periodo preparatorio un papel paralelo al de estos comités y no tendrían sino una forma sin contenido. Así, pues, no habrían hecho más que desviar el pensamiento de las tareas materiales de la insurrección (ejército, policía, centurias, ferrocarriles, etcétera) para volver a fijarlo en una forma de organización autónoma.

Por otra parte, la creación de Soviets como tales antes de la insurrección implicaría una especie de proclamación de guerra no seguida de efecto. El gobierno, que estaba obligado a tolerar los comités de fábricas, porque reunían en torno suyo masas considerables, se ensañaría contra los primeros Soviets como órgano oficial que intentara apoderarse del Poder. Los comunistas se habrían visto obligados a

defender los Soviets como organismo. Entonces no tendría la lucha decisiva por móvil la conquista o la defensa de posiciones materiales, ni se desenvolvería en el momento escogido por nosotros, en el momento de dimanar necesariamente del movimiento de las masas la insurrección, y estallaría, a causa de una forma orgánica, a causa de los Soviets, en el momento escogido por el enemigo.

Ahora bien: es evidente que podía con pleno éxito subordinarse todo el trabajo preparatorio de la insurrección a la forma orgánica de los comités de fábricas, que ya habían tenido tiempo de convertirse en organismos de masas, que continuaban aumentando y fortaleciéndose a la vez que dejaban al partido en libertad para fijar la fecha de la insurrección. No cabe duda de que debieran surgir los Soviets en cierta etapa; pero sí es dudoso que, dadas las condiciones que acabamos de indicar, hubieran surgido en el fragor de la lucha como órganos directos de la insurrección, pues de ello podría provenir en el momento crítico una dualidad de dirección revolucionaria. Dice un proverbio inglés que no conviene cambiar de caballo cuando se cruza un torrente. Es posible que después de la victoria en las principales ciudades hubieran empezado a aparecer Soviets en todos los puntos del país. De cualquier modo, la insurrección victoriosa provocaría por necesidad la creación de ellos como órganos del poder.

Conviene no olvidar que entre nosotros ya habían surgido durante la etapa «democrática» de la Revolución, que entonces habían sido legalizados hasta cierto punto, que los habíamos heredado luego nosotros, y que los habíamos utilizado. No ocurrirá lo mismo en las revoluciones proletarias de Occidente. Allí, en la mayoría de los casos, se crearán Soviets a instancia de los comunistas, y por consiguiente, serán órganos directos de la insurrección proletaria. Claro que no es imposible que se acentúe por demás la desorganización del aparato estatal burgués antes de que pueda el proletariado apoderarse del Poder, lo cual permitiría crear Soviets como órganos declarados de la preparación de la insurrección. Pero hay pocas probabilidades para que esta eventualidad constituya regla general. En el caso más frecuente, no se llegará a crearlos sino en los últimos días, como órganos directos de la masa pronta a insurreccionarse. Asimismo es muy posi-

ble, en fin, que surjan después del momento crítico de la insurrección y aún después de su victoria, como órganos del nuevo Poder. Importa tener siempre presente todas estas eventualidades para no caer en el fetichismo organizativo ni transformar los Soviets, de forma flexible y vital de lucha, en «principio» de organización introducido desde fuera en el movimiento y entorpeciendo su desarrollo regular.

Hace poco se ha declarado en nuestra prensa que no sabíamos por qué puerta entraría la revolución proletaria en Inglaterra, si por el partido comunista o por los sindicatos, conceptuando imposible decidirlo. Esta manera de plantear la cuestión, con miras de envergadura histórica, es radicalmente falsa y muy peligrosa, porque enturbia la principal lección de los últimos años. Si no ha existido allí una revolución victoriosa al final de la guerra es porque faltaba un partido, evidencia que se aplica a Europa entera. Podría comprobarse su justeza siguiendo paso a paso el movimiento revolucionario en diferentes países.

Por lo que atañe a Alemania, claro está que habría podido triunfar la Revolución en 1918 y en 1919, si la masa hubiera estado dirigida como conviene por el partido. En 1917, el ejemplo de Finlandia nos mostró cómo se desarrollaba allí el movimiento revolucionario en condiciones excepcionalmente favorables, so capa y con la ayuda militar directa de la Rusia revolucionaria. Pero era socialdemócrata la mayoría directiva del partido finlandés, e hizo fracasar la revolución. De la experiencia de Hungría no se desprende con menos claridad una lección idéntica. En este país, no conquistaron el Poder los comunistas, aliados con los socialdemócratas de izquierda, sino que lo recibieron de manos de la burguesía espantada. Victoriosa sin batalla y sin victoria, desde luego se encontró la Revolución Húngara privada de una dirección combativa. El Partido Comunista se fusionó con el Partido Socialdemócrata, demostrando así que no era comunista de veras y que, por tanto, no obstante el espíritu combativo de los proletarios húngaros, era incapaz de conservar el Poder que había obtenido tan fácilmente. No puede triunfar la revolución proletaria sin el partido, fuera del partido o por un sucedáneo del partido. Tal es la principal enseñanza de los diez últimos años.

Los sindicatos ingleses pueden, en verdad, tornarse una palanca poderosa de la revolución proletaria y remplazar a los mismos Soviets obreros, por ejemplo, en ciertas condiciones y durante cierto periodo. Pero no lo conseguirán sin el apoyo de un partido comunista, ni mucho menos contra él, y estarán imposibilitados de desempeñar esta misión hasta que en su seno la influencia comunista prepondere. Harto cara, para no retenerla íntegramente, hemos pagado tamaña lección acerca del papel y la importancia del partido en la revolución proletaria para renunciar tan ligeramente a ella o aún para menospreciar su significación.

En las revoluciones burguesas han desempeñado la conciencia, la preparación y el método, un papel mucho menor que el que están llamadas a desempeñar y desempeñan ya en las revoluciones del proletariado. La fuerza motriz de la revolución burguesa era también la masa; pero mucho menos consciente y organizada que ahora. Su dirección estaba en manos de las diferentes fracciones de la burguesía, que disponía de la riqueza, de la instrucción y de la organización (municipios, universidades, prensa, etcétera). La monarquía burocrática se defendía empíricamente, obraba al azar. La burguesía elegía el momento propicio para echar todo su peso social en el platillo de la balanza y apoderarse del Poder, explotando el movimiento de las masas populares.

Pero en la revolución proletaria no solo implica el proletariado la principal fuerza combativa, sino también la fuerza dirigente con la personalidad de su vanguardia. Su partido es el único que puede en la revolución proletaria desempeñar el papel que en la revolución burguesa desempeñaban la potencia de la burguesía, su instrucción, sus municipios y universidades. Resulta tanto más importante este papel cuanto que se ha acrecentado de manera formidable la conciencia de clase de su enemigo. A lo largo de los siglos de su dominación la burguesía ha elaborado una escuela política incomparablemente superior a la de la antigua monarquía burocrática. Si para el proletariado ha constituido hasta cierto punto el parlamentarismo una escuela preparatoria de la revolución, más ha constituido para la burguesía una escuela de estrategia contrarrevolucionaria. Basta para demostrarlo el

hecho de que con el parlamentarismo haya educado a la burguesía a la socialdemocracia, que ahora comporta el más poderoso baluarte de la propiedad privada. Conforme han enseñado las primeras experiencias, la época de la revolución social en Europa será una época de batallas, no ya implacables, sino razonadas, mucho más razonadas que las nuestras de 1917.

He aquí el motivo de que debemos abordar de manera completamente distinta que como se hace ahora las cuestiones de la guerra civil y, en particular, de la insurrección. A la zaga de Lenin, repetimos con frecuencia las palabras de Marx: «La insurrección es un arte». Pero supone una frase vacía este pensamiento si no estudiamos los elementos esenciales del arte de la guerra civil sobre la base de la vasta experiencia acumulada durante estos años. Hay que confesar a las claras que nuestra indiferencia por los problemas relativos a la insurrección armada testimonia la fuerza considerable que todavía conserva entre nosotros la tradición socialdemócrata. De seguro sufrirá un fracaso el partido que considere de modo superficial las cuestiones de la guerra civil, con la esperanza de que se arreglará todo por sí solo en el momento necesario. Se impone estudiar colectivamente y asimilarse la experiencia de las batallas proletarias de 1917.

La ya esbozada historia de las agrupaciones del partido en 1917 representa asimismo una parte esencial de la experiencia de la guerra civil y tiene una importancia directa para la política de la Internacional Comunista. Hemos dicho, y lo repetimos, que en ningún caso puede ni debe el estudio de nuestras divergencias ser considerado un arma dirigida contra los compañeros que entonces practicaron una política errónea. Pero, por otra parte, sería inadmisibles tachar en la historia del partido su capítulo más importante, únicamente porque a la sazón no marchaban todos sus componentes de acuerdo con la revolución del proletariado. Puede y debe el partido conocer todo su pasado para apreciarlo como convenga y puntualizar cada extremo. No se compone de reticencias la tradición de un partido revolucionario, sino de claridad crítica.

Al nuestro la historia le confirió incomparables ventajas revolucionarias. He aquí, en conjunto, lo que le ha dado un temple excepcional,

una clarividencia superior, una envergadura revolucionaria sin ejemplo: sus tradiciones de la lucha heroica contra el zarismo; sus hábitos y procedimientos revolucionarios, ligados a las condiciones de la actividad clandestina; su elaboración teórica de la experiencia revolucionaria de toda la humanidad; su pugna contra el menchevismo, contra la corriente de los narodniki, contra el conciliacionismo; su experiencia de la Revolución de 1905; su elaboración teórica de esta experiencia durante los años de la contrarrevolución; su examen de los problemas del movimiento obrero internacional desde el punto de vista de las lecciones de 1905. Y sin embargo, aun dentro de este partido tan bien preparado, o mejor dicho, en sus esferas dirigentes, al llegar el momento de la acción decisiva, se formó un grupo de viejos bolcheviques, revolucionarios expertos, que se opuso a la revolución proletaria, y que, durante el periodo más crítico de la revolución —de febrero de 1917 a febrero de 1918—, adoptó en todas las cuestiones esenciales una postura socialdemócrata.

Para preservar de las consecuencias funestas de este estado de cosas al partido y a la revolución, se requirió la influencia excepcional de Lenin. Esto es lo que no puede olvidarse, si queremos que aprendan algo en nuestra escuela los partidos comunistas de los demás países. La cuestión de la selección del personal directivo reviste una importancia excepcional para los partidos de la Europa occidental. Así lo enseña, entre otras, la experiencia de la quiebra de octubre de 1923 en Alemania. Pero ha de efectuarse tal selección con arreglo al principio de la acción revolucionaria...

En Alemania hemos tenido bastantes ocasiones de experimentar la valía de los dirigentes del partido en el momento de las luchas directas. Sin esta prueba, no hay elementos de juicio seguros. Durante el transcurso de estos últimos años, Francia ha tenido muchas menos convulsiones revolucionarias, siquiera limitadas. Sin embargo ha tenido algunas ligeras explosiones de guerra civil cuando el comité directivo del partido y los dirigentes sindicales debían reaccionar en cuestiones urgentes e importantes, como, por ejemplo, el mitin sangriento del 11 de enero de 1924. El estudio atento de episodios de este género nos suministra datos inestimables que permiten apreciar las buenas cua-

lidades de la dirección del partido, la conducta de sus jefes y de sus diferentes órganos. Irremisiblemente llevaría a la derrota no tomar en cuenta estos datos para la selección de los hombres, porque es imposible la victoria de la revolución proletaria sin una dirección perspicaz, resuelta y valerosa.

Todo partido, aun el más revolucionario, elabora inevitablemente su conservatismo orgánico. De no hacerlo, carecería de la estabilidad necesaria. Pero todo es cuestión de grados a este respecto. En un partido revolucionario, debe combinarse la dosis necesaria de conservatismo con la ausencia total de rutina, la flexibilidad de orientación y la audacia en la acción. Se comprueban mejor tales cualidades en los virajes históricos. Hemos visto antes como decía Lenin que, cuando sobrevénia un cambio brusco de situación, y por tanto, de tareas, los partidos, aun los más revolucionarios, continuaban a menudo en su posición anterior y de ahí que se tomaran o amenazaran tomarse un freno para el desarrollo revolucionario. El conservatismo del partido, igual que su iniciativa revolucionaria, encuentra su expresión más concentrada en los órganos directivos. Pues bien: todavía tienen que efectuar los partidos comunistas europeos su viraje más brusco, aquel por el cual pasarán del trabajo preparatorio a la toma del Poder. Es tal viraje el que exige más cualidades, impone más responsabilidades y resulta más peligroso. Desperdiciar el momento oportuno implica para el partido el desastre mayor que pueda sufrir.

Considerada a favor de nuestra propia experiencia, la experiencia de las batallas de los últimos años en Europa, y principalmente en Alemania, nos enseña que hay dos categorías de jefes propensos a hacer retroceder al partido en el momento de convenirle dar el mayor salto adelante. Los unos tienden a ver más que nada las dificultades, los obstáculos, y a apreciar cada situación con la idea preconcebida, inconsciente a veces, de esquivar la acción. En ellos, el marxismo se vuelve un método que sirve para establecer la imposibilidad de la acción revolucionaria. Representaban los ejemplares más característicos de este tipo de jefes los mencheviques rusos. Pero no se limita este tipo al menchevismo, y en el momento más crítico, se revela dentro del partido más revolucionario entre los militantes que ocupan los

más altos puestos. Los representantes de la otra categoría son agitadores superficiales. No ven los obstáculos mientras no tropiezan con ellos de frente. Cuando llega el momento de la acción decisiva, transforman inevitablemente en impotencia y pesimismo su costumbre de eludir las dificultades reales haciendo juegos malabares de palabras.

Para el primer tipo, para el revolucionario mezquino que se contenta con ínfimas ganancias, las dificultades de la conquista del Poder no constituyen sino la acumulación y la multiplicación de todas las que están habituados a hallar en su camino. Para el segundo tipo, para el optimista superficial, siempre surgen de repente las dificultades de la acción revolucionaria. En el periodo preparatorio observan conducta diferente estos dos hombres: el uno parece un escéptico con quien es imposible contar firmemente desde el punto de vista revolucionario; por el contrario, el otro puede semejar un revolucionario ardoroso. Pero en el momento decisivo ambos van tomados de la mano para erguirse contra la insurrección. Sin embargo, no tiene valor todo el trabajo preparatorio sino en la medida en que capacita al partido y sobre todo a sus órganos directivos para determinar el momento de la insurrección y dirigirla. Porque la tarea del partido comunista consiste en la toma del Poder con objeto de proceder a la reconstrucción de la sociedad.

En estos tiempos se ha hablado y escrito con frecuencia respecto a la necesidad de «bolchevizar» la Internacional Comunista. Se trata, en efecto, de una tarea urgente, indispensable, cuya proclamada necesidad hácese sentir de modo más imperioso aún después de las terribles lecciones que el año pasado nos diera en Bulgaria y en Alemania. El bolchevismo no es una doctrina, o no es solo una doctrina, sino un sistema de educación revolucionaria para llevar a cabo la revolución proletaria. ¿Qué significa bolchevizar los partidos comunistas? Significa educarlos y seleccionar en su seno un equipo dirigente, de modo que no flaqueen al llegar el momento de su Revolución de Octubre. «Esto es todo Hegel, la sabiduría de los libros y el significado de toda filosofía...».

Kislovodsk, 15 de septiembre de 1924

Tesis sobre revolución y contrarrevolución*

(26 de Noviembre de 1926)

1. Las revoluciones históricamente han sido siempre seguidas por contrarrevoluciones. Las contrarrevoluciones siempre han hecho retroceder a la sociedad, pero nunca tan lejos como para llegar al punto inicial de la revolución. La sucesión de revoluciones y contrarrevoluciones es producto de ciertos aspectos fundamentales en el mecanismo de la sociedad de clases, la única en la cual las revoluciones y las contrarrevoluciones son posibles.

2. La revolución es imposible sin la participación de las masas a gran escala. Esta participación se torna posible a su vez solamente si las masas oprimidas ligan su esperanza de un futuro mejor a la idea de la revolución. En este sentido las esperanzas engendradas por la revolución son siempre exageradas. Esto es a causa de la mecánica de clases de la sociedad, la terrible penuria de la abrumadora mayoría de las masas, la objetiva necesidad de concentrar la mayor esperanza y esfuerzo con el fin de asegurarse el más modesto progreso, y así sucesivamente.

* (<http://www.marxists.org/espanol/Trotsky/ceip/permanente/tesissobrevoluciony.htm>).

3. Pero de estas mismas condiciones surge uno de los más importantes —y además, uno de los más comunes— elementos de la contrarrevolución. Las conquistas ganadas en la lucha no se corresponden, y en la naturaleza de las cosas no pueden directamente corresponderse, con las expectativas de las masas atrasadas que han despertado a la vida política por primera vez en gran número en el curso de la revolución. La desilusión de estas masas, su retorno a la rutina y a la futilidad, son una parte integrante del periodo posrevolucionario tanto como el pasaje al campo de «la ley y el orden» de aquellas clases o sectores de clase «satisfechos», que habían participado en la revolución.

4. Estrechamente ligados a estos procesos, procesos paralelos de un carácter diferente y, en gran medida, opuesto tienen lugar en el campo de las clases dominantes. El despertar de las masas atrasadas rompe el habitual equilibrio de las clases dominantes, privándolas no solo de su apoyo directo, sino también de su confianza, y de este modo le permite a la revolución apoderarse de mucho más de lo que más tarde será capaz de mantener.

5. La desilusión de un sector considerable de las masas oprimidas con los beneficios inmediatos de la revolución y —directamente ligado a esto— la declinación de la energía política y de la actividad de la clase revolucionaria engendran un resurgimiento de la confianza entre las clases contrarrevolucionarias, tanto entre aquellos derrocados por la revolución pero no completamente aniquilados, como entre los que ayudaron a la revolución en un cierto momento, pero fueron arrojados al campo de la contrarrevolución por el devenir de la revolución.

6. Partiendo de la esquemática síntesis planteada más arriba, que más o menos refleja la mecánica de todas las revoluciones precedentes, vamos a tratar de examinar cómo estas cuestiones se aplican más concretamente a las circunstancias de la primera revolución proletaria triunfante, que está acercándose a su décimo aniversario.

El efecto de la guerra imperialista, por un lado, y la combinación de la revolución agraria pequeñoburguesa con la toma del poder por el proletariado, por otro, arrastraron a las masas a la lucha revolucionaria

en una escala nunca vista o escuchada antes y debido a eso impartieron una extensión sin precedentes a la revolución misma.

7. Debido al alcance de la revolución y de su dirección, caracterizada por una resolución única en la historia, las viejas clases e instituciones dominantes de ambas formaciones socioeconómicas —la precapitalista y la capitalista (la monarquía con su burocracia, la nobleza, y la burguesía)— sufrieron una derrota política total, que demostró ser más radical y duradera en sus consecuencias que nunca, a causa del hecho de que las viejas clases dominantes, dirigidas por el imperialismo extranjero, lucharon durante varios años por tirar abajo la dictadura del proletariado mediante la fuerza armada.

8. El hecho de que las viejas clases dominantes fueran destruidas tan completamente es una de las garantías contra el peligro de la restauración, pero el poder e importancia de esta garantía puede ser correctamente estimado solo en conjunción con otras circunstancias no menos importantes.

9. La garantía más importante contra una restauración de la monarquía y de los terratenientes es el interés material directo que la mayoría del campesinado tiene en mantener en su poder las antiguas grandes estancias. La idea de Miliukov de una restauración puramente burguesa-republicana tiene el objetivo de neutralizar políticamente al campesinado y conquistar el apoyo de sus capas superiores (a través de un bloque con los eseristas) para el bando de la restauración.

10. No hay ninguna duda de que durante el periodo 1918-1920 el proletariado logró mantenerse en el poder —y con ello mantuvo la nacionalización de las plantas y fábricas— solamente porque el campesinado estaba en ese momento peleando por mantener en sus manos la tierra arrebatada a esos mismos enemigos. Esta lucha para mantener las fábricas y las plantas nacionalizadas concierne de modo mucho menos directo a los campesinos, quienes hasta este momento han sido abastecidos con productos industriales a precios más altos de los existentes bajo el régimen de la burguesía.

11. Esto estaba en la base de la propia evaluación que Lenin escribió en 1922: «Hemos culminado la revolución democrático-burguesa completamente, mucho más de lo que nunca se había hecho en ningún lugar del mundo. Esto es un gran triunfo y no hay poder en la Tierra capaz de privarnos de esto... Hemos creado un tipo soviético de Estado y por esto hemos anunciado una nueva era en la historia del mundo, la era de la dominación política del proletariado, que superará la era de la dominación de la burguesía. Nadie puede privarnos de esto tampoco, aunque el tipo soviético de Estado tendrá el toque final solamente con la ayuda de la experiencia práctica de la clase trabajadora de muchos países.

»Pero no hemos finalizado la construcción siquiera de los cimientos de la economía socialista y las potencias hostiles del capitalismo moribundo todavía pueden privarnos de esto». (*Obras Escogidas*, vol. 33).

12. La cuestión del campesinado —en la medida en que nuestra revolución permanece aislada— continuará siendo, como antes, la cuestión central para el proletariado en todas las etapas. La victoria de la revolución y el alcance de esta victoria estuvieron determinados por la combinación de la revolución proletaria con una «guerra campesina». El peligro de la restauración (contrarrevolución) depende de la posibilidad de que el campesinado sea separado del proletariado a causa de la falta de un interés directo en preservar el régimen socialista en la industria, el régimen de cooperativas en el terreno del comercio, etc. Como se ha dicho, por esta misma razón, la restauración burguesa-republicana de Miliukov procura presentarse a sí misma como un tipo diferente de restauración, distinta de la monárquico-terratendiente, para facilitar la separación del campesinado del proletariado.

13. El campesinado es una clase precapitalista (una herencia social del pasado). Bajo el capitalismo es transformada en productora de mercancías en pequeña escala, una pequeña burguesía agraria. El comunismo de guerra provocó el estrangulamiento de las tendencias pequeñoburguesas de la economía campesina. La NEP revivió las tendencias contradictorias pequeñoburguesas entre el campesinado, con la consecuente posibilidad de una restauración capitalista.

14. La relación entre los precios de la agricultura y la industria (las tijeras) probaría ser un factor decisivo en la cuestión de la actitud del campesinado hacia el capitalismo y hacia el socialismo. La exportación de productos agrícolas somete a las «tijeras» internas a la influencia contrarrestante del mercado mundial.

15. Los campesinos, habiendo vivido sus esfuerzos económicos como productores de mercancías privados que compran y venden, recrearon inevitablemente los elementos de la restauración capitalista. La base económica para estos elementos es el interés material de los campesinos en obtener altos precios para los granos y bajos precios para los productos industriales.

Los elementos políticos de la restauración son recreados a través del capital comercial, que restablece las conexiones entre el campesinado disperso y fragmentado por un lado, y entre el campo y la ciudad por el otro. Con los estratos superiores de las aldeas actuando como intermediarios, el comerciante organiza una huelga contra la ciudad. Esto se aplica en primer lugar, naturalmente, al capital comercial privado, pero en gran medida también se aplica al capital comercial cooperativo, con su personal, que tiene mucha experiencia en el comercio y una inclinación natural hacia los kulaks.

16. La importancia económica y política inmediata de la burguesía y los terratenientes emigrados, desde el punto de vista de la restauración, es en sí misma apenas digna de mención. Solamente si la economía interna y los procesos políticos que hemos indicado adquieren «madurez» contrarrevolucionaria podría establecerse un nexo directo con los emigrados, especialmente la transformación de los emigrados en agentes y siervos del capital extranjero.

17. Entre los procesos económicos y las expresiones políticas de estos a veces median muchos años. Los años por venir serán muy difíciles precisamente porque los éxitos del periodo de reconstrucción nos han incorporado al sistema del mercado mundial y, por este mismo hecho —y a través de la experiencia cotidiana de los campesinos—, han revelado el atraso extremo de nuestra industria. Podemos atravesar

este difícil periodo solamente sobre la base de la mayor solidez posible dentro del proletariado, de su activismo político, y de la capacidad del partido proletario de maniobrar decisivamente, para lo cual la absoluta concentración de la dictadura en sus manos es necesaria.

18. La vida de la clase obrera se centra alrededor de la experiencia del periodo de reconstrucción. Las filas del proletariado han sido reanimadas y engrosadas. Su nivel de edad ha ascendido sustancialmente en comparación con los primeros cinco años de la revolución.

La nueva etapa, visible solamente en líneas generales, que amenaza con aumentar el rol político y económico de los elementos no proletarios en la sociedad, no ha penetrado todavía en la conciencia de las masas proletarias.

19. El mayor peligro del régimen del partido es precisamente que ignora los peligros de clase, los pasa por alto, y combate cualquier intento de llamar la atención sobre ellos. De este modo se adormece la vigilancia y se reduce la disposición de combate del proletariado.

20. Sería erróneo ignorar el hecho de que el proletariado hoy es considerablemente menos receptivo a las perspectivas revolucionarias y a las amplias generalizaciones que durante la Revolución de Octubre y los años que le siguieron. El partido revolucionario no puede adaptarse pasivamente a todos los cambios en el estado de ánimo de las masas. Pero este no debe ignorar las alteraciones producidas por profundas causas históricas tampoco.

21. La Revolución de Octubre, en una medida mayor que ninguna otra en la historia, despertó las mayores esperanzas y las más grandes pasiones de las masas, sobre todo de las masas proletarias. Luego de los inmensos sufrimientos de 1917-1921, las masas proletarias han mejorado considerablemente su suerte. Ellas aprecian su progreso, y abrigan la esperanza de desarrollarlo todavía más. Pero al mismo tiempo su experiencia les ha mostrado el carácter extremadamente gradual de esta mejoría, que recién ahora les ha devuelto el nivel de vida que poseían antes de la guerra. Esta experiencia es de incalculable importancia para las masas, especialmente para la vieja

generación. Ellos se han vuelto más cautos, más escépticos, menos receptivos a las consignas revolucionarias, menos inclinados a depositar confianza en amplias generalizaciones. Este estado de ánimo, que se desarrolló después de la penosa experiencia de la guerra civil y después de los éxitos alcanzados por la reconstrucción económica, y que no ha sido todavía disipado por los nuevos cambios de las fuerzas de clase, este estado de ánimo constituye el trasfondo político básico de la vida del partido. Este es el estado de ánimo sobre el cual el burocratismo —como elemento de «ley y orden» y de «calma»— se apoya. El intento de la Oposición de plantear los nuevos problemas ante el partido se choca precisamente con este estado de ánimo.

22. La vieja generación de la clase trabajadora, que ha hecho dos revoluciones, o hizo la última, comenzando en 1917, está sufriendo de agotamiento nervioso, y una porción sustancial de ellos teme cualquier nueva convulsión, con su perspectiva concomitante de guerra, destrucción, epidemias y demás.

La teoría de la revolución permanente está siendo transformada en un espantajo precisamente con el propósito de explotar la sicología de este sector sustancial de los trabajadores, que no son en absoluto arribistas, pero que han engordado, tienen familia. La versión de la teoría que está siendo utilizada para esto no está, por supuesto, relacionada en absoluto con las viejas disputas, hace ya largo tiempo relegadas a los archivos, sino que simplemente agita el fantasma de nuevos desastres, «invasiones» heroicas, la perturbación de la «ley y el orden», una amenaza para los logros del periodo de reconstrucción, un nuevo periodo de grandes esfuerzos y sacrificios. Hacer un espantajo de la revolución permanente es, en esencia, especular sobre el estado de ánimo de aquellos trabajadores, incluyendo los miembros del partido, que se han vuelto autosatisfechos, han engordado, y son semiconservadores.

23. La discusión sobre la «estabilización» tiene exactamente la misma significación. Lo que esta implica no es tanto una evaluación realista de los cambios en la curva del desarrollo capitalista, sino un intento de atemorizar a la gente con la perspectiva de nuevos desastres. Hoy la

revolución permanente y nuestra supuesta «negación» de la estabilización representan dos caras de la misma moneda. En un caso tanto como en el otro, de lo que se trata es de dar una forma explícitamente conservadora, que está directamente en contra de toda perspectiva revolucionaria, a los estados de ánimo filisteos y amorfos.

24. La joven generación, que está madurando recién ahora, carece de experiencia en la lucha de clases y del necesario temple revolucionario. No explora por sí misma, como lo hizo la generación anterior, sino que queda inmediatamente envuelta por el ambiente de las más poderosas instituciones de gobierno y de partido, por la tradición del partido, la autoridad, la disciplina, etc. Por el momento esto hace más difícil que la joven generación juegue un rol independiente. La cuestión de la correcta orientación de la joven generación del partido y de la clase trabajadora adquiere una importancia colosal.

25. Paralelamente, con los procesos arriba mencionados, ha habido un aumento extremo del rol desempeñado en el partido y en el aparato del Estado por la categoría especial de viejos bolcheviques, quienes eran miembros o trabajaron activamente en el partido durante el periodo de 1905; que después, en el periodo de la reacción, dejaron el partido, se adaptaron al régimen burgués y ocuparon puestos más o menos destacados en él; que eran defensores, como toda la *intelligentzia* burguesa; y que junto a esta última fueron impulsados hacia adelante en la Revolución de Febrero (con la cual ni siquiera soñaban al principio de la guerra); que fueron férreos oponentes del programa leninista y de la Revolución de Octubre; pero que retornaron al partido después de que la victoria estuvo asegurada o luego de la estabilización del nuevo régimen, por la época en que la *intelligentzia* burguesa detuvo su sabotaje. Estos elementos, que se reconciliaron más o menos con el régimen zarista después de su golpe contrarrevolucionario del 3 de junio de 1907, por su propia naturaleza no pueden más que ser elementos de tipo conservador. Están a favor de la estabilización en general y contra la oposición en general. La educación de la juventud del partido está mayormente en sus manos.

Tal es la combinación de circunstancias que en el periodo reciente del desarrollo del partido ha determinado la reorganización de la dirección del partido y el desplazamiento de la política del partido a la derecha.

26. La adopción oficial de la «teoría del socialismo en un solo país» significa la ratificación teórica de estos cambios que ya han tenido lugar y es la primera ruptura abierta con la tradición marxista.

27. Los elementos de la restauración burguesa se hallan en: a) la situación del campesinado, que no desea el regreso de los terratenientes pero todavía no tiene intereses materiales en el socialismo (de aquí la importancia de nuestros lazos políticos con los campesinos pobres); b) el estado de ánimo de un sector considerable de la clase trabajadora, la disminución de su energía revolucionaria, la fatiga de la vieja generación, el incremento del peso específico de los elementos conservadores.

28. Los elementos que van en contra de cualquier intento de restauración son los siguientes: a) el temor del mujik de que el terrateniente volverá con los capitalistas, del mismo modo que huyó con los capitalistas; b) el hecho de que el poder y los más importantes medios de producción en realidad permanecen en manos del Estado obrero, aunque con deformaciones extremas; c) el hecho de que la dirección del Estado realmente permanece en manos del Partido Comunista, aun cuando este refleje el cambio molecular de las fuerzas de clase y los cambiantes estados de ánimo político.

De lo que se ha dicho se sigue que sería una cruda distorsión de la realidad hablar del Termidor 2 como un hecho consumado. Las cosas no han ido más lejos que la realización de algunos ensayos en el partido y el intento de sentar algunas bases teóricas. El aparato material del poder no ha sido entregado a otra clase.

¿Qué es la revolución permanente?*

(Tesis fundamentales)

1. La teoría de la revolución permanente exige en la actualidad la mayor atención por parte de todo marxista, puesto que el rumbo de la lucha de clases y de la lucha ideológica ha venido a desplazar de un modo completo y definitivo la cuestión, sacándola de la esfera de los recuerdos de antiguas divergencias entre los marxistas rusos para hacerla versar sobre el carácter, el nexo interno y los métodos de la revolución internacional en general.

2. Con respecto a los países de desarrollo burgués retrasado, y en particular de los coloniales y semicoloniales, la teoría de la revolución permanente significa que la resolución íntegra y efectiva de sus fines democráticos y de su emancipación nacional tan solo puede concebirse por medio de la dictadura del proletariado, empuñando este el poder como caudillo de la nación oprimida y, ante todo, de sus masas campesinas.

3. El problema agrario, y con él el problema nacional, asignan a los campesinos, que constituyen la mayoría aplastante de la población de los países atrasados, un puesto excepcional en la revolución democrática. Sin la alianza del proletariado con los campesinos, los fines de la revolución democrática no solo no pueden realizarse, sino que

* (<http://www.marxists.org/espanol/trotsky/revperm/rp10.htm>).

ni siquiera cabe plantearlos seriamente. Sin embargo, la alianza de estas dos clases no es factible más que luchando irreconciliablemente contra la influencia de la burguesía liberal-nacional.

4. Sean las que fueren las primeras etapas episódicas de la revolución en los distintos países, la realización de la alianza revolucionaria del proletariado con las masas campesinas solo es concebible bajo la dirección política de la vanguardia proletaria organizada en Partido Comunista. Esto significa, a su vez, que la revolución democrática solo puede triunfar por medio de la dictadura del proletariado, apoyada en la alianza con los campesinos y encaminada en primer término a realizar objetivos de la revolución democrática.

5. Enfocada en su sentido histórico, la consigna bolchevista «dictadura democrática del proletariado y de los campesinos» no quería expresar otra cosa que las relaciones caracterizadas más arriba, entre el proletariado, los campesinos y la burguesía liberal. Esto ha sido demostrado por la experiencia de Octubre. Pero la vieja fórmula de Lenin no resolvía de antemano cuáles serían las relaciones políticas recíprocas del proletariado y de los campesinos en el interior del bloque revolucionario. En otros términos, la fórmula se asignaba conscientemente un cierto carácter algebraico, que debía ceder el sitio a unidades aritméticas más concretas en el proceso de la experiencia histórica. Sin embargo, esta última ha demostrado, y en condiciones que excluyen toda torcida interpretación, que, por grande que sea el papel revolucionario de los campesinos, no puede ser nunca autónomo ni, con mayor motivo, dirigente. El campesino sigue al obrero o al burgués. Esto significa que la «dictadura democrática del proletariado y de los campesinos» solo es concebible como *dictadura del proletariado arrastrando tras de sí a las masas campesinas*.

6. La dictadura democrática del proletariado y de los campesinos, en calidad de régimen distinto por su contenido de clase a la dictadura del proletariado, solo sería realizable en el caso de que fuera posible un partido revolucionario *independiente* que encarnara los intereses de la democracia campesina y pequeñoburguesa en general, un par-

tido capaz, con el apoyo del proletariado, de adueñarse del poder y de implantar desde él su programa revolucionario. Como lo atestigua la experiencia de toda la historia contemporánea, y sobre todo la de Rusia durante el último cuarto de siglo, constituye un obstáculo invencible en el camino de la creación de un partido campesino la ausencia de independencia económica y política de la pequeña burguesía y su profunda diferenciación interna, como consecuencia de la cual las capas superiores de la pequeña burguesía (de los campesinos) en todos los casos decisivos, sobre todo en la guerra y la revolución, van con la gran burguesía, y los inferiores con el proletariado, obligando con ello al sector intermedio a elegir entre los polos extremos. Entre el kerensquismo y el poder bolchevista, entre el «Kuomintang» y la dictadura del proletariado, no cabe ni puede haber posibilidad intermedia, es decir, una dictadura democrática de los obreros y campesinos.

7. La tendencia de la Internacional Comunista a imponer actualmente a los pueblos orientales la consigna de la dictadura democrática del proletariado y de los campesinos, superada definitivamente desde hace tiempo por la historia, no puede tener más que un carácter reaccionario. Por cuanto esta consigna se opone a la dictadura del proletariado, políticamente contribuye a la disolución de este último en las masas pequeñoburguesas y crea de este modo las condiciones más favorables para la hegemonía de la burguesía nacional, y por consiguiente, para el fracaso de la revolución democrática. La incorporación de esta consigna al Programa de la Internacional Comunista representa ya de suyo una traición directa contra el marxismo y las tradiciones bolchevistas de Octubre.

8. La dictadura del proletariado, que sube al poder en calidad de caudillo de la revolución democrática, se encuentra inevitable y repentinamente, al triunfar, ante objetivos relacionados con profundas transformaciones del derecho de propiedad burguesa, La revolución democrática se transforma directamente en socialista, convirtiéndose con ello en *permanente*.

9. La conquista del poder por el proletariado no significa el coronamiento de la revolución, sino simplemente su iniciación. La edificación socialista solo se concibe sobre la base de la lucha de clases en el terreno nacional e internacional. En las condiciones de predominio decisivo del régimen capitalista en la palestra mundial, esta lucha tiene que conducir inevitablemente a explosiones de guerra interna, es decir, civil, y exterior revolucionaria. En esto consiste el carácter permanente de la revolución socialista como tal, independientemente del hecho de que se trate de un país atrasado, que haya realizado ayer su transformación democrática, o de un viejo país capitalista que haya pasado por una larga época de democracia y parlamentarismo.

10. El triunfo de la revolución socialista es inconcebible dentro de las fronteras nacionales de un país. Una de las causas fundamentales de la crisis de la sociedad burguesa consiste en que las fuerzas productivas creadas por ella no pueden conciliarse ya con los límites del Estado nacional. De aquí se originan las guerras imperialistas, de una parte, y la utopía burguesa de los Estados Unidos de Europa, de otra. La revolución socialista empieza en la palestra nacional, se desarrolla en la internacional y llega a su término y remate en la mundial. Por lo tanto, la revolución socialista se convierte en permanente en un sentido nuevo y más amplio de la palabra: en el sentido de que solo se consuma con la victoria definitiva de la nueva sociedad en todo el planeta.

11. El esquema de desarrollo de la revolución mundial, tal como queda trazado, elimina el problema de la distinción entre países «maduros» y «no maduros» para el socialismo, en el sentido de la clasificación muerta y pedante que establece el actual programa de la Internacional Comunista. El capitalismo, al crear un mercado mundial, una división mundial del trabajo y fuerzas productivas mundiales, se encarga por sí solo de preparar la economía mundial en su conjunto para la transformación socialista.

Este proceso de transformación se realizará con distinto ritmo según los distintos países. En determinadas condiciones, los países atrasados pueden llegar a la dictadura del proletariado antes que los avanzados, pero más tarde que ellos al socialismo.

Un país colonial o semicolonial, cuyo proletariado resulte aún insuficientemente preparado para agrupar en torno suyo a los campesinos y conquistar el poder, se halla por ello mismo imposibilitado para llevar hasta el fin la revolución democrática. Por el contrario, en un país cuyo proletariado haya llegado al poder como resultado de la revolución democrática, el destino ulterior de la dictadura y del socialismo dependerá, en último término, no tanto de las fuerzas productivas nacionales como del desarrollo de la revolución socialista internacional.

12. La teoría del socialismo en un solo país, que ha surgido como consecuencia de la reacción contra el movimiento de Octubre, es la única teoría que se opone de un modo consecuente y definitivo a la de la revolución permanente.

La tentativa de los epígonos, compelidos por los golpes de la crítica, de limitar a Rusia la aplicación de la teoría del socialismo en un solo país en vista de las peculiaridades (extensión y riquezas naturales) de esta nación, no mejora, sino que empeora las cosas. La ruptura con la posición internacional conduce siempre, inevitablemente, al *mesianismo* nacional, esto es, al reconocimiento de ventajas y cualidades inherentes al propio país susceptibles de permitir a este desempeñar un papel inasequible a los demás.

La división mundial del trabajo, la subordinación de la industria soviética a la técnica extranjera, la dependencia de las fuerzas productivas de los países avanzados de Europa respecto a las materias primas asiáticas, etc., etc., hacen imposible la edificación de una sociedad socialista independiente en ningún país del mundo.

13. La teoría de Stalin-Bujarin no solo opone mecánicamente, contra toda la experiencia de las revoluciones rasas, la revolución democrática a la socialista, sino que divorcia la revolución nacional de la internacional.

A las revoluciones de los países atrasados les asigna como fin la instauración de un régimen irrealizable de dictadura democrática que contrapone a la dictadura del proletariado. Con ello introduce ilusiones y ficciones en la política, paraliza la lucha del proletariado por el poder en Oriente y retrasa la victoria de las revoluciones coloniales.

Desde el punto de vista de la teoría de los epígonos, el hecho de que el proletariado conquiste el poder implica el triunfo de la revolución («en sus nueve décimas partes», según la fórmula de Stalin) y la iniciación de la época de las reformas nacionales. Las teorías de la evolución del *kulak* hacia el socialismo y de la «neutralización» de la burguesía mundial son, por este motivo, inseparables de la teoría del socialismo en un solo país. Estas teorías aparecen juntas y juntas caen.

La teoría del nacional-socialismo reduce a la Internacional Comunista a la categoría de instrumento auxiliar para la lucha contra la intervención militar. La política actual de la Internacional Comunista, su régimen y la selección del personal directivo de la misma responden plenamente a esta reducción de la Internacional al papel de destacamento auxiliar, no destinado a la resolución de objetivos independientes.

14. El programa de la Internacional Comunista, elaborado por Bujarin, es ecléctico hasta la médula. Dicho programa representa una tentativa estéril para conciliar la teoría del socialismo en un solo país con el internacionalismo marxista, el cual, por su parte, es inseparable del carácter permanente de la revolución internacional. La lucha de la oposición comunista de izquierda por una política justa y un régimen saludable en la Internacional Comunista está íntimamente ligada a la lucha por el programa marxista.

La cuestión del programa es, a su vez, inseparable de la cuestión de las dos teorías opuestas: la de la revolución permanente y la del socialismo en un solo país. Desde hace mucho tiempo, el problema de la revolución permanente ha rebasado las divergencias episódicas, completamente superadas por la historia, entre Lenin y Trotski. La lucha está entablada entre las ideas fundamentales de Marx y Lenin de una parte, y el eclecticismo de los centristas, de otra.

Historia, educación y cultura

El individuo en la historia*

(1938)

Me veo en la necesidad de aclarar una cuestión teórica que también tiene una gran importancia política. Se refiere esencialmente a la relación entre la personalidad política e histórica y el «medio». Para ir directamente al nudo del problema, quiero mencionar el libro de Souvarine sobre Stalin, en el que el autor acusa a los dirigentes de la Oposición de Izquierda, yo incluido, de distintos errores, omisiones, mentiras, etcétera, que habrían comenzado en 1923.

No deseo en absoluto negar que hubiera muchos errores, torpezas e incluso estupideces. Sin embargo, lo importante tanto desde el punto de vista teórico como político es la relación, o mejor dicho la desproporción, entre estos «errores» y sus consecuencias. Precisamente en esta desproporción se expresó el carácter reaccionario de la nueva etapa histórica.

Cometimos no pocos errores en 1917 y en los años siguientes. Pero el huracán de la revolución los reparó y llenó los vacíos, a veces

* *El individuo en la historia. International Socialist Review*, invierno de 1964, donde este extracto de una carta fue traducido por William F. Warde (George Novack) [al inglés] de las memorias de Pierre Naville *Trotsky vivant*.

con nuestra ayuda, otras incluso sin nuestra participación directa. Pero para este periodo los historiadores, Souvarine incluido, son indulgentes, porque la lucha terminó con el triunfo. Durante la segunda mitad de 1917 y los años siguientes fue el turno de los liberales y mencheviques; ellos fueron los que cometieron errores, omisiones, desatinos, etcétera.

Para ilustrar esta «ley» histórica acudiré una vez más al ejemplo de la Gran Revolución Francesa. En ella, debido a que se dio en un pasado más remoto, las relaciones entre los actores y su medio aparecen mucho más delineadas y cristalizadas.

En un determinado momento de la Revolución los dirigentes girondinos perdieron totalmente su sentido de orientación. A pesar de su popularidad, de su inteligencia, no podían cometer más que errores y acciones inadecuadas. Parecían colaborar activamente para su propia caída. Después les llegó el turno a Danton y sus amigos. Los historiadores y biógrafos nunca dejan de asombrarse ante la confusa, pasiva y pueril actitud de Danton durante los últimos meses de su vida. Lo mismo vale para Robespierre y sus compañeros: desorientación, pasividad e incoherencia en el momento más crítico.

La explicación es obvia. Cada uno de estos grupos agotó en un determinado momento sus posibilidades políticas y ya no podía avanzar contra la todopoderosa realidad: las condiciones económicas internas, la presión internacional, las nuevas corrientes que estas generaban entre las masas, etcétera. En esta situación, cada paso comenzó a producir resultados contrarios a los esperados.

Pero la abstención política no les era más favorable. Las etapas de la revolución y la contrarrevolución se sucedían a un ritmo acelerado, las contradicciones entre los de un determinado programa protagonistas y la cambiante situación adquirían un carácter inesperado y extremadamente agudo. Eso da al historiador la posibilidad de desplegar su sabiduría retrospectiva para enumerar los errores, las omisiones, la ineptitud. Pero, desgraciadamente, estos historiadores se abstienen de señalar el camino que en una etapa de alza revolucionaria hubiera llevado a un moderado al triunfo, o por el contrario de señalar una política revolucionaria razonable para triunfar en un periodo termidoriano.

Por la libertad de educación*

(10 de julio de 1938)

Sinceramente agradezco a los directores de *Vida* por haberme pedido expresar mi opinión sobre las tareas de los educadores mexicanos. Mi conocimiento de la vida de este país es todavía insuficiente para formular juicios concretos. Pero hay una consideración general que puedo exponer aquí.

En países atrasados, lo cual incluye no solo a México, sino en cierta medida también a la URSS, la actividad de los maestros no es una simple profesión sino una misión exaltada. La tarea de la educación cultural consiste en despertar y desarrollar la personalidad crítica entre las masas oprimidas y esclavizadas. La condición indispensable para esto es que el mismo educador posea una personalidad desarrollada en un sentido crítico. Una persona que no ha desarrollado serias convicciones no puede ser líder de la gente. Es por esto que un régimen totalitario en todas sus formas, en el Estado, en el sindicato, en el partido, le ocasiona irreparables daños a la cultura y a la educación. Cuando las convicciones son impuestas desde arriba como una orden

* *Por la libertad de educación: IV Internacional* (México), agosto de 1938. Traducido del español para el libro de Trotski, *Problems of Everyday Life* (Problemas de la vida cotidiana) (Pathfinder, 1973) por Iain Fraser. Esta era una carta para *Vida*, el periódico de los profesores de Michoacán, México. *IV Internacional* era el periódico de la sección mexicana del MFI.

militar, el educador pierde su individualidad mental y no puede inspirar a niños o adultos respeto o confianza en la profesión que ejerce. Esto pasa actualmente, no solo en los países fascistas, sino en la URSS. Las bases creadas por la Revolución de Octubre todavía no están —por fortuna— destruidas completamente. Pero el régimen político ya ha asumido definitivamente un carácter totalitario. La burocracia soviética, que ha violentado la revolución, quiere que la gente la considere infalible. Es a los maestros a quienes les ha encomendado la tarea de engañar a la gente, como hacen los sacerdotes. Para acallar la voz de la crítica, han introducido un sistema totalitario en la educación de los sindicatos obreros. Los funcionarios de la policía ponen a los dirigentes sindicales a emprender furiosas campañas de calumnia y represión contra los educadores de mente crítica, acusándoles de ser contrarrevolucionarios, «trotskistas» y «fascistas». Aquellos que no se rinden, son suprimidos por la GPU. Es más, la burocracia soviética intenta extender el mismo sistema al mundo entero. Sus agentes en cada nación buscan establecer el sistema totalitario dentro de los sindicatos de aquellos países. Este es el peligro terrible que amenaza la causa de la revolución y amenaza la cultura, particularmente en los países jóvenes y atrasados, donde la población está demasiado dispuesta, aun tal como es, a doblar la rodilla ante el feudalismo, el clericalismo y el imperialismo.

Mi deseo más ferviente es el de que la educación mexicana no sea sometida a un sistema totalitario en sus sindicatos, con las mentiras, calumnias, represiones y estrangulamiento del pensamiento crítico que este trae consigo. Solamente una honesta y tenaz lucha ideológica puede asegurar la formación de convicciones serias con raíces firmes. Solo una educación con estas convicciones es capaz de ganar autoridad indestructible y realizar su gran misión histórica.

Cultura y socialismo*

(1926-1927)

[...]

Cultura es todo lo que ha sido creado, construido, aprendido, conquistado por el hombre en el curso de su historia, a diferencia de lo que ha recibido de la naturaleza, incluyendo la propia historia natural del hombre como especie animal. La ciencia que estudia al hombre como producto de la evolución animal se llama antropología. Pero desde el momento en que el hombre se separó del reino animal —y esto sucedió cuando fue capaz de utilizar los primeros instrumentos de piedra y madera y con ellos armó los órganos de su cuerpo—, comenzó a crear y acumular cultura, esto es, todo tipo de conocimientos y habilidades para luchar contra la naturaleza y subyugarla.

Cuando hablamos de la cultura acumulada por las generaciones pasadas pensamos fundamentalmente en sus logros materiales, en la forma de los instrumentos, en la maquinaria, en los edificios, en los monumentos... ¿Es esto cultura? Desde luego son las formas materiales en las que se ha ido depositando la cultura —cultura material—. Ella es la que crea, sobre las bases proporcionadas por la naturaleza, el marco fundamental de nuestras vidas, nuestra vida cotidiana, nuestro trabajo creativo. Pero la parte más preciosa de la cultura es la que se

* <http://www.marxists.org/espanol/Trotsky/1920s/literatura/8e.htm#cs>.

deposita en la propia conciencia humana, los métodos, costumbres, habilidades adquiridas y desarrolladas a partir de la cultura material preexistente y que, a la vez que son resultado suyo, la enriquecen. Por tanto, consideraremos como firmemente demostrado que la cultura es un producto de la lucha del hombre por la supervivencia, por la mejora de sus condiciones de vida, por el aumento de poder. Pero de estas bases también han surgido las clases. A través de su proceso de adaptación a la naturaleza, en conflicto con las fuerzas exteriores hostiles, la sociedad humana se ha conformado como una compleja organización clasista. La estructura de clase de la sociedad ha determinado en alto grado el contenido y la forma de la historia humana, es decir, las relaciones materiales y sus reflejos ideológicos. Esto significa que la cultura histórica ha poseído un carácter de clase.

La sociedad esclavista, la feudal, la burguesa, todas han engendrado su cultura correspondiente, diferente en sus distintas etapas y con multitud de formas de transición. La sociedad histórica ha sido una organización para la explotación del hombre por el hombre. La cultura ha servido a la organización de clase de la sociedad. La sociedad de explotadores ha creado una cultura a su imagen y semejanza. ¿Pero debemos estar por esto en contra de toda la cultura del pasado?

Aquí existe, de hecho, una profunda contradicción. Todo lo que ha sido conquistado, creado, construido por los esfuerzos del hombre y que sirve para reforzar el poder del hombre es cultura. Sin embargo, dado que no se trata del hombre individual, sino del hombre social, dado que en su esencia la cultura es un fenómeno sociohistórico y que la sociedad histórica ha sido y continúa siendo una sociedad de clases, la cultura se convierte en el principal instrumento de la opresión de clase. Marx dijo: «Las ideas dominantes de una época son esencialmente las ideas de su clase dominante». Esto también se aplica a toda la cultura en su conjunto. Y, no obstante, nosotros decimos a la clase obrera: asimila toda la cultura del pasado, de otra forma no construirás el socialismo. ¿Cómo se explica esto?

Sobre esta contradicción mucha gente ha dado un traspies, y si los tropezones son tan frecuentes es porque se enfoca la concepción

de la sociedad de clases de una forma superficial, semiidealista, olvidando que lo fundamental de ella es la organización de la producción. Cada sociedad de clases se ha constituido sobre determinados métodos de lucha contra la naturaleza, y estos métodos se han ido modificando siguiendo el desarrollo de la técnica. ¿Qué es lo primero, la organización clasista de una sociedad o sus fuerzas productivas? Sin duda, sus fuerzas productivas. Sobre ellas es sobre lo que, dependiendo de su desarrollo, se modelan y remodelan las sociedades. En las fuerzas productivas se expresa de forma material la habilidad económica de la humanidad, su habilidad histórica, para asegurarse la existencia. Sobre estos cimientos dinámicos se levantan las clases que, en su interrelación, determinan el carácter de la cultura.

Y ahora, antes que todo, nos tenemos que preguntar con respecto a la técnica: ¿es únicamente un instrumento de la opresión de clase? Basta exponer tal problema para que se conteste inmediatamente: No; la técnica es la principal conquista de la humanidad; aunque hasta el momento haya servido como instrumento de explotación, al mismo tiempo es la condición fundamental para la emancipación de los explotados. La máquina estrangula al esclavo asalariado dentro de su puño; pero el esclavo solo puede liberarse a través de la máquina. Aquí está la raíz del problema.

Si no olvidamos que la fuerza impulsora del proceso histórico es el desarrollo de las fuerzas productivas, liberando al hombre de la dominación de la naturaleza, entonces encontramos que el proletariado necesita conocer la totalidad de los conocimientos y técnicas creados por la humanidad en el curso de su historia, para elevarse y reconstruir la vida sobre los principios de la solidaridad.

«¿Impulsa la cultura a la técnica, o es la técnica la que impulsa a la cultura?», plantea una de las preguntas que tengo ante mí por escrito. Es erróneo plantear la cuestión de tal forma. La técnica no puede ser enfrentada a la cultura, ya que constituye su principal instrumento. Sin técnica no existe cultura. El desarrollo de la técnica impulsa la cultura. Y la ciencia o la cultura general levantadas sobre la base de la técnica constituyen, a su vez, una potente ayuda para el desarrollo posterior de la técnica. Nos encontramos ante una interacción dialéctica.

Camaradas, si queréis un ejemplo sencillo, pero expresivo, de las contradicciones contenidas en la propia técnica, no encontraréis otro mejor que el de los ferrocarriles. Si veis los trenes de pasajeros de Europa occidental, apreciaréis que tienen coches de diferentes «clases». Estas clases nos traen a la memoria las clases de la sociedad capitalista. Los coches de primera son para los privilegiados círculos superiores; los de segunda clase, para la burguesía media; los de tercera, para la pequeña burguesía, y los de cuarta, para el proletariado, que antiguamente fue llamado, con muy buena razón, el Cuarto Estado. En sí mismos, los ferrocarriles suponen una conquista técnico-cultural colosal para la humanidad y en un solo siglo han transformado la faz de la Tierra. Pero la estructura clasista de la sociedad también revierte en la de los medios de comunicación; y nuestros ferrocarriles soviéticos aún están muy lejos de la igualdad no solo porque utilicen los coches heredados del pasado, sino también porque la N.E.P. prepara el camino para la igualdad, pero no la realiza.

[...]

Tomemos otro ejemplo: los instrumentos del militarismo, los medios de exterminio. En este campo, la naturaleza clasista de la sociedad se expresa de un modo especialmente candente y repulsivo. Sin embargo, no existe sustancia destructiva (explosiva o venenosa) cuyo descubrimiento no haya sido en sí mismo una importante conquista científica y técnica. Las sustancias explosivas o las venenosas también se usan para fines creativos y han abierto nuevas posibilidades en el campo de la investigación.

El proletariado solo puede tomar el poder quebrando la vieja maquinaria del Estado clasista. Nosotros hemos llevado a cabo esta tarea como nadie lo había hecho antes. Sin embargo, al construir la maquinaria del nuevo Estado hemos tenido que utilizar, en un grado bastante considerable, elementos del viejo. La futura reconstrucción socialista de la maquinaria estatal está estrechamente ligada a nuestras realizaciones políticas, económicas y culturales.

No debemos destrozarnos la técnica. El proletariado ha tomado posesión de las fábricas equipadas por la burguesía en el mismo estado en que las encontró la revolución. El viejo equipo todavía nos sirve.

Este hecho nos muestra de manera gráfica y directa que no podemos renunciar a la «herencia». Sin embargo, la vieja técnica, en el estado en que la hemos encontrado, es completamente inadecuada para el socialismo, al constituir una cristalización de la anarquía de la economía capitalista. La competencia entre diferentes empresas a la busca de ganancias, la desigualdad de desarrollo entre los distintos sectores de la economía, el atraso de ciertos campos, la atomización de la agricultura, la apropiación de fuerza humana, todo ello encuentra en la técnica una expresión de hierro y bronce. Pero mientras la maquinaria de la opresión de clase puede ser destrozada por un golpe revolucionario, la maquinaria productiva de la anarquía capitalista solo puede ser reconstruida en forma gradual. El periodo de restauración en base al viejo equipo no ha hecho más que colocarnos ante el umbral de esta enorme tarea. Debemos completarla cueste lo que cueste.

La cultura espiritual es tan contradictoria como la material. Y si de los arsenales y de los almacenes de la cultura material tomamos y ponemos en circulación no arcos y flechas, ni instrumentos de piedra, o de la Edad de Bronce, sino las herramientas más desarrolladas y de técnica más moderna de que podemos disponer, en lo referente a la cultura espiritual debemos actuar de la misma forma.

El fundamental elemento de la cultura de la vieja sociedad era la religión. Poseyó una importancia suprema como forma de conocimiento y unidad humana; pero por encima de todo, en ella se reflejaba la debilidad del hombre frente a la naturaleza y su impotencia dentro de la sociedad. Nosotros rechazamos totalmente la religión y todos sus sustitutos.

Con la filosofía resulta distinto. De la filosofía creada por la sociedad de clases debemos tomar dos elementos inapreciables: el materialismo y la dialéctica. Gracias a la combinación orgánica de ambos, Marx creó su método y levantó su sistema. Y este es el método que sustenta al leninismo.

Si pasamos a examinar la ciencia, en el estricto sentido del término, es obvio que nos encontramos ante una enorme reserva de conocimientos y técnicas acumuladas por la humanidad a través de su larga existencia. Es verdad que se puede mostrar que en la ciencia,

cuyo propósito es el conocimiento de la realidad, hay muchas aduleteraciones tendenciosas de clase. Si hasta los ferrocarriles expresan la posición privilegiada de unos y la pobreza de otros, esto que aparece todavía más claro en la ciencia, cuyo material es en gran parte más flexible que el metal y la madera con los que están hechos los coches de tren. Pero tenemos que reconocer el hecho de que el trabajo científico se alimenta fundamentalmente de la necesidad de lograr el conocimiento de la naturaleza. Aunque los intereses de clase han introducido y todavía introducen tendencias falsas hasta en las ciencias naturales, este proceso de falsificación está restringido a unos límites tras los cuales empezaría a impedir directamente el proceso tecnológico. Si examináis, las ciencias naturales de arriba abajo, desde la acumulación de hechos elementales hasta las generalizaciones más elevadas y complejas, cuanto más cercana a la materia y a los hechos permanecen, más fidedignos son los resultados finales, y, por el contrario, cuanto más amplias son las generalizaciones y más se aproxima la ciencia natural a la filosofía, más sujetas están a la influencia de los intereses de clase.

Las cosas son más complicadas y difíciles al acercarnos a las ciencias sociales y a las llamadas «humanidades». También en esta esfera, por supuesto, lo fundamental es conseguir el conocimiento de lo existente. Gracias a este hecho tenemos la brillante escuela de los economistas burgueses clásicos. Pero los intereses de clase, que actúan mucho más directamente y con mayor vigor en el campo de las ciencias sociales que en el de las ciencias naturales, pronto frenaron el desarrollo del pensamiento económico de la sociedad burguesa. Sin embargo, en este campo los comunistas estamos mejor equipados que en ningún otro. Los teóricos socialistas, despertados por la lucha obrera, han partido de la ciencia burguesa para después criticarla, y han creado a través de los trabajos de Marx y Engels el potente método del materialismo histórico y la espléndida aplicación de este método en *El capital*. Esto no significa, desde luego, que estemos vacunados contra la influencia de las ideas burguesas en el campo de la economía y la sociología. En absoluto; a cada paso, las más vulgares tendencias del socialismo profesional y de la pequeña burguesía Narodniki

han puesto en circulación entre nosotros los viejos «tesoros» del conocimiento, aprovechando para colar su mercancía las deformadas y contradictorias relaciones de la época de transición. A pesar de todo, en esta esfera contamos con los criterios indispensables del marxismo verificadas y enriquecidas por las obras de Lenin. Y rebatiremos con más vigor a los economistas y a los sociólogos vulgares si no cerramos los ojos a la experiencia cotidiana y si consideramos el desarrollo mundial como una totalidad, sabiendo distinguir sus rasgos fundamentales bajo los que no son más que simples cambios coyunturales.

En general, en el campo del derecho, la moral o la ideología, la situación de la ciencia burguesa es todavía más lamentable que en el de la economía. Para encontrar una perla de conocimiento auténtico en estas esferas es necesario rebuscar en decenas de estercoleros profesionales.

[...]

La crítica marxista en la ciencia debe ser vigilante y prudente, de otra forma podría degenerar en nueva charlatanería, en famusovismo. Tomad la sicología; incluso la reflexología de Pavlov está completamente dentro de los cauces del materialismo dialéctico; rompe definitivamente la barrera existente entre la fisiología y la sicología. El reflejo más simple es fisiológico, pero un sistema de reflejos es el que nos da la «consciencia». La acumulación de la cantidad fisiológica da una nueva cantidad «sicológica». El método de la escuela de Pavlov es experimental y concienzudo. Poco a poco se va avanzando en las generalizaciones: desde la saliva de los perros a la poesía —a los mecanismos mentales de la poesía, no a su contenido social—, aun cuando los caminos que nos conducen a la poesía aún no hayan sido desvelados.

La escuela del sicoanalista vienés Freud procede de una manera distinta. Da por sentado que la fuerza impulsora de los procesos síquicos más complejos y delicados es una necesidad fisiológica. En este sentido general es materialista, incluso la cuestión de si no da demasiada importancia a la problemática sexual en detrimento de otras es ya una disputa dentro de las fronteras del materialismo. Pero el sicoanalista no se aproxima al problema de la consciencia de forma

experimental, es decir, yendo del fenómeno más inferior al más elevado, desde el reflejo más sencillo al más complejo, sino que trata de superar todas estas fases intermedias de un salto, de arriba hacia abajo, del mito religioso al poema lírico o el sueño a los fundamentos psicológicos de la psique.

[...]

Por medio de estos ejemplos quería mostrar, aunque solo fuera parcialmente, tanto la complejidad de nuestra herencia científica como la complejidad de los caminos por los que el proletariado ha de avanzar para apropiarse de ella. Si no podemos resolver por decreto los problemas de la construcción económica y tenemos que «aprender a negociar», así tampoco puede resolver nada en el campo científico la publicación de breves órdenes; con ellas solo conseguiríamos daño y mantener la ignorancia. Lo que necesitamos en este campo es «aprender a aprender».

El arte es una de las formas mediante las que el hombre se sitúa en el mundo; en este sentido el legado artístico no se distingue del científico o del técnico, y no es menos contradictorio que ellos. Sin embargo, el arte, a diferencia de la ciencia, es una forma de conocimiento del mundo, no un sistema de leyes, sino un conjunto de imágenes y, a la vez, una manera de crear ciertos sentimientos o actividades. El arte de los siglos pasados ha hecho al hombre más complejo y flexible, ha elevado su mentalidad a un grado superior y le ha enriquecido en todos los órdenes. Este enriquecimiento constituye una preciosa conquista cultural. El conocimiento del arte del pasado es, por tanto, una condición necesaria tanto para la creación de nuevas obras artísticas como para la construcción de una nueva sociedad, ya que lo que necesita el comunismo son personas de mente muy desarrollada. ¿Pero puede el arte del pasado enriquecernos con un conocimiento artístico del mundo? Puede precisamente porque es capaz de nutrir nuestros sentimientos y educarlos. Si repudiáramos el arte del pasado de modo infundado, nos empobreceríamos espiritualmente.

Hoy en día se advierte una tendencia a defender la idea de que el único propósito del arte es la inspiración de ciertos estados de ánimo y

de ninguna manera el conocimiento de la realidad. La conclusión que se extrae de ella es: ¿con qué clase de sentimientos no nos infectará el arte de la nobleza o de la burguesía? Esta concepción es radicalmente falsa. El significado del arte como medio de conocimiento —también para la masa popular, e incluso especialmente para ella— es muy superior a su significado «sentimental». La vieja épica, la fábula, la canción, los relatos o la música popular proporcionan un tipo de conocimiento gráfico, iluminan el pasado, dan un valor general a la experiencia y solo en conexión con ellos y gracias a esta conexión nos podemos «sintonizar». Esto también se aplica a toda la literatura en general, no solo a la poesía épica, sino también a la lírica. Se aplica a la pintura y a la escultura. La única excepción, a cierto nivel, es la música, ya que su efecto, aunque poderoso, resulta parcial. También la música, por supuesto, proporciona un determinado conocimiento de la naturaleza, de sus sonidos y ritmos; pero aquí el conocimiento yace tan soterrado, los resultados de la inspiración de la naturaleza son a tal grado refractados a través de los nervios de la persona, que la música aparece como una «revelación» autosuficiente. [...]

La cultura es un fenómeno social. Precisamente por ello el lenguaje, como órgano de intercomunicación entre los hombres, es un instrumento más importante. La cultura del propio lenguaje es la condición más importante para el desarrollo de todas las ramas de la cultura, especialmente la ciencia y el arte. De la misma forma que la técnica no está satisfecha de los viejos aparatos de medición y crea otros nuevos, micrómetros, voltímetros..., tratando de obtener y obteniendo mayor precisión, así en material de lenguaje de capacidad para escoger las palabras adecuadas y combinarlas de la forma adecuada, se requiere un trabajo sistemático y tenaz para conseguir el mayor grado de precisión, claridad e intensidad. La base de este trabajo debe ser la lucha contra el analfabetismo, semianalfabetismo y el alfabetismo rudimentario. El próximo paso será la asimilación de la literatura clásica rusa.

Sí, la cultura fue el principal instrumento de la opresión de clase; pero también es, y solo ella puede serlo, el instrumento de la emancipación socialista.



En defensa del marxismo y los marxistas

El marxismo como ciencia*

11 de abril de 1933

A Sidney Hook

Estimado profesor Hook:

Leí con interés su artículo publicado en *The Nation* [*La Nación*]. El mismo me suscitó algunas dudas.

1. El título de su artículo —«El marxismo: ¿dogma o método?»— me causa cierta inquietud. Esa alternativa no agota el problema. El marxismo no es un dogma, pero tampoco es únicamente un método; es, también, una doctrina. La dialéctica materialista es un método. Pero Marx no se limitó a formular ese método, sino que lo aplicó en dos terrenos al crear la teoría de la economía capitalista (ciencia) y la teoría de los procesos históricos (la «filosofía de la historia» o, más precisamente, la ciencia).

* «El Marxismo como ciencia»: *The Nation*, 5 de julio de 1933. El artículo «El marxismo: ¿dogma o método?» apareció en la edición del 15 de marzo del mismo diario. La edición del 5 de julio también publicó los comentarios de Hook a la respuesta de Trotski.

2. Usted cierra su artículo con la siguiente frase: «[el marxismo] no es dogma, ni mito, ni ciencia objetiva, sino un método realista para la acción de clase».

¿Qué significa aquí la palabra «realista»? Objetivamente se basa en el verdadero conocimiento real de los procesos objetivos —en todo caso sociales—; el conocimiento de lo objetivo es una ciencia. La política marxista es realista en la medida en que se basa en el marxismo como *ciencia*.

3. Usted dice que es tan fácil comprender la doctrina marxista independientemente de sus objetivos revolucionarios como comprender las recetas de un médico independientemente del problema de la salud. Esta comparación es válida únicamente dentro de ciertos límites. El único médico capaz de hacer recetas útiles es el que basa su accionar en la anatomía, la fisiología, la patología y toda una serie de ciencias objetivas. ¿Cómo es posible separar la práctica realista de la teoría científica? En última instancia, todo el conocimiento científico —y no solamente en el terreno de la medicina— surge de las necesidades prácticas y sirve a esas necesidades prácticas.

4. Usted dice: «De los postulados teóricos de esta *ciencia* del marxismo resulta que la oposición revolucionaria a la Guerra Mundial de 1914 era utópica, porque la guerra y la psicología de guerra derivaron inevitablemente del conjunto de factores socioeconómicos de la época». Esta contraposición me resulta incomprensible. La lucha contra la guerra sería «utópica» porque la guerra surge inevitablemente de las circunstancias objetivas. En primer lugar, las ideas utópicas también surgen de las circunstancias objetivas. En segundo término, la lucha contra los acontecimientos «inevitables» no es necesariamente utópica, porque los acontecimientos inevitables se encuentran limitados en el tiempo y en el espacio. En el caso particular de la Guerra, este acontecimiento históricamente «inevitable» resultó «utópico» para el objetivo que perseguía, poner fin al impasse imperialista.

5. Usted afirma: «El error más grave de Marx fue no atribuir mayor importancia a los coeficientes temporales del proceso». Esta acotación

es justa respecto a muchos marxistas vulgares, sobre todo de la época de la Segunda Internacional, pero es absolutamente errónea en relación al propio Marx.

Cuando las circunstancias me lo permitan volveré sobre este tema para tratarlo de manera más extensa; mientras tanto, reciba mis saludos fraternales.

L. Trotski

Noventa años del *Manifiesto Comunista**

(30 de octubre de 1937)

¡Es difícil creer que solamente faltan diez años para el centenario del *Manifiesto Comunista*! Este folleto, que demuestra una genialidad mayor que cualquier otro en la literatura mundial, nos pasma aún hoy por su frescura. Sus secciones más importantes parecen haber sido escritas ayer. Ciertamente los jóvenes autores (Marx tenía veintinueve años y Engels veintisiete) fueron capaces de prever el futuro más que nadie antes o después de ellos.

En su prefacio común a la edición de 1872, Marx y Engels declararon que, a pesar de que algunos de los pasajes secundarios en el *Manifiesto* eran anticuados, sentían que ya no tenían derecho a alterar

* «Noventa años del *Manifiesto Comunista*»: prólogo a la primera traducción del *Manifiesto Comunista* al afrikaans. La versión original en *New International* [*Nueva Internacional*], de enero de 1938, contenía varios errores; una versión corregida fue editada al mes siguiente. *New International* fue la revista del Socialist Workers Party [SWP, Partido Socialista de los Trabajadores] hasta abril de 1940, cuando se apoderaron de ella Max Shachtman y sus seguidores, que se separaron del SWP para formar su propia organización. El SWP comenzó a publicar entonces *Fourth International* [*Cuarta Internacional*] cuyo nombre se cambió más tarde a *International Socialist Review* [*Revista Socialista Internacional*].

el texto original puesto que el *Manifiesto* se había convertido ya en un documento histórico, durante esos veintinueve años. Han transcurrido sesenta y cinco años desde entonces. Pasajes aislados han retrocedido aún más en el pasado. Trataremos de establecer sucintamente en este prefacio aquellas ideas del *Manifiesto* que conservan hoy su fuerza completa, como también aquellas que requieren importantes alteraciones y ampliaciones.

1. La concepción materialista de la historia, descubierta por Marx poco antes y aplicada con habilidad consumada en el *Manifiesto*, ha resistido completamente la prueba de los hechos y los golpes de la crítica hostil. Hoy constituye uno de los más preciosos instrumentos del pensamiento humano. Todas las demás interpretaciones del proceso histórico han perdido todo significado científico. Podemos declarar con certeza que es imposible en nuestra época, ser no solo un revolucionario militante sino incluso un observador culto de la política sin asimilar la interpretación materialista de la historia.

2. El primer capítulo del *Manifiesto* comienza con las siguientes palabras: «La historia de todas las sociedades existentes hasta hoy es la historia de la lucha de clases». Este postulado, la conclusión más importante extraída de la interpretación materialista de la historia, tornose inmediatamente en argumento de la lucha de clases. Ataques especialmente venenosos fueron dirigidos por hipócritas reaccionarios, doctrinarios liberales y demócratas idealistas contra la teoría que sustituía el «bienestar común», la «unidad nacional» y las «verdades morales eternas» por la lucha de intereses materiales como fuerza impulsora de la historia. A ellos más tarde se unieron reclutas de las filas del movimiento obrero, los llamados revisionistas, que proponían criticar («revisar») el marxismo con el espíritu de conciliación y colaboración de clases. En nuestra propia época finalmente, el mismo camino han tomado en la práctica los despreciables epígonos de la Internacional Comunista (los «estalinistas»): la política del llamado Frente Popular fluye totalmente de la negación de las leyes de la lucha de clases. Mientras tanto, es precisamente la época del imperialismo,

al llevar todas las contradicciones sociales a un punto de máxima tensión, lo que dará al *Manifiesto Comunista* su supremo triunfo teórico.

3. Marx dio forma final a la anatomía del capitalismo, como una etapa específica en el desarrollo económico de la sociedad, en *El capital* (1867). Pero en el *Manifiesto Comunista* las líneas principales del análisis futuro están firmemente esbozadas: el pago por la fuerza de trabajo como equivalente al costo de su reproducción; la apropiación del valor del excedente por los capitalistas; la competencia como ley básica de las relaciones sociales; la ruina de las clases intermedias, es decir, la pequeña burguesía urbana y el campesinado; la concentración de la riqueza en manos de un número cada vez menor de propietarios por un lado, y por el otro, la preparación de condiciones materiales y políticas previas al régimen socialista.

4. En el *Manifiesto*, la tesis que se refiere a la tendencia del capitalismo a rebajar el nivel de vida de los trabajadores y aun a transformarlos en indigentes estuvo sujeta a un ataque de artillería pesada. Clérigos, profesores, ministros, periodistas, teórico socialdemócratas, dirigentes de gremios obreros, se enfrentaron contra la así llamada «teoría del empobrecimiento». Ellos descubrieron invariablemente señales de prosperidad creciente entre los trabajadores, manipulando la aristocracia obrera como si fuera el proletariado, o tomando una tendencia pasajera como permanente. Mientras tanto, hasta el desarrollo del capitalismo más poderoso del mundo, esto es, el capitalismo de los Estados Unidos, ha transformado millones de trabajadores en indigentes que son mantenidos a costa de la caridad federal, municipal o privada.

5. Contra el *Manifiesto*, que describía las crisis industriales y comerciales como una serie de más y más extensas catástrofes, los revisionistas juraron que el desarrollo de *trusts* nacionales e internacionales aseguraría un control sobre el mercado y conduciría gradualmente a la abolición de las crisis. El final del siglo pasado y el comienzo del presente estuvieron marcados en realidad por un desarrollo tan tempestuoso del capitalismo, que las crisis parecieron solamente interrupciones «accidentales». Pero esta época se ha ido para no regresar.

En el análisis la verdad probó estar del lado de Marx también en esta cuestión.

6. «El gobierno del Estado moderno no es más que un comité para el manejo de los negocios comunes de toda la burguesía». Esta fórmula sucinta, que los dirigentes de la socialdemocracia despreciaron como una paradoja periodística, contiene, de hecho, la única teoría científica del Estado. La democracia ideada por la burguesía no es, como pensaron Bernstein y Kautsky, un saco vacío que se puede llenar indiferentemente con cualquier clase de contenido. La democracia burguesa puede servir solamente a la burguesía. Un gobierno del «Frente Popular», ya sea encabezado por Blum o Chautemps, Caballero o Negrín, es solamente «un comité para el manejo de los negocios comunes de toda la burguesía». Siempre que este «comité» maneja mal los negocios la burguesía lo expulsa de una patada.

7. «Toda lucha de clases es una lucha política». «La organización del proletariado como clase, es, consecuentemente, su organización en un partido político». Los sindicalistas por un lado y los anarcosindicalistas por otro se han desviado por largo tiempo — y aún ahora tratan de desviarse — de la comprensión de estas leyes históricas. Un golpe aplastante le fue asestado al sindicalismo «puro» en su principal refugio: los Estados Unidos. En España, su último bastión, el anarco-sindicalismo, ha sufrido una derrota irreparable. Aquí también el *Manifiesto* probó estar en lo correcto.

8. El proletariado no puede conquistar el poder dentro del sistema legal establecido por la burguesía. «Los comunistas declaran abiertamente que sus fines pueden ser alcanzados solamente por el derrocamiento violento de todo el régimen social existente». El reformismo buscó explicar este postulado del *Manifiesto* en base a la inmadurez del movimiento en ese tiempo, y en el desarrollo inadecuado de la democracia. El destino de las «democracias» italiana, alemana y un gran número de otras, prueba que la «inmadurez» es el rasgo distintivo de las ideas de los mismos reformistas.

9. Para la transformación socialista de la sociedad, la clase trabajadora debe concentrar tal poder en sus manos que pueda aplastar todos y cada uno de los obstáculos políticos que obstruyan el camino al nuevo sistema. «El proletariado organizado como clase dirigente» es la dictadura. Al mismo tiempo es la única democracia proletaria verdadera. Su alcance y profundidad dependen de condiciones históricas concretas. A medida que un mayor número de Estados tomen la línea de la revolución socialista, la dictadura asumirá formas más libres y flexibles y la democracia de los trabajadores será más amplia y profunda.

10. El desarrollo internacional del capitalismo ha predeterminado el carácter internacional de la revolución proletaria. «La acción unida de los países más civilizados por lo menos es una de las primeras condiciones para la emancipación del proletariado». El desarrollo subsecuente del capitalismo ha entrelazado tan estrechamente todos los sectores de nuestro planeta, tanto el «civilizado» como el «incivilizado», que el problema de la revolución socialista ha asumido completa y decisivamente un carácter mundial. La burocracia soviética trató de liquidar el *Manifiesto* con respecto a este problema fundamental. La degeneración bonapartista del estado soviético es una ilustración abrumadora de la falsedad de la teoría del socialismo en un solo país.

11. «Cuando, en el curso del desarrollo, las distinciones de clase han desaparecido, y toda la producción ha sido reunida en las manos de una vasta asociación de la nación entera, el poder público perderá su carácter político». En otras palabras: el Estado se extingue. La sociedad persiste liberada de la camisa de fuerza. Esto no es otra cosa que socialismo. En cambio, el crecimiento monstruoso de la coerción estatal en la Unión Soviética es testimonio elocuente de que tal sociedad se está alejando del socialismo.

12. «Los trabajadores no tienen patria». Estas palabras del *Manifiesto* han sido evaluadas más de una vez por filisteos como un escarnio agitativo. En realidad proveyeron al proletariado con la única instrucción imaginable en el problema de la «patria» capitalista. La violación de esta directiva por la Segunda Internacional acarreó no solamente cua-

tro años de devastación en Europa, sino también el presente estancamiento de la cultura mundial. En vistas de la nueva guerra inminente, para la cual ha preparado el camino la traición de la Tercera Internacional, el *Manifiesto* continúa siendo ahora el consejero más fidedigno en el problema de la «patria» capitalista.

Así, vemos que esta obra conjunta y más bien breve de dos jóvenes autores continúa dando instrucciones irremplazables sobre los más importantes y vehementes problemas de la lucha por la emancipación. ¿Qué otro libro podría ser aun lejanamente comparado con el *Manifiesto Comunista*? Pero esto no implica que después de veinte años de desarrollo sin precedentes de las fuerzas productivas y vastas luchas sociales, el *Manifiesto* no necesita correcciones o adiciones. El pensamiento revolucionario no tiene nada en común con el culto a los ídolos. Programas y pronósticos son examinados y corregidos a la luz de la experiencia, que es el criterio supremo de la razón humana. El *Manifiesto* también requiere correcciones y adiciones. Sin embargo, como lo evidencia la misma experiencia histórica, estas adiciones y correcciones pueden ser llevadas a cabo con éxito solamente al proceder de acuerdo con el método fijado en la base del *Manifiesto* mismo. Trataremos de indicarlo en varios ejemplos importantísimos.

1. Marx enseñaba que ningún sistema social abandona la arena de la historia, antes de agotar sus potencialidades creativas. El *Manifiesto* ataca al capitalismo por retardar el desarrollo de las fuerzas productivas. Sin embargo durante ese periodo, así como en las décadas siguientes, este retardo era solamente de carácter *relativo*. Si hubiera sido posible en la segunda mitad del siglo XIX, organizar la economía sobre principios socialistas, sus *tempos* de crecimiento hubiesen sido inconmensurablemente mayores. Pero este postulado, teóricamente irrefutable, no invalida el hecho de que las fuerzas productivas continuaron expandiéndose en una escala internacional hasta la Guerra Mundial. Solamente en los últimos veinte años, a pesar de las más modernas conquistas de la ciencia y la tecnología, ha comenzado la época de completo estancamiento

y hasta decadencia de la economía mundial. La humanidad está comenzando a gastar su capital acumulado, mientras la próxima guerra amenaza destruir por muchos años las bases de la civilización. Los autores del *Manifiesto* pensaron que el capitalismo decaería mucho antes de la época en que, de un régimen relativamente reaccionario, se convertiría en un régimen absolutamente reaccionario. Esta transformación tomó forma final solamente ante los ojos de la generación actual y convirtió nuestro tiempo en una época de guerras, revoluciones y fascismo.

2. El error de Marx y Engels respecto a las fechas históricas surgió, por un lado, de la subestimación de las posibilidades futuras latentes en el capitalismo y, por el otro, de una sobrestimación de la madurez revolucionaria del proletariado. La revolución de 1848 no se transformó en una revolución socialista como el *Manifiesto* había calculado, sino que permitió a Alemania un vasto ascenso posterior de tipo capitalista. La Comuna de París comprobó que el proletariado sin tener a la cabeza un partido revolucionario templado no puede arrancar el poder a la burguesía. Entretanto sobrevino el prolongado periodo de prosperidad capitalista que logró no la educación de la vanguardia revolucionaria, sino más bien la degeneración burguesa de la clase obrera, la cual a su vez tornose en el principal freno de la revolución proletaria. Esencialmente, para los autores del *Manifiesto* era absolutamente imposible haber previsto esta «dialéctica».
3. Para el *Manifiesto*, el capitalismo era el reino de la libre competencia. Mientras se refiere a la concentración creciente del capital, el *Manifiesto* no estableció la conclusión necesaria con respecto al monopolio, que se ha vuelto la forma dominante del capitalismo en nuestra época y la precondition más importante para la economía socialista. Solamente después en *El capital* Marx estableció la tendencia hacia la transformación de competencia libre a monopolio. Fue Lenin quien dio una caracterización científica del monopolio capitalista en su *Imperialismo*.

4. Al basarse en el ejemplo de la «revolución industrial» inglesa, los autores del *Manifiesto* imaginaron de una manera demasiado unilateral el proceso de liquidación de las clases intermedias, como una proletarización al por mayor de artesanado, campesinado y pequeñas industrias. En realidad, las fuerzas elementales de la competencia están lejos de haber completado este trabajo simultáneamente progresivo y bárbaro. El capitalismo ha arruinado a la pequeña burguesía a una velocidad mayor de lo que la ha proletarizado. Además, el Estado burgués ha dirigido por mucho tiempo su política consciente hacia el mantenimiento artificial del estrato pequeñoburgués. Al extremo opuesto, el crecimiento de la tecnología y la racionalización de la industria en gran escala engendran un desempleo crónico e impide la proletarización de la pequeña burguesía. Al mismo tiempo, el desarrollo del capitalismo ha acelerado, hasta el extremo, el crecimiento de legiones de técnicos, administradores, empleados comerciales, en resumen, la llamada «nueva clase media». Por tanto, las clases intermedias, a cuya desaparición se refiere tan categóricamente el *Manifiesto*, incluyen, aun en un país tan altamente industrializado como Alemania, casi la mitad de la población. Sin embargo, la preservación artificial del anticuado estrato pequeñoburgués no mitiga, en forma alguna, las contradicciones sociales, sino que, por el contrario, las cubre con una malicia especial y, junto con el ejército permanente de los desempleados, constituye la expresión más nociva de la *descomposición* del capitalismo.
5. Calculado para una época revolucionaria, el *Manifiesto* contiene diez demandas (final del capítulo II), las cuales corresponden al periodo de transición directa del capitalismo al socialismo. En su prefacio de 1872, Marx y Engels declararon anticuadas en parte estas consignas y, en todo caso, de importancia secundaria. Los reformistas se apoderaron de esta evaluación para interpretarla en el sentido de que las consignas revolucionarias transicionales habían cedido para siempre su lugar al «programa mínimo» socialdemócrata, el cual, como

es bien sabido, no trasciende los límites de la democracia burguesa. En realidad, los autores del *Manifiesto* indicaron precisamente la corrección principal de su programa transicional, al decir, «la clase trabajadora no puede tomarse la maquinaria estatal existente y manejarla para sus propios fines». En otras palabras, la corrección estaba dirigida contra el fetichismo de la democracia burguesa. Marx contrapuso más tarde al Estado capitalista, el Estado tipo comuna. Este «tipo» asumió consecuentemente la forma, mucho más gráfica, de *soviets*. No puede haber hoy un programa revolucionario sin *soviets* y sin *poder obrero*. En cuanto a los demás, las diez consignas del *Manifiesto* han recuperado completamente hoy su verdadero significado. El «programa mínimo» socialdemócrata por otra parte se ha vuelto desesperadamente anticuado.

6. Al basar su expectativa de que «la revolución burguesa alemana... no será sino un preludio a una inmediatamente próxima revolución proletaria», el *Manifiesto* cita las condiciones mucho más avanzadas de la civilización europea comparadas a las que existían en Inglaterra en el siglo XVII y en Francia en el XVIII, y el desarrollo mucho mayor del proletariado. El error en este pronóstico no era solamente la fecha. La revolución de 1848 reveló en unos pocos meses que precisamente bajo condiciones más avanzadas ninguna de las clases burguesas es capaz de llevar a cabo la revolución: la burguesía alta y media está demasiado vinculada a los terratenientes y limitada por el temor a las masas; la pequeña burguesía está demasiado dividida y sus altos dirigentes demasiado dependientes de la gran burguesía. Como evidencia el subsecuente y total curso de desarrollo en Europa y Asia, la revolución burguesa tomada en sí misma no puede ser en general consumada. Una purga completa de la basura feudal de la sociedad es solamente concebible, bajo la condición de que el proletariado, libre de la influencia de los partidos burgueses, se declare a la cabeza del campesinado y establezca su dictadura revolucionaria. Con esta prueba la revolución burguesa se entrelaza con la

primera etapa de la revolución socialista, para disolverse posteriormente en esta última. Entonces la revolución nacional se convierte en un eslabón de la revolución mundial. La transformación de la base económica y de todas las relaciones sociales asume un carácter permanente (e ininterrumpido).

Para partidos revolucionarios en países atrasados de Asia, Latinoamérica y África, una comprensión clara de la conexión orgánica entre la revolución democrática y la dictadura del proletariado —y por lo tanto la revolución socialista internacional— es un problema de vida o muerte.

7. Mientras describe cómo el capitalismo atrae hacia su vértice países atrasados y bárbaros, el *Manifiesto* no contiene ninguna referencia a la lucha por la independencia de países coloniales y semicoloniales. Teniendo en cuenta que Marx y Engels consideraron la revolución social «por lo menos en los principales países civilizados» como asunto de unos pocos años, el problema colonial estaba resuelto automáticamente para ellos, no como consecuencia de un movimiento independiente de nacionalidades oprimidas, sino de la victoria del proletariado en los centros metropolitanos del capitalismo. Los problemas de estrategia revolucionaria en países coloniales y semicoloniales no son tratados en absoluto en el *Manifiesto*. Sin embargo, estos problemas exigen una solución independiente. Por ejemplo, es axiomático que mientras «la patria nacional» es el freno histórico más pernicioso en países capitalistas avanzados, continúa siendo un factor relativamente progresivo en países atrasados obligados a luchar por una existencia independiente.

«Los comunistas», declara el *Manifiesto*, «apoyan en todas partes todo movimiento revolucionario contra el orden social y político existente». El movimiento de las razas de color contra sus opresores imperialistas es uno de los más poderosos e importantes y por lo tanto exige un apoyo completo, incondicional e ilimitado por parte del proletariado de raza blanca. El mérito de desarrollar una estrategia revolucionaria para nacionalidades oprimidas pertenece primordialmente a Lenin.

8. La parte más anticuada del *Manifiesto* —con respecto al material y no al método— es la crítica a la literatura socialista de la primera parte del siglo XIX (capítulo III) y la definición de la posición de los comunistas frente a varios partidos de oposición (capítulo IV). Los movimientos y partidos enumerados en el *Manifiesto* fueron tan drásticamente arrollados por la Revolución de 1848 o por la contrarrevolución siguiente, que uno tiene que buscar sus nombres en un diccionario histórico. Sin embargo, también en esta parte el *Manifiesto* está más cerca de nosotros ahora de lo que lo estuvo de la generación precedente. En la época del florecimiento de la Segunda Internacional, cuando el marxismo parecía ejercer un dominio indiviso, las ideas del socialismo premarxista podían haber sido consideradas definitivamente en el pasado. Pero hoy las cosas son diferentes. La descomposición del Partido Socialdemócrata y de la Internacional Comunista engendra a cada paso monstruosas recaídas ideológicas. El pensamiento senil parece haberse vuelto infantil. En busca de fórmulas salvadoras los profetas de la época de la decadencia descubren como nuevas doctrinas enterradas por el socialismo científico.

En lo que respecta al problema de partidos de oposición, las décadas transcurridas han introducido los cambios más profundos, no solamente en el sentido de que los viejos partidos han sido remplazados por nuevos, sino en el sentido de que el carácter mismo de los partidos y su relación mutua han cambiado radicalmente bajo las condiciones de la época imperialista. El *Manifiesto* debe ser ampliado por lo tanto con los documentos más importantes de los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista, la literatura esencial del bolchevismo y las resoluciones de las conferencias de la Cuarta Internacional.

Hemos observado antes que, de acuerdo con Marx, ningún orden social abandona la escena sin agotar antes sus potencialidades latentes. Sin embargo hasta un orden social anticuado no cede su lugar a uno nuevo sin oponer resistencia. Un cambio en regímenes sociales presupone la forma más severa de

la lucha de clases, es decir, la revolución. Si el proletariado, por una u otra razón, demuestra su incapacidad de derrocar con un golpe audaz al orden burgués sobreviviente, entonces el capital financiero en su lucha por mantener su dominio inestable no puede hacer otra cosa que convertir a la pequeña burguesía, arruinada y desmoralizada por él, en el ejército pogromista del fascismo. La degeneración burguesa de la socialdemocracia y la degeneración fascista de la pequeña burguesía están entrelazadas como causa y efecto.

En la época actual, la Tercera Internacional, mucho más desafortunadamente que la Segunda, realiza en todos los países el trabajo de engañar y desmoralizar a los trabajadores. Al masacrar la vanguardia del proletariado español, los mercenarios desenfrenados de Moscú no solamente preparan el terreno para el fascismo, sino que ejecutan una buena parte de su trabajo. La prolongada crisis de la revolución internacional, la cual se transforma más y más en una crisis de la cultura humana, es reducible en esencia a la crisis de la dirección revolucionaria.

Como heredera de la gran tradición, de la cual el *Manifiesto Comunista* forma el más precioso vínculo, la Cuarta Internacional está educando nuevas células para la solución de antiguas tareas. La teoría es realidad generalizada. En una actitud honesta hacia la teoría revolucionaria está expresado el impulso apasionado de reconstruir la realidad social. El hecho de que en la parte sur del Continente Negro nuestros compañeros fueron los primeros en traducir el *Manifiesto* a la lengua africains, es otra ilustración gráfica del hecho de que el pensamiento marxista vive hoy solamente bajo la bandera de la Cuarta Internacional. A ella pertenece el futuro. Cuando se celebre el centenario del *Manifiesto Comunista*, la Cuarta Internacional se habrá transformado en la fuerza revolucionaria decisiva de nuestro planeta.

Lenin como tipo nacional*

Discurso pronunciado en el 50 cumpleaños de Lenin

El internacionalismo de Lenin no necesita defensa. Su característica distintiva es el rompimiento irreconciliable, en los primeros días de la Guerra Mundial, con aquella falsificación del internacionalismo que prevaleció en la Segunda Internacional. Los jefes oficiales del «socialismo», desde la tribuna parlamentaria, con argumentos abstractos inspirados por el espíritu de los viejos cosmopolitas, guiaban los intereses de la patria hacia la armonía con los intereses de la humanidad. En la práctica todo esto condujo, como sabemos, al sostenimiento por el proletariado de la patria de la clase dominante.

El internacionalismo de Lenin no es en manera alguna una forma de reconciliar verbalmente nacionalismo e internacionalismo, sino una forma de acción revolucionaria internacional. El mundo habitado por los llamados hombres civilizados se le aparece como un solo campo de combate en que los distintos pueblos y clases sostienen una guerra gigantesca unos contra otros. Ninguna cuestión de importancia puede encerrarse en un marco nacional. Amenazas visibles e invisibles solidarizan cada cuestión con docenas de fenómenos acontecidos en todos los extremos del mundo. En su apreciación de los factores y de

* <http://www.marxists.org/espanol/Trotsky/1920s/1920-lenin50.htm>.

las fuerzas internacionales Lenin era más libre que la gente imbuida de prejuicios nacionales.

Según Marx, los filósofos consideran este mundo satisfactorio cuando la tarea debía consistir en transformarlo. Pero él, el profeta genial, no vivió para verlo. La transformación del viejo mundo se halla en pleno desarrollo y Lenin es su primer obrero. Su internacionalismo es una apreciación práctica de ciento cinco acontecimientos históricos y una adaptación práctica a su curso sobre una escala internacional y para un propósito internacional. Rusia y su suerte son únicamente un elemento de esta gran lucha, de cuyo éxito depende la suerte de la humanidad.

El internacionalismo de Lenin no necesita recomendación. Y sin embargo, el propio Lenin es nacional en grado sumo. Su espíritu arraiga profundamente en la historia rusa, la hace suya, le da su más honda expresión, y alcanza por añadidura el nivel de una acción y una influencia internacionales.

De buenas a primeras, la atribución a Lenin de un carácter «nacional» puede sorprender; pero si se atiende a lo fundamental, resulta naturalísima. Para dirigir una revolución sin precedentes en la historia de los pueblos, como la que se produce en Rusia, es evidentemente necesario hallarse en una conexión orgánica indisoluble con la vida popular, una conexión que brota de los orígenes más profundos.

Lenin encarna el proletariado ruso, una clase joven, que políticamente tiene apenas la edad de Lenin y es, además, una clase profundamente nacional, porque involucra todo el desarrollo pasado de Rusia y contiene todo el futuro de Rusia, porque en ella vive y muere la nación rusa. Sin rutina ni ejemplo que seguir, libre de falsedad y de compromiso, pero firme en el pensamiento e intrépido para actuar, con una intrepidez que nunca degenera en incompreensión; así es el proletariado ruso y así es Lenin.

La naturaleza del proletariado ruso, que actualmente se ha convertido en la fuerza más importante de la revolución internacional, ha sido preparada por el curso de la historia nacional rusa, por la crueldad bárbara del más absoluto de los Estados, la insignificancia de las clases privilegiadas, el desarrollo febril del capitalismo en las turbulencias del

cambio, la decadencia de la burguesía rusa y su ideología, y la degeneración de sus políticos. Nuestro «tercer Estado» no comprendía la reforma ni la revolución y no podía comprenderlas. Por eso los problemas revolucionarios del proletariado asumieron un carácter más vasto. Nuestro «tercer Estado» no sabe nada de Lutero, de Tomás Munzer, de Mirabeau, de Marat, de Robespierre. Por lo mismo, el proletariado ruso tuvo su Lenin. Lo que faltaba en tradición se ganó en energía revolucionaria.

Lenin refleja en sí la clase obrera rusa, no solo en su presente político, sino también en su pasado rústico tan reciente. Este hombre, sin disputa el jefe del proletariado, parece un campesino; en él hay algo que lo sugiere vivamente. Ante el Smolny se eleva la estatua del otro héroe del proletariado mundial, Marx, sobre un pedestal, vistiendo una levita negra. A buen seguro esto es una minucia, pero es absolutamente imposible imaginarse a Lenin vistiendo una levita negra. En algunos retratos, Marx aparece con una amplia pechera sobre la que pende un monóculo.

Que Marx no era hombre inclinado a la coquetería es cosa clara para quien tenga una idea del espíritu marxista. Pero Marx creció sobre una base distinta de cultura nacional, vivió en una atmósfera diferente, como sucede a todas las personalidades destacadas de la clase obrera alemana, cuyos orígenes no se remontan a las aldeas sino a los gremios y a la complicada cultura de la ciudad medieval.

El estilo de Marx, rico y flexible, y en el que se combinan la cólera y la ironía, la agudeza y la elegancia, denota también el sustrato ético y literario de toda la antigua literatura socialista alemana desde la Reforma y aun antes. El estilo literario y oratorio de Lenin es extremadamente sencillo, ascético, como toda su manera de ser. Pero este fuerte ascetismo no muestra indicio alguno de sermón moral. Y no se crea que es así por obedecer a un principio, a un sistema premeditado, puesto que no hay en él la menor afectación; su modo de presentarse es sencillamente la expresión exterior de la concentración interna de fuerza para la acción. Obedece a un imperativo de economía de la misma índole que el que siente el campesino, pero mucho más fuerte.

Marx entero está contenido en el *Manifiesto Comunista*, en el prólogo de su *Crítica*, en *El capital*. Aun cuando no hubiese sido el fundador de la Primera Internacional, siempre hubiera sido lo que es. Lenin, en cambio, se dedica desde luego a la acción revolucionaria. Sus obras son simples ejercicios preparatorios de la acción. Aunque no hubiese publicado un solo libro hubiera aparecido en la historia como aparece hoy: como el jefe de la revolución proletaria, el fundador de la Tercera Internacional.

Se necesitaba un sistema claro, erudito —dialéctica materialista—, para poder realizar el tipo de tareas que llevó a cabo Lenin; ello era necesario, pero no suficiente. Hacía falta aquel poder creador misterioso que se llama intuición: la habilidad de advertir las apariencias en seguida, de distinguir lo esencial e importante de lo insignificante y superfluo, de reconocer las partes equivocadas de una descripción, de medir bien los pensamientos de los demás y sobre todo el del enemigo, de unir todo esto en un todo, y en el momento en que la «fórmula» se concrete en su pensamiento, dirigir el golpe. Esto es intuición en acción. Ella equivale por otra parte a lo que llamamos penetración.

Cuando Lenin, cerrado el ojo izquierdo, recibía por radio el discurso parlamentario de un jefe de prosapia imperialista o la nota diplomática esperada —un cierto tejido de reserva sanguinaria y de hipocresía política— parecía un «mujik» de temple orgulloso, al que no hay manera de reducir. Un campesino terco y avisado que llega a los límites de la genialidad con las últimas adquisiciones de un pensamiento de estudioso.

El joven proletariado ruso está capacitado para llevar a cabo lo que solamente realiza quien ha arado el duro terruño de los campesinos hasta sus profundidades. Nuestro pasado nacional ha preparado este hecho. Pero precisamente porque el proletariado vino al poder por el curso de los acontecimientos, nuestra revolución ha sido capaz de vencer repentina y radicalmente la torpeza limitada y provinciana; la Rusia del Soviet se convierte no solo en el refugio del comunismo internacional, sino también en la personificación viva de su programa y de sus métodos.

Por caminos desconocidos no explicados aún por la ciencia, a través de los que se modela la personalidad del hombre, Lenin tomó de su nacionalismo todo lo que necesitó para la mayor acción revolucionaria que han visto los siglos. Precisamente porque la revolución social, que tiene desde hace tiempo su expresión teórica internacional, encontró desde el primer momento su personificación en Lenin, este resultó, en el verdadero sentido de la palabra, el jefe revolucionario del proletariado del mundo.

¡Fuera las manos de Rosa Luxemburgo!*

[Fragmento]

(28 de junio de 1932)

El artículo de Stalin «Acerca de algunos problemas de la historia del bolchevismo» me llegó con algún atraso. Después de recibirlo, durante mucho tiempo no me pude obligar a leerlo, ya que esa literatura se le atraganta a uno como si fuera aserrín o puré de ortigas. Sin embargo, luego de haberlo leído, llegué a la conclusión de que no se puede ignorar este engendro, aunque solo sea porque incluye una calumnia vil y desvergonzada contra Rosa Luxemburgo.

¡Stalin ubica a esta gran revolucionaria en el campo del centrismo! Demuestra —por supuesto, no demuestra sino afirma— que el bolchevismo, desde el día en que surgió, sostenía la línea de la ruptura con el centro kautskista, mientras que Rosa Luxemburgo en esa época apoyaba a Kautsky desde la izquierda.

* «¡Fuera las manos de Rosa Luxemburgo!»: *The Militant* 6 y 18 de agosto de 1932. [En español aparece en *Rosa Luxemburgo. Obras escogidas*, Editorial Pluma, Bogotá, 1976, tomo II, apéndice 9, p. 275]. El artículo de Stalin al que responde Trotski defendiendo a Rosa Luxemburgo, escrito en forma de carta, es el mismo en el que Stalin acusaba a la Oposición de haber intentado provocar una «insurrección» el 7 de noviembre de 1927.

[...] En la lucha de Rosa Luxemburgo contra Kautsky, especialmente entre 1910 y 1914, ocuparon un lugar importante los problemas de la guerra, el militarismo y el pacifismo. Kautsky defendía el programa reformista: limitación del armamento, tribunal internacional, etcétera. Rosa Luxemburgo combatió resueltamente este programa considerándolo ilusorio. Lenin tenía algunas dudas, pero en una época estuvo más cerca de Kautsky que de Rosa Luxemburgo. De mis conversaciones con Lenin en ese entonces, recuerdo que le impresionó mucho este argumento de Kautsky: así como en los problemas internos las reformas son producto de la lucha de clases revolucionaria, en las relaciones internacionales se puede pelear y conseguir determinadas garantías («reformas») a través de la lucha de clases internacional. Lenin consideraba totalmente posible apoyar esta posición de Kautsky dado que este, después de la polémica con Rosa Luxemburgo, se volvió contra el ala derecha (Noske y Cía.). No estoy en condiciones de plantear ahora, de memoria, hasta qué punto estas ideas se reflejaron en los artículos de Lenin; el problema requiere un análisis sumamente cuidadoso. Ni tampoco puedo decir de memoria cuándo surgieron las dudas de Lenin sobre la cuestión. De todos modos, las expresó tanto en sus conversaciones como en su correspondencia. Karl Radek tiene una de estas cartas.

Considero necesario aportar a la cuestión una evidencia de la que fui testigo para intentar de esta manera salvar un documento excepcionalmente valioso para la biografía teórica de Lenin. En el otoño de 1926, cuando elaborábamos colectivamente la plataforma de la Oposición de Izquierda, Radek nos mostró a Kamenev, a Zinoviev y a mí —probablemente también a otros camaradas— una carta que le escribió Lenin (¿en 1911?) en la que defendía la posición de Kautsky contra la crítica de la izquierda alemana. Según las normas impartidas por el Comité Central, Radek, igual que todos los demás, debía entregar esa carta al Instituto Lenin. Pero temeroso de que la ocultaran o la destruyeran en la fábrica estalinista de falsificaciones, decidió guardarla hasta una ocasión más oportuna. No se puede negar que la actitud de Radek tenía sus fundamentos. Sin embargo, en la actualidad, el propio Radek

desempeña un rol bastante activo —aunque no en un cargo de mucha responsabilidad— en la producción de falsificaciones políticas. Basta con recordar que Radek, que a diferencia de Stalin conoce la historia del marxismo y que, además, conoce esta carta de Lenin, se permitió declarar públicamente su solidaridad con la insolente caracterización de Rosa Luxemburgo hecha por Stalin. La circunstancia de que Radek actuó presionado por la vara de Iaroslavski no disminuye su culpa, ya que solo los esclavos despreciables pueden renunciar a los principios del marxismo en nombre de los principios del látigo.

Sin embargo, no nos interesa la caracterización personal de Radek sino el destino de la carta de Lenin. ¿Qué sucedió con ella? ¿Todavía se la oculta Radek al Instituto Lenin? Es difícil. Lo más probable es que se la haya confiado a quien debía hacerlo, como prueba tangible de su intangible devoción. ¿Y qué ocurrió con la carta después? ¿Está guardada en los archivos de Stalin junto con los documentos que comprometen a sus colegas más íntimos? ¿O ha sido destruida, igual que muchos otros preciosos documentos del partido?

En todo caso, no puede haber la menor razón política para ocultar una carta escrita hace dos décadas, sobre un problema cuyo interés actual es únicamente histórico. Pero precisamente, lo excepcional es el valor histórico de la carta. Muestra al Lenin verdadero, no como lo presentan, a su imagen y semejanza, los necios burócratas que se pretenden infalibles. Preguntamos, ¿dónde está la carta de Lenin a Radek? ¡La carta de Lenin la deben tener aquellos a quienes les pertenece! ¡Hay que ponerla sobre la mesa del partido y de la Comintern!

Si se consideran en conjunto los desacuerdos entre Lenin y Rosa Luxemburgo, la razón histórica está totalmente del lado de Lenin. Pero esto no excluye el hecho de que en determinados problemas y en ciertas épocas Rosa Luxemburgo estuvo acertada en contra de Lenin. De todos modos, los desacuerdos, pese a su extrema aspereza ocasional y a su importancia, se basaban sobre la política proletaria revolucionaria común a ambos.

Volviendo al pasado, cuando Lenin escribió en «Saludo a los comunistas italianos, franceses y alemanes» (octubre de 1919) que

«[...] en el momento de la toma del poder y la creación de la república soviética, el bolchevismo quedó solo en su campo, había ganado a lo mejor de las tendencias del pensamiento socialista que le eran afines [...]»; [*Rosa Luxemburgo. Obras escogidas*, t. 2, apéndice C, p. 281], repito, cuando Lenin escribió esto, indudablemente incluía también a la tendencia de Rosa Luxemburgo, cuyos adherentes más cercanos, Marjlevski, Dzershinski y otros, militaban en las filas de los bolcheviques.

Lenin comprendió más profundamente que Stalin los errores de Rosa Luxemburgo, pero no es casual que, refiriéndose a ella, citara una vez el viejo refrán: aunque las águilas, precipitándose desde lo alto, puedan volar más bajo que las gallinas, estas, por más que desplieguen sus alas, nunca pueden llegar a las nubes. ¡Precisamente! ¡Este es el caso! Por esta razón Stalin tendría que ser muy cauto antes de emplear su maligna mediocridad cuando se trata de figuras de la estatura de Rosa Luxemburgo.

En su artículo «Una contribución a la historia de la cuestión de la dictadura» (octubre de 1920), Lenin, refiriéndose a los problemas del Estado soviético y de la dictadura del proletariado planteados ya por la Revolución de 1905, escribía: «Representantes destacados del proletariado revolucionario y del marxismo sin falsificaciones, tales como Rosa Luxemburgo, apreciaron inmediatamente la importancia de esta experiencia práctica y la analizaron críticamente en mítines y a través de la prensa». Por el contrario «[...] gente de la calaña de los futuros Kautsky [...] demostraron una incapacidad absoluta para comprender el significado de la experiencia». En unas cuantas líneas Lenin rinde plenamente el tributo de su reconocimiento a la significación histórica de la lucha de Rosa Luxemburgo contra Kautsky, lucha que él mismo estuvo lejos de evaluar inmediatamente en toda su importancia. Si para Stalin —el aliado de Chiang Kai-shek y camarada de armas de Purcell, el teórico del «partido obrero-campesino», de la «dictadura democrática», del «no molestar a la burguesía», etcétera— Rosa Luxemburgo es un representante del centrismo, para Lenin ella es un representante del «marxismo sin falsificaciones». Cualquiera que tenga un mínimo de conocimiento de Lenin sabe qué significa este apelativo de su parte.

Aprovecho la ocasión para señalar que en las notas a los trabajos de Lenin, entre otras cosas, se dice lo siguiente sobre Rosa Luxemburgo: «Durante el florecimiento del revisionismo bernsteiniano y posteriormente del ministerialismo (Millerand), Luxemburgo libró una batalla implacable contra dicha tendencia, asumiendo esta posición en el partido alemán [...]. En 1907 participó, como delegada del Partido Socialdemócrata de Polonia y Lituania, en el congreso que realizó en Londres el Partido Obrero Socialdemócrata Ruso; allí apoyó la fracción bolchevique en todas las cuestiones fundamentales concernientes a la revolución rusa. Desde 1907, Rosa Luxemburgo se entregó de lleno al trabajo en Alemania, desde una posición de izquierda contra el centro y la derecha [...]. Su participación en la insurrección de enero de 1919 ha convertido su nombre en *bandera de la revolución proletaria*».

Por supuesto, el autor de estas notas probablemente confiese mañana que en la época de Lenin escribía sumido en la ignorancia, hasta que le llegó la luz en la de Stalin. Actualmente la prensa de Moscú publica todos los días anuncios de este tipo, mezcla de aduonería, idiotez y bufonismo. Pero esto no cambia las cosas; no hay hoz que pueda segar aquella que una vez salió impreso ni poder que lo elimine. ¡Sí, Rosa Luxemburgo se convirtió en bandera de la revolución proletaria!

No obstante, ¿cómo y por qué Stalin se dedicó súbitamente, después de tanto tiempo, a revisar la vieja caracterización bolchevique de Rosa Luxemburgo? El motivo de este —el más escandaloso de todos sus abortos teóricos—, como el de los anteriores, reside en la lógica de su lucha contra la teoría de la revolución permanente. Este artículo «histórico» de Stalin está también dedicado en su mayor parte a esta teoría. No aporta un solo argumento nuevo. Hace mucho contesté todos sus argumentos en mi libro *La revolución permanente*. Desde el punto de vista histórico confío en que el problema quedará suficientemente aclarado en el segundo tomo de la *Historia de la Revolución Rusa* (la Revolución de Octubre), ahora en prensa. En este caso la cuestión de la revolución permanente nos interesa solo en la medida en que Stalin la relaciona con el nombre de Rosa Luxemburgo. Veremos

cómo se las arregló el infortunado teórico para meterse en una trampa mortal.

Después de hacer una recapitulación de la polémica entre bolcheviques y mencheviques sobre las fuerzas motrices de la revolución rusa y de comprimir magistralmente en unas pocas líneas un montón de errores que me veo obligado a dejar sin análisis, Stalin escribe: «¿Qué actitud tenían los socialdemócratas alemanes Parvus y Rosa Luxemburgo, respecto de la controversia? Inventaron el esquema utópico y semimenchevique de revolución permanente [...]. Poco después, Trotski (y en parte Martov) hizo suyo este esquema semimenchevique y lo transformó en un arma de lucha contra el leninismo [...]». Tal es la inesperada historia del origen de la teoría de la revolución permanente, según las últimas investigaciones históricas de Stalin. Pero, por cierto, el investigador se olvidó de consultar sus propios e ilustrados trabajos previos. En 1925, en su polémica contra Radek, el propio Stalin manifestó su opinión sobre esta cuestión. He aquí lo que escribió entonces: «*No es cierto que La teoría de la revolución permanente haya sido formulada por Rosa Luxemburgo y Trotski en 1905. En realidad la teoría pertenece a Parvus y Trotski*». Se puede leer esta afirmación en *Cuestiones del leninismo*, edición rusa, 1926, página 185. Esperamos que figure en todas las ediciones extranjeras.

Por lo tanto, en 1925 Stalin declaró a Rosa Luxemburgo inocente del pecado cardinal de participar en la creación de la teoría de la revolución permanente. «En realidad, esta teoría pertenece a Parvus y Trotski». En 1931, el mismo Stalin nos informa que fueron precisamente «Parvus y Rosa Luxemburgo [...] quienes crearon el esquema utópico y semimenchevique de la revolución permanente». En cuanto a Trotski, no creó la teoría, solo «la planteó», y al mismo tiempo que... ¡Martov! Una vez más Stalin se enredó solo. Tal vez escribe sobre problemas a los que no les puede encontrar pie ni cabeza. ¿O utiliza conscientemente naipes marcados al jugar con las cuestiones básicas del marxismo? Es incorrecto plantearlo como alternativa. En realidad, las dos opciones son ciertas. Las falsificaciones estalinistas son conscientes en la medida en que, en cada caso concreto, están

determinadas por intereses personales concretos. Al mismo tiempo son semiconscientes, ya que su ignorancia congénita deja correr libremente sus fantasías teóricas.

Pero los hechos siguen siendo hechos. En su lucha contra el «contrabando trotskista», Stalin cayó en la cuenta de que tiene un nuevo enemigo personal, ¡Rosa Luxemburgo! No se detuvo un momento antes de caer sobre ella y vilipendiarla; más aún, antes de poner en circulación sus gigantescas dosis de deslealtad y vulgaridad, no se tomó el trabajo de verificar lo que él mismo había dicho sobre el tema seis años antes.

La nueva variante en la historia de las ideas de la revolución permanente tuvo su origen sobre todo en la necesidad de proporcionar un plato más condimentado que todos los anteriores. De más está decir que a Mártov se le metió para hacer todavía más picante el menjunje teórico e histórico. La actitud de Mártov hacia la teoría y la práctica de la revolución permanente fue de un antagonismo inmovible y, en los viejos tiempos, señaló más de una vez que tanto los bolcheviques como los mencheviques rechazaban las posiciones de Trotski sobre la revolución. Pero no vale la pena detenerse en esto.

Lo verdaderamente fatal es que no hay un solo problema importante de la revolución proletaria internacional sobre el que Stalin no haya expresado dos opiniones directamente contradictorias. Todos sabemos que en abril de 1924 demostró concluyentemente en *Cuestiones del leninismo* la imposibilidad de construir el socialismo en un solo país. En otoño, en una nueva edición del libro, sustituyó esa demostración por la demostración —es decir la simple afirmación— de que el proletariado «puede y debe» construir el socialismo en un solo país. Todo el resto del texto quedó inalterado. Durante unos cuantos años, a veces unos cuantos meses, Stalin logró plantear posiciones mutuamente excluyentes sobre el partido obrero-campesino, la paz de Brest-Litovsk, la dirección de la Revolución de Octubre, la cuestión nacional, etcétera. Sería incorrecto atribuirle todo a su escasa memoria. El problema es más profundo. Stalin carece de todo método de pensamiento científico, de criterios principistas. Encara cada problema

como si se hubiese originado en ese momento y estuviera aislado de todos los demás. Para emitir sus juicios se guía enteramente por el interés personal más importante y urgente del día. Las contradicciones en las que cae son la consecuencia directa de su vulgar empirismo. No ve a Rosa Luxemburgo en el marco del movimiento obrero polaco, alemán e internacional del último medio siglo. No, para él, ella es cada vez una figura nueva y además aislada, frente a la que se ve obligado a preguntarse en cada nueva situación: «¿quién está allí, amigo o enemigo?». Su instinto infalible le susurró ahora al teórico del socialismo en un solo país que la sombra de Rosa Luxemburgo le es irreconciliablemente hostil. Pero eso no impide que esta gran sombra siga siendo el estandarte de la revolución proletaria internacional.

En 1918, desde su prisión, Rosa Luxemburgo criticó muy severamente y de manera fundamentalmente incorrecta la política de los bolcheviques. Pero incluso en este, su trabajo más erróneo, se perciben las alas del águila. He aquí su caracterización general de la Insurrección de Octubre: «Todo lo que el partido pudo hacer en el terreno de la valentía, la acción firme, la previsión y coherencia revolucionarias: todo eso hicieron Lenin, Trotski y sus camaradas. Todo el honor revolucionario y la capacidad de acción que tanto le faltan a la socialdemocracia occidental, los bolcheviques demostraron poseerlos. Su Insurrección de Octubre salvó no solo a la Revolución Rusa sino también el honor del socialismo internacional». ¿Es posible que esta sea la voz el centrismo?

En las páginas siguientes, Luxemburgo somete a una severa crítica la política de los bolcheviques en el terreno agrario, su consigna de autodeterminación nacional y su rechazo a la democracia formal. Podemos agregar que en esta crítica, dirigida tanto contra Lenin como contra Trotski, no hace ninguna diferenciación entre las posiciones de ambos; y Rosa Luxemburgo sabía leer, comprender y percibir los matices. Por ejemplo, ni siquiera se le pasó por la cabeza acusarme de que, al solidarizarme con Lenin en el problema agrario, yo había cambiado mi posición sobre el campesinado. Además, ella conocía muy bien mis puntos de vista, ya que en 1909 los desarrollé detalladamente

en su periódico polaco. Rosa Luxemburgo termina así su crítica: «En la política lo esencial de lo no esencial, lo fundamental de lo circunstancial». Considera fundamental la fuerza de las masas en la acción, la voluntad de llegar al socialismo. «En ese sentido —escribe— Lenin, Trotski y sus compañeros fueron *los primeros* en darle el ejemplo al proletariado mundial. Ahora siguen siendo *los únicos* que pueden gritar, con Huteen, “¡he osado!”».

Sí, Stalin tiene motivos suficientes para odiar a Rosa Luxemburgo. Más imperiosa entonces es nuestra obligación de rescatar su memoria de las calumnias de Stalin, que han sido acogidas por los funcionarios a sueldo de ambos hemisferios, y transmitirles a las jóvenes generaciones proletarias, en toda su grandeza y fuerza inspiradora, esta imagen realmente hermosa, heroica y trágica.



Estalinismo

El estado obrero, termidor y bonapartismo*

[Fragmento]



(1ro. de febrero de 1935)

[...]

La caracterización marxista de la URSS

Indudablemente la URSS de hoy se parece muy poco a la república soviética que describió Lenin en 1917 (ni burocracia ni ejército permanentes, derecho a remover en cualquier momento a los funcionarios electos y control activo de las masas sobre ellos «más allá de quiénes sean los individuos», etcétera). El dominio de la burocracia sobre el país y el de Stalin sobre la burocracia son casi absolutos. Pero, ¿qué conclusiones se deben sacar de ello? Hay quienes plan-

* *El Estado obrero, Termidor y bonapartismo. The New International*, julio de 1935.

tean que, dado que el Estado real que surgió de la revolución proletaria no se corresponde con las normas ideales planteadas a priori, le vuelven la espalda. Es un esnobismo político común a los círculos pacifistas democráticos, libertarios, anarcosindicalistas y en general ultraizquierdistas de la intelectualidad pequeñoburguesa. Hay otros que dicen que, dado que el Estado surgió de la revolución proletaria, constituye un sacrilegio contrarrevolucionario hacerle cualquier crítica. He ahí la voz de la hipocresía tras la cual se esconden con frecuencia los inmediatos intereses materiales de determinados grupos de esa misma intelectualidad pequeñoburguesa y de la burocracia obrera. Estas dos especies —el esnob político y el hipócrita político— se intercambian rápidamente de acuerdo con las circunstancias personales. Dejémoslos en paz.

Un marxista diría que la URSS actual obviamente no se aproxima a las normas a priori de un estado soviético; descubramos entonces qué fue lo que no previmos cuando elaboramos las normas programáticas; más aún, analicemos qué factores sociales distorsionaron el Estado obrero; veamos una vez más si estas distorsiones se extendieron a los fundamentos económicos del Estado, es decir si se mantuvieron las conquistas sociales básicas de la revolución proletaria; si es así, veamos en qué dirección están cambiando; y descubramos si existen en la URSS y en el mundo factores que puedan facilitar y acelerar la preponderancia de las tendencias progresivas sobre las reaccionarias. Ese análisis es complejo. No proporciona ninguna clave preconcebida a las mentes perezosas, a las que tanto les gustan los preconceptos. En cambio, nos preserva de las dos plagas, el esnobismo y la hipocresía, y nos da la posibilidad de influir activamente sobre los destinos de la URSS.

Cuando el grupo Centralismo Democrático declaró en 1926 que el Estado obrero estaba liquidado, evidentemente enterraba en vida a la revolución. A diferencia de ellos, la Oposición de Izquierda elaboró un programa de reformas al régimen soviético. La burocracia estalinista atacó a la Oposición de Izquierda para resguardarse y atrincherarse como casta privilegiada. Pero en la lucha por mantener sus posiciones se vio obligada a tomar del programa de la Oposición de Izquierda las

únicas medidas que permitían salvar la base social del Estado soviético. ¡Es una lección política inapreciable! Demuestra cómo las condiciones históricas específicas, el atraso del campesinado, el cansancio del proletariado, la falta de un apoyo decisivo de Occidente prepararon un segundo capítulo de la revolución caracterizado por la supresión de la vanguardia proletaria y el aplastamiento de los internacionalistas revolucionarios por la conservadora burocracia nacional. Pero este mismo ejemplo demuestra cómo una línea política correcta permite a un grupo marxista influir sobre el proceso, aun cuando los triunfos del «segundo capítulo» dejen de lado a los revolucionarios del «primer capítulo».

Cuando se piensa de un modo superficialmente idealista, en base a normas preconcebidas a las que se pretende ajustar todos los procesos vivos, se pasa fácilmente del entusiasmo al desaliento. Solo el materialismo dialéctico, que nos enseña a considerar toda la existencia en su desarrollo y a través del conflicto de sus fuerzas internas, puede impartir al pensamiento y a la acción la necesaria estabilidad.

La dictadura del proletariado y la dictadura de la burocracia

En muchos escritos establecimos que, pese a sus éxitos económicos, determinados por la nacionalización de los medios de producción, la sociedad soviética sigue siendo totalmente una sociedad transicional contradictoria, y si se la mide por la desigualdad de las condiciones de vida y los privilegios de la burocracia, se mantiene mucho más próxima al régimen capitalista que al futuro comunismo.

Al mismo tiempo, afirmamos que, pese a la monstruosa degeneración burocrática, el Estado soviético continúa siendo el instrumento histórico de la clase obrera, en tanto garantiza el desarrollo de la economía y la cultura en base a los medios de producción nacionalizados y, en virtud de ello, prepara las condiciones para una genuina emancipación de los trabajadores a través de la liquidación de la burocracia y de la desigualdad social.

Quien no haya analizado y aceptado seriamente estas dos proposiciones, quien en general no haya estudiado la literatura de los bolcheviques leninistas sobre el problema de la URSS desde 1923 en adelante, corre el riesgo de perder el hilo conductor del proceso con cada nuevo acontecimiento y de abandonar el análisis marxista para dedicarse a abyectas lamentaciones.

El burocratismo soviético (sería más correcto decir antisoviético) es el producto de las contradicciones sociales entre la ciudad y la aldea, entre el proletariado y el campesinado —estas dos clases de contradicciones no son idénticas—, entre las repúblicas y los distritos nacionales, entre los diferentes grupos del campesinado, entre las distintas capas de la clase obrera, entre los diversos grupos de consumidores y, finalmente, entre el Estado soviético de conjunto y su entorno capitalista. Hoy, cuando todas las relaciones se traducen al lenguaje del cálculo monetario, las contradicciones económicas resaltan con excepcional agudeza.

Elevándose por encima de las masas trabajadoras, la burocracia regula estas contradicciones. Utiliza esta función para fortalecer su propio dominio. Con su gobierno sin ningún control, sujeto únicamente a su voluntad, al que nadie puede apelar, la burocracia acumula nuevas contradicciones. Explotándolas, crea el régimen del absolutismo burocrático.

Las contradicciones internas de la burocracia llevaron a un sistema por el cual se elige a dedo el comando principal; la necesidad de disciplina dentro de un orden exclusivista condujo al gobierno de una sola persona y al culto del Líder infalible. El mismo sistema predomina en la fábrica, el koljos, la universidad y el gobierno: el Líder está a la cabeza de su fiel tropa, los demás siguen al Líder. Stalin nunca fue ni podría ser un dirigente de masas; es el Líder de los «líderes» burocráticos, su consumación, su personificación.

Cuanto más complejas se vuelven las tareas económicas, cuanto mayores son las reivindicaciones y los intereses de la población, tanto más se agudiza la contradicción entre el régimen burocrático y las necesidades del desarrollo socialista, tanto más rudamente lucha la

burocracia para mantener sus posiciones, tanto más cínicamente recurre a la violencia, el fraude y el robo.

El elocuente hecho del deterioro del régimen político frente al avance de la economía y la cultura tiene una sola y única explicación: que la opresión, la persecución y las matanzas no sirven hoy a la defensa del Estado sino, a la del gobierno y los privilegios de la burocracia. Esta es también la explicación de la necesidad siempre en aumento de ocultar las represiones tras el fraude y las amalgamas.

«¿Pero se puede llamar a eso un Estado obrero?», replican las voces indignadas de los moralistas, los idealistas y los esnobs revolucionarios. Otros un poco más cautos se expresan así: «Tal vez en última instancia sea un Estado obrero, pero en él no quedan ni vestigios de dictadura del proletariado. Es un Estado obrero degenerado bajo la dictadura de la burocracia».

No vemos ninguna razón para resumir aquí todo el problema. Todo lo que hay para decir sobre este tema ya está en la literatura y en los documentos oficiales de nuestra tendencia. Nadie intentó refutar, corregir o completar la posición de los bolcheviques leninistas sobre esta cuestión tan importante.

Aquí nos limitaremos al problema de si se puede llamar dictadura del proletariado a la dictadura de hecho de la burocracia.

La dificultad terminológica surge de que a veces se utiliza la palabra dictadura con un sentido restringido, político, y otras con un sentido sociológico, más profundo. Hablamos de la «dictadura de Mussolini» y al mismo tiempo declaramos que el fascismo no es más que el instrumento del capital financiero. ¿Cuándo estamos en lo correcto? En ambas ocasiones, pero en planos diferentes. Es indiscutible que Mussolini concentra en sus manos la totalidad del poder ejecutivo. Pero no es menos cierto que lo que determina el contenido real de la actividad estatal son los intereses del capital financiero. La dominación social de una clase (su dictadura) se puede expresar a través de formas políticas sumamente diversas. Así lo atestigua toda la historia de la burguesía, desde la Edad Media hasta el día de hoy.

La experiencia de la Unión Soviética permite extender esta misma ley sociológica, con todos los cambios necesarios, a la dictadura del

proletariado. En el lapso que se extiende desde la conquista del poder hasta la disolución del Estado obrero en la sociedad socialista, las formas y métodos del gobierno proletario pueden sufrir marcados cambios, determinados por el curso interno y externo de la lucha de clases.

Así, la actual dominación de Stalin no se parece en nada al gobierno soviético de los primeros años de la revolución. El remplazo de un régimen por otro no se dio de un golpe sino a través de una serie de medidas, de pequeñas guerras civiles de la burocracia contra la vanguardia obrera. Analizado históricamente, lo que liquidó la democracia soviética fue la presión de las contradicciones sociales. Explotándolas, la burocracia pudo arrancarle el poder a las organizaciones de masas. En este sentido es correcto hablar de la dictadura de la burocracia e incluso de la dictadura personal de Stalin. Pero esta usurpación pudo realizarse y mantenerse solo porque el contenido social de la dictadura de la burocracia está determinado por las relaciones productivas creadas por la revolución proletaria. En este plano podemos decir muy justificadamente que la dictadura del proletariado encontró su expresión distorsionada pero indudable en la dictadura de la burocracia.

[...]

Los diferentes roles de un Estado burgués y de un Estado obrero

Sin las analogías históricas no podemos aprender de la historia. Pero la analogía tiene que ser concreta; tras los rasgos semejantes no debemos dejar de ver los que son distintos. Ambas revoluciones terminan con el feudalismo y la servidumbre. Pero una de ellas, a través de su ala extrema, no podía más que luchar en vano para superar los límites de la sociedad burguesa; la otra realmente derrocó a la burguesía y creó el Estado obrero. Esta fundamental distinción de clases, que introduce los necesarios límites materiales de la analogía, adquiere una importancia decisiva para el pronóstico.

Después de una profunda revolución democrática que libera a los campesinos de la servidumbre y les da la tierra, la contrarrevolución feudal es generalmente imposible. La monarquía derrocada puede reasumir el poder y rodearse de fantasmas medievales. Pero ya es impotente para restablecer la economía feudal. Una vez liberadas de los frenos feudales, las relaciones burguesas se desarrollan automáticamente. No hay fuerza externa que pueda controlarlas; tienen que cavarse su propia fosa, habiendo creado previamente su propio sepulturero.

Muy distinto es el desarrollo de las relaciones socialistas. La revolución proletaria no solo libera las fuerzas productivas de los frenos de la propiedad privada; también las pone a disposición directa del Estado que ella misma crea. Mientras que después de la revolución el Estado burgués se limita al rol de policía, dejando el mercado librado a sus propias leyes, el Estado obrero asume el rol directo de economista y organizador. En el primer caso, el reemplazo de un régimen político por otro no ejerce más que una influencia indirecta y superficial sobre la economía de mercado. Por el contrario, la sustitución de un gobierno obrero por un gobierno burgués o pequeñoburgués llevaría inevitablemente a la liquidación de los comienzos de planificación y, en consecuencia, a la restauración de la propiedad privada. A diferencia del capitalismo, el socialismo no se construye mecánicamente, sino conscientemente. El avance hacia el socialismo es inseparable del poder estatal que desea el socialismo o se ve obligado a desearlo. El socialismo recién puede adquirir un carácter inconmovible en una etapa muy avanzada de su desarrollo, cuando sus fuerzas productivas hayan superado de lejos a las del capitalismo. Cuando se satisfagan abundantemente las necesidades de cada individuo y de todos los hombres y el Estado haya desaparecido completamente, diluyéndose en la sociedad. Pero todo esto forma parte todavía de un futuro distante. En la etapa actual del proceso la construcción socialista se eleva y cae junto con el Estado obrero. Solo después de caracterizar a fondo la diferencia existente entre las leyes de formación de la economía burguesa («anárquica») y las de la economía socialista («planifi-

cada»), se comprende cuáles son los límites más allá de los cuales no puede pasar la analogía con la Gran Revolución Francesa.

Octubre de 1917 completó la revolución democrática e inició la revolución socialista. Ninguna fuerza del mundo puede hacer retroceder el cambio agrario-democrático en Rusia; en esto la analogía con la revolución jacobina es completa. Pero el cambio hacia el koljos constituye una amenaza que conserva toda su fuerza, y con él está amenazada la nacionalización de los medios de producción. La contrarrevolución política, aun cuando restableciera en el trono a la dinastía Romanov no podría restablecer la propiedad feudal de la tierra. Pero la reconquista del poder por un bloque menchevique y socialrevolucionario sería suficiente para interrumpir la construcción socialista.

La hipertrofia del centrismo burocrático en bonapartismo

[...]

El concepto de bonapartismo, por ser demasiado amplio, exige que se lo concrete. Estos últimos años aplicamos este término a los gobiernos capitalistas que, explotando los antagonismos entre el campo proletario y el campo fascista, y apoyándose directamente en el aparato militar-policial, se elevan por sobre el Parlamento y la democracia como los salvadores de la «unidad nacional». Siempre hemos diferenciado estrictamente este bonapartismo de la decadencia del joven y pujante bonapartismo, que además de sepulturero de los principios políticos de la revolución burguesa fue el defensor de sus conquistas sociales. Aplicamos un nombre común a ambas manifestaciones porque tienen rasgos comunes; siempre se puede descubrir la juventud en el octogenario, pese a los implacables ataques del tiempo.

Por supuesto, al actual bonapartismo del Kremlin lo comparamos con el del ascenso burgués, no con el de la decadencia; con el Consulado y el Primer Imperio, no con Napoleón III ni, mucho menos, con Schleicher o Doumergue. A propósito de tal analogía, no hace falta adscribirle a Stalin las características de Napoleón I; siempre que las

condiciones sociales lo exijan, el bonapartismo podrá consolidarse alrededor de figuras de muy diverso calibre.

Desde el punto de vista que nos interesa a nosotros, la distinta base social de ambos bonapartismos, el de origen jacobino y el de origen soviético, es mucho más importante. En el primer caso se trataba de la consolidación de la revolución burguesa a través de la liquidación de sus principios e instituciones políticas. En el segundo caso se trata de la consolidación de la revolución obrero campesina a través del aplastamiento de su programa internacional, su partido dirigente, sus soviets. Llevando hasta sus últimas consecuencias la política del Terremoto, Napoleón no solo combatió al mundo feudal sino también a la «chusma» y a los círculos democráticos de la pequeña y mediana burguesía; de esta forma concentró los frutos del régimen nacido de la revolución en manos de la nueva aristocracia burguesa. Stalin no solo preserva las conquistas de la Revolución de Octubre contra la contrarrevolución feudal-burguesa, sino también contra los reclamos de los obreros, su impaciencia y su descontento; aplasta al ala izquierda, que expresa las tendencias históricas progresivas de las masas trabajadoras sin privilegios; crea una nueva aristocracia a través de la extrema diferenciación de los salarios, los privilegios, las jerarquías, etcétera. Apoyándose en los sectores más altos de la nueva jerarquía social contra los más bajos —y a veces al revés— Stalin logró concentrar totalmente el poder en sus manos. ¿De qué otra forma se puede llamar a este régimen si no es bonapartismo soviético?

El bonapartismo, por su propia esencia, no puede mantenerse durante mucho tiempo; una esfera en equilibrio sobre el vértice de una pirámide invariablemente rodará hacia un lado o hacia el otro. Pero, como ya vimos, es precisamente en este punto que se imponen los límites de la analogía histórica. Por supuesto, la caída de Napoleón no dejó intactas las relaciones entre las clases, pero en lo fundamental la pirámide social de Francia mantuvo su carácter burgués. El inevitable colapso del bonapartismo estalinista cuestionará inmediatamente el carácter de Estado obrero de la URSS. Una economía socialista no se puede construir sin un poder socialista. El destino de la URSS como

Estado socialista dependerá del régimen político que surja para reemplazar al bonapartismo estalinista. Solo la vanguardia revolucionaria del proletariado podrá regenerar el sistema soviético si nuevamente se muestra capaz de movilizar a su alrededor a los trabajadores de la ciudad y la aldea.

¿Qué significa la lucha contra el «trotskismo»?*

(Sobre Lombardo Toledano y otros agentes de la GPU)

[fragmentos]

(9 de octubre de 1938)

En muchas cartas y conversaciones se me preguntó sobre el significado de la lucha que actualmente se libra en la Unión Soviética y por qué en otros países, especialmente en México, varios dirigentes del movimiento obrero abandonaron sus tareas específicas para emprender una campaña de calumnias contra mí personalmente, pese a que no me inmiscuyo en los problemas internos de este país. Aprecio estas preguntas porque me brindan la oportunidad de contestarlas públicamente con la mayor claridad y precisión posible.

En primer lugar, hay que entender claramente que cuando se libra una lucha política de gran importancia, especialmente si involucra a decenas y centenas de miles de personas, no se la puede explicar en

* *¿Qué significa la lucha contra el «trotskismo»? Publicado en 1935 por la sección mexicana de la Cuarta Internacional y traducido del español [al inglés] para este volumen [de la edición norteamericana] por Will Reissner.*

términos de motivos «personales». No poca gente superficial y esquemática atribuye la lucha entre trotskistas y estalinistas a la ambición personal. Esta puede impulsar a algunos políticos individualmente, pero en la Unión Soviética se ejecutó y se sigue ejecutando a miles y miles de personas acusadas de «trotskistas». ¿Puede ser que tanta gente sacrifique su posición, su libertad, su vida y frecuentemente la vida de sus familiares solamente por la ambición de un solo individuo, es decir de Trotski? Y a la inversa; es igualmente absurdo pensar que se puede explicar la política estalinista en función de la ambición personal de Stalin. Esta lucha traspasó hace mucho las fronteras de la Unión Soviética. Para entender correctamente el significado del conflicto que actualmente divide al movimiento obrero de todo el mundo hay que dejar de lado, antes que nada, toda la hueca charlatanería sobre los motivos personales y comenzar a analizar las causas históricas que lo engendraron.

[...] Desde el momento en que en la URSS un nuevo sector parasitario se impuso al proletariado, la lucha de las masas se dirigió naturalmente contra la burocracia como obstáculo principal en el camino al socialismo. Para justificar su existencia, la burocracia explica que «se ha llegado» al socialismo gracias a sus esfuerzos. En realidad, la cuestión social solo se resolvió para la burocracia, cuyo nivel de vida dista de ser malo.

«Yo soy el Estado —razona la burocracia—. En la medida en que las cosas anden bien para mí, todo está en orden». No hay nada de sorprendente en el hecho de que las masas populares, que no salieron de la miseria, alberguen sentimientos de hostilidad y odio hacia esta nueva burocracia que se devora una gran parte de los frutos de su trabajo.

Mientras pretende defender los intereses del socialismo, la burocracia en realidad defiende sus propios intereses, y ahoga y extermina inevitablemente a cualquiera que plantee una crítica contra la opresión y la terrible desigualdad existentes en la Unión Soviética. La burocracia apoya a Stalin porque este defiende resuelta e implacablemente su situación privilegiada. Quien no entendió esto no entendió nada.

Es absolutamente natural que los trabajadores, que en el lapso de

doce años (1905 a 1917) hicieron tres revoluciones, estén disconformes con este régimen y hayan intentado más de una vez controlar a la burocracia. En la Unión Soviética, a estos representantes de la clase obrera disconforme, que critican y protestan, se los llama trotskistas porque su programa se corresponde con el que yo defiendo en la prensa. Si la burocracia luchara por los intereses del pueblo podría castigar a sus enemigos ante las masas, y por crímenes reales, no inventados. Pero como la burocracia solo lucha por sus propios intereses y contra los del pueblo y sus verdaderos amigos, obviamente no puede decir la verdad sobre las causas de las innumerables persecuciones, arrestos y ejecuciones. En consecuencia, la burocracia acusa a todos los que llama trotskistas de crímenes monstruosos que no cometieron ni pueden cometer. Para fusilar a un opositor que defiende los intereses vitales de los trabajadores, la burocracia simplemente lo llama «agente fascista». No se pueden controlar esas actividades de la burocracia. Durante los procedimientos judiciales secretos, que se realizan al estilo de la Santa Inquisición, se extraen de los acusados confesiones de crímenes increíbles. Así son los juicios de Moscú, que conmovieron a todo el mundo. Según estos juicios, parecería que la Vieja Guardia Bolchevique, la generación que libró junto a Lenin la lucha suprema por la conquista del poder por la clase obrera, estaba en realidad formada por espías y agentes de la burguesía. Simultáneamente se liquidó a los mejores representantes de la generación siguiente, que soportó sobre sus espaldas todo el peso de la Guerra Civil (1918 a 1921).

¿Entonces la Revolución de Octubre la hicieron los fascistas? ¿Y la Guerra Civil obrera y campesina fue dirigida por traidores? ¡No! ¡Es una calumnia despreciable contra la revolución y el bolchevismo! El factor básico de esta calumnia es que fueron precisamente esos bolcheviques, que tenían un verdadero pasado revolucionario, los primeros en protestar contra la nueva casta burocrática y sus monstruosos privilegios. La burocracia, que le tiene un terror mortal a la oposición, llevó a cabo una lucha incansable contra los representantes del viejo Partido Bolchevique y, finalmente, los exterminó a casi todos. Esta es

la simple verdad.

La burocracia de Moscú cuenta en todo el mundo con una inmensa cantidad de agentes para mantener su autoridad en el extranjero, para aparecer como representante de la clase obrera y defensora del socialismo, y mantener bajo su férula a la clase obrera mundial. [...] La tarea de estos agentes pagados por el Kremlin consiste en engañar a los trabajadores presentando los crímenes de la burocracia soviética como «actos en defensa del socialismo», calumniando a los obreros rusos avanzados que luchan contra la burocracia y tachando de «fascistas» a los verdaderos defensores de los obreros. «¡Pero es un rol repugnante!», exclama todo trabajador honesto. Nosotros también creemos que es repugnante.

[...] Mis ideas les resultan desagradables a todos los oportunistas y aprovechadores. Si a estos les cayeran bien lo consideraría una gran desgracia. Los oprimidos no lograrán su emancipación bajo la dirección de los oportunistas y aprovechadores. ¡Que estos señores ataquen públicamente mis ideas! Pertenezco a la Cuarta Internacional y no escondo mis posiciones. La Cuarta Internacional es el único partido mundial que lucha realmente contra el imperialismo, el fascismo, la opresión, la explotación y la guerra. Solo esta joven y pujante organización expresa los reales intereses del proletariado. Precisamente, por esta razón, lucha implacablemente contra la corrupta burocracia de la Segunda Internacional y de la Tercera, obsoletas y patrioteras. Este es el origen del odio rabioso que sienten hacia el «trotskismo» los trepadores oportunistas, aventureros y bien alimentados. Cuando puede hacerlo, la pandilla del Kremlin asesina a nuestros luchadores (Erwin Wolf, Ignace Reiss, León Sedov, Rudolf Klement y muchos otros). Cuando no puede asesinarlos, los calumnia. No le faltan ni el dinero ni agentes a sueldo. Sin embargo, está destinada a sufrir un colapso vergonzoso. Las ideas revolucionarias que corresponden a las necesidades del proceso histórico superaran todos los obstáculos. Los calumniadores se estrellarán contra esta invencible verdad.

Contra el estalinismo

Las tareas de la Oposición*

(Marzo de 1929)

Estimados camaradas:

El rótulo de Oposición designa a dos tendencias irreconciliablemente opuestas: la revolucionaria y la oportunista. Lo único que tienen en común es su hostilidad hacia el centrismo y el «régimen». Pero se trata de un vínculo puramente negativo. Nuestra lucha contra el centrismo deriva del hecho de que es semioportunista y oculta un oportunismo total, a pesar de sus graves desacuerdos circunstanciales con los oportunistas. Por esta razón, ni siquiera se puede hablar de formar un bloque entre las oposiciones de Izquierda y Derecha. Al respecto, sobran los comentarios.

Pero esto no significa que bajo la bandera de la Oposición de Derecha se hayan agrupado solamente elementos oportunistas, o que todos ellos sean irrecuperables. Los grupos políticos no surgen de golpe; en las primeras etapas siempre hay ambigüedades. Los obreros descontentos con la política partidaria a menudo encuentran puertas muy dis-

* *Las tareas de la Oposición.* Fourth International, mayo de 1946, donde se publicó con el título *Contra la Oposición de Derecha.*

tintas de las que buscaban. Hay que tenerlo muy en cuenta en el caso de Checoslovaquia, donde el Partido Comunista atraviesa una crisis muy aguda. Desgraciadamente, por mi desconocimiento del idioma checo no pude mantenerme al tanto de la vida interna de ese partido. Pero no me cabe la menor duda de que la llamada Oposición de Derecha nuclea hoy muchos estados de ánimo y tendencias que solo comenzarán a cristalizarse en un futuro próximo. La dirección de esta cristalización depende en gran medida de la actividad del ala leninista.

Este enfoque no tiene nada que ver con el punto de vista de Souvarine, que niega de plano la existencia de tendencias principistas —es decir, de clase— en el seno del comunismo. No, la existencia de la derecha, el centro y la izquierda es un hecho corroborado por tremendos acontecimientos históricos mundiales. Quienes ignoran la existencia de dichas tendencias y de la lucha implacable entre ellas caen en un doctrinarismo impotente y a la vez encubren a la tendencia derechista, que sirve de puente directo hacia la socialdemocracia.

Sin embargo, la clara diferenciación marxista de estas tendencias exige que no las consideremos como algo acabado ni osificado. Se producirán muchos reagrupamientos personales. Los amplios círculos de obreros que gravitan hacia el comunismo no han comenzado a cristalizarse; la tradición los hace permanecer en los viejos marcos o caer en la indiferencia.

Existen muchos indicios de que todos los partidos de la Internacional Comunista se aproximan a un momento crítico. Las fracciones en el seno del comunismo tienen un carácter preparatorio. Son instrumentos para alineaciones más profundas dentro de los partidos comunistas y de la clase obrera en su conjunto. Por eso, la intervención activa de la Oposición leninista en la vida interna del Partido Comunista Checoslovaco es de una importancia enorme.

Sin embargo, la misma Oposición comunista dista de ser unánime. En casi todos los países existen dos y hasta tres grupos que se proclaman solidarios con la Oposición de Izquierda del PCUS. Se trata de una reacción frente al régimen irracional y criminal que impera en la Comintern desde el otoño de 1923 y que tiende a transformar al

partido mundial del proletariado en una caricaturesca orden jesuítica. Todas las enfermedades internas están saliendo a la superficie. Este proceso recibe el estímulo de la reacción política, no solo en el mundo capitalista sino también en la URSS.

Desde luego, la división de la Oposición de Izquierda en varios grupos no tiene nada de gratificante. Pero hay que aceptar los hechos tal cual se presentan. Si se comprenden las razones de la división, será posible hallar los medios para superarla.

No se puede unificar a la Oposición con sermones abstractos sobre la unidad ni con combinaciones meramente organizativas. Hay que preparar teórica y políticamente la unidad. En este proceso debe quedar claro cuáles son los grupos y elementos que se ubican en un terreno común y cuáles se enrolan en la Oposición como resultado de algún malentendido.

El programa es, mejor dicho, debe ser, el criterio más importante. Este criterio será más preciso en la medida en que cada grupo, independientemente de las fuerzas con que cuenta en la actualidad, sea capaz de sacar conclusiones políticas justas de las luchas actuales. Me refiero en primer término al programa nacional. Porque si la Oposición no interviene constantemente en la vida del proletariado y en la vida del país, se convertirá inexorablemente en una secta estéril. Sin embargo, es necesario elaborar al mismo tiempo un programa internacional de la Oposición, que sirva de puente hacia un futuro programa de la Internacional Comunista. Porque resulta absolutamente evidente que la Internacional Comunista regenerada necesitará un programa nuevo. Solo la Oposición puede elaborarlo. Hay que emprender esta tarea ahora mismo.

Es indiscutible que la política del PCUS, la revolución china y el Comité Anglo-Ruso son los tres criterios básicos para los agrupamientos internos del comunismo y, por consiguiente, también para la Oposición. Por supuesto, para nosotros esto no significa que baste con dar una respuesta justa a los tres problemas. La vida no se detiene, hay que marchar a la par de ella. Pero sin una respuesta correcta a los tres problemas mencionados, hoy es imposible responder acertadamente a

ningún otro problema. Del mismo modo, sin una comprensión correcta de la revolución de 1905 era imposible tener un enfoque correcto de los problemas de la época de reacción y de la Revolución de 1917. Quien soslaya las lecciones de la revolución china, las de la huelga británica y el Comité Anglo-Ruso, está irremediabilmente perdido. Es menester asimilar las grandes lecciones de estos acontecimientos precisamente para poder elaborar una posición correcta respecto de todas las cuestiones de la vida y la lucha proletarias.

El instrumento para elaborar el programa internacional debe ser una publicación internacional de la Oposición, que al principio aparezca mensual o bimensualmente. Esta es hoy la tarea más impostergable y apremiante. Esta publicación, dirigida por un Consejo de Redacción firme y sin desviaciones principistas, debe estar al comienzo a disposición de todos los grupos que se reclamen de la Oposición de Izquierda o que traten de acercársele. Su objetivo no es apuntalar viejas barreras sino fomentar un reagrupamiento de fuerzas sobre bases mucho más amplias. Si por el momento no se puede superar la división de la Oposición de Izquierda en el plano nacional, por lo menos ya podemos comenzar a preparar su superación en el plano internacional.

Dada una línea editorial clara y precisa, este periódico debe contener una sección dedicada a la libre discusión. En especial, debe ejercer un control internacional de las diferencias de opinión entre los distintos grupos nacionales de La Oposición de Izquierda. Si este control se aplica en forma cuidadosa y responsable, nos permitirá distinguir las diferencias reales de las ficticias, unificar a los marxistas revolucionarios y eliminar los cuerpos extraños.

Para que cumpla con su cometido, este periódico se debe publicar en varios idiomas. Difícilmente se lo puede hacer en el futuro inmediato; habrá que encontrar una solución intermedia de orden práctico. Podrían imprimirse artículos en el idioma del país de que se trata o en el idioma original del autor. Los artículos más importantes podrían ir acompañados de breves resúmenes en otros idiomas. Por último, los periódicos de la Oposición podrían reproducir en sus columnas las traducciones de los artículos más importantes.

Algunos camaradas dicen y escriben que la Oposición rusa contribuye muy poco a la conducción organizativa de la Oposición de Izquierda Internacional. Creo que esta crítica oculta una tendencia peligrosa. No estamos dispuestos a reproducir en nuestra fracción internacional la moral y los métodos de la Comintern zinovievista y estalinista. Los cuadros revolucionarios de cada país deben formarse en base a sus propias experiencias y pararse sobre sus propios pies. La Oposición rusa no dispone —hoy casi podría decirse que esta es una circunstancia favorable— de instrumentos de represión estatal ni de recursos financieros gubernamentales. Es pura y exclusivamente un problema de influencia ideológica, de intercambio de experiencias. Una buena dirección internacional de la fracción, naturalmente, puede provocar un rápido crecimiento de la Oposición en cada país. Pero cada sección nacional no debe derivar su influencia y su fuerza de arriba sino de abajo, de sus propios obreros, atrayendo a la juventud mediante una militancia incansable, enérgica y realmente abnegada.

G. Gourov [L. Trotski]

Carta a los obreros de la URSS*

(23 de abril de 1940)

¡Saludo a los obreros, a los campesinos de las granjas colectivas, a los soldados del Ejército Rojo y a los marinos de la Armada Roja de la Unión Soviética! ¡Los saludo desde el lejano México, donde encontré refugio después de que la camarilla estalinista me exilió en Turquía y la burguesía me persiguió de país en país!

¡Queridos camaradas! La mentirosa prensa estalinista los ha estado engañando maliciosamente durante mucho tiempo sobre todos los problemas, incluso los que se relacionan conmigo y los que políticamente piensan como yo. Ustedes no tienen prensa obrera; leen solamente la prensa de la burocracia, que les miente sistemáticamente para mantenerlos en la oscuridad y asegurar así el gobierno de una casta parásita privilegiada.

A los que osan levantar la voz contra la burocracia odiada por todos se los tacha de «trotskistas», agentes de alguna potencia extranjera, espías —ayer de Alemania, hoy de Inglaterra y Francia— y después se los manda al pelotón de fusilamiento. Los máusers de la GPU mataron decenas de miles de luchadores revolucionarios, en la URSS y en el extranjero, especialmente en España. A todos se los acusó de agentes del fascismo. ¡No crean esta calumnia abominable! Su crimen

* «Carta a los obreros de la URSS», *Socialist Appeal*, 11 de mayo de 1940.

consistió en defender a los obreros y los campesinos de la brutalidad y la rapacidad de la burocracia. La Vieja Guardia bolchevique, los colaboradores y secretarios de Lenin, los luchadores de la Revolución de Octubre, los héroes de la guerra civil, fueron asesinados por Stalin. ¡En los anales de la historia el nombre de Stalin llevará por siempre la marca infamante de Caín!

La Revolución de Octubre se hizo en beneficio de los trabajadores, no de los nuevos parásitos. Pero debido al estancamiento de la revolución mundial, a la fatiga y, en gran medida, al atraso de los obreros y especialmente de los campesinos rusos, se elevó sobre la República Soviética y contra sus pueblos una nueva casta opresora y parásita dirigida por Stalin. El antiguo Partido Bolchevique se transformó en el aparato de la casta. La organización mundial que fue una vez la Internacional Comunista es hoy una herramienta que se pliega a los dictados de la oligarquía de Moscú. Los soviets de obreros y campesinos dejaron de existir hace mucho. Fueron reemplazados por degenerados comisarios, los secretarios y agentes de la GPU.

Pero, afortunadamente, de las conquistas de la Revolución de Octubre quedan en pie la industria nacionalizada y la economía soviética colectivizada. Sobre estos fundamentos los soviets de obreros pueden construir una sociedad nueva y más feliz. No podemos, bajo ninguna condición, entregar estas conquistas a la burguesía mundial. Es obligación de los revolucionarios defender con uñas y dientes todas las posiciones ganadas por la clase obrera, ya se trate de los derechos democráticos, los salarios o esa conquista colosal de la humanidad que es la nacionalización de los medios de producción y la economía planificada. Los que no saben defender las conquistas ya ganadas nunca podrán conseguir otras nuevas. Contra el enemigo imperialista defenderemos a la URSS con todas nuestras fuerzas. Sin embargo, las conquistas de la Revolución de Octubre solo servirán al pueblo si este se demuestra capaz de acabar con la burocracia estalinista, así como en su momento acabó con la burocracia zarista y la burguesía.

Si se hubiera dirigido la economía soviética teniendo en cuenta los intereses del pueblo, si la burocracia no hubiera devorado y derro-

chado la mayor parte de los ingresos nacionales, si no hubiera pisoteado los intereses vitales de la población, se hubiera constituido en un gran polo magnético de atracción para los trabajadores de todo el mundo y su inviolabilidad estaría garantizada. Pero el infame régimen opresivo de Stalin privó a la URSS de su poder atractivo. En la guerra de Finlandia la mayoría de los campesinos y también de los obreros de ese país demostró estar con su burguesía. No es para sorprenderse, ya que conocen la opresión sin precedentes que la burocracia estalinista somete a los obreros de la vecina Leningrado y de toda la URSS. La burocracia estalinista, tan sedienta de sangre y cruel en su país y tan cobarde ante los enemigos imperialistas, se ha transformado así en el principal peligro de guerra para la Unión Soviética.

El viejo Partido Bolchevique y la Tercera Internacional se desintegraron y descompusieron. Los revolucionarios más honestos y avanzados organizaron en el extranjero la Cuarta Internacional, que ya cuenta con secciones en la mayor parte de los países del mundo. Yo soy miembro de esta nueva Internacional. Al participar en estas tareas sigo levantando las mismas banderas a las que servía cuando estaba con ustedes o con sus hermanos mayores en 1917 o durante los años de la guerra civil; las mismas banderas con las que, junto con Lenin, construimos el Estado soviético y el Ejército Rojo.

El objetivo de la Cuarta Internacional es extender la Revolución de Octubre a todo el mundo y al mismo tiempo regenerar la URSS echando de allí a la burocracia parásita. Solo hay un modo de lograrlo: que los obreros, los campesinos, los soldados del Ejército Rojo y los marinos de la Armada Roja se levanten contra la nueva casta de opresores y parásitos. Para organizar esta insurrección hace falta un nuevo partido, una organización revolucionaria valiente y honesta de los obreros avanzados. El objetivo de la Cuarta Internacional es la construcción de ese partido en la URSS

¡Obreros avanzados! ¡Sean ustedes los primeros en nuclearse bajo el estandarte de Marx y Lenin, que es ahora el estandarte de la Cuarta Internacional! ¡Aprendan a crear, en la ilegalidad estalinista, verdaderos y compactos círculos revolucionarios! ¡Establezcan con-

tactos entre estos círculos! ¡Aprendan a establecer contacto, a través de personas leales y de confianza, especialmente los marinos, con sus compañeros revolucionarios de los países burgueses! Es difícil, pero se puede hacer. La guerra actual se extenderá cada vez más, amontonará ruinas sobre ruinas, producirá cada vez más dolor, desesperación y protesta, provocará en todo el mundo nuevas explosiones revolucionarias. La revolución mundial llenará a las masas trabajadoras soviéticas de coraje y resolución y corroerá los pilares burocráticos de la casta estalinista. Es necesario prepararse para este momento con un audaz y sistemático trabajo revolucionario. Están en juego la suerte de nuestro país, el futuro de nuestro pueblo, el destino de nuestros hijos y nietos. ¡Abajo el Caín Stalin y su camarilla!

¡Abajo la burocracia rapaz!

¡Viva la Unión Soviética, la fortaleza de los trabajadores!

¡Viva la revolución socialista mundial!

Fraternalmente,

León Trotski

¡ATENCIÓN! La prensa de Stalin declarará por supuesto que quienes transmiten esta carta a la URSS son «agentes del imperialismo». Estén prevenidos, porque esta también es una mentira. Esta carta llegará a la URSS por intermedio de revolucionarios de confianza que están dispuestos a arriesgar sus vidas por la causa del socialismo. Hagan copias de esta carta y denle la más amplia difusión posible.

L. T.



Cuarta Internacional

La fundación de la Cuarta Internacional*

[Fragmento]

(18 de octubre de 1938)

[...] Queridos amigos, no somos un partido igual a los demás. No ambicionamos solamente tener más afiliados, más periódicos, más dinero, más diputados. Todo eso hace falta, pero no es más que un medio. Nuestro objetivo es la total liberación, material y espiritual, de los trabajadores y de los explotados por medio de la revolución socialista. Si no la hacemos nosotros, nadie la preparará ni la dirigirá. Las viejas internacionales —la Segunda, la Tercera, la de Amsterdam, y podemos agregar también el Buró de Londres— están completamente podridas.

* «La Fundación de la Cuarta Internacional», *Socialist Appeal*, 5 de noviembre de 1938. El 18 de octubre de 1938 Trotski grabó un discurso en el que evaluó la Conferencia de Fundación de la Cuarta Internacional; la grabación se pasó en una reunión masiva en Nueva York, realizada diez días después para celebrar el acontecimiento y el décimo aniversario del movimiento trotskista norteamericano.

Los grandes acontecimientos que se ciernen sobre la humanidad no dejarán piedra sobre piedra de estas organizaciones que se sobreviven. Solo la Cuarta Internacional mira con confianza el futuro. ¡Es el partido mundial de la revolución socialista! Nunca hubo un objetivo más importante. Sobre cada uno de nosotros cae una tremenda responsabilidad histórica.

El partido nos exige una entrega total y completa. Que los filisteos sigan buscando su individualidad en el vacío; para un revolucionario darse enteramente al partido significa encontrarse.

Sí, nuestro partido nos toma por entero. Pero en compensación nos da la mayor de las felicidades, la conciencia de participar en la construcción de un futuro mejor, de llevar sobre nuestras espaldas una partícula del destino de la humanidad y de no vivir en vano.

La fidelidad a la causa de los trabajadores nos exige la mayor devoción hacia nuestro partido internacional. El partido, por supuesto, también puede equivocarse. Con el esfuerzo común corregiremos los errores. Se pueden infiltrar en sus filas elementos poco valiosos. Con el esfuerzo común los eliminaremos. Las miles de personas que entren mañana a sus filas probablemente carezcan de la educación necesaria. Con el esfuerzo común elevaremos su nivel revolucionario. Pero nunca olvidaremos que nuestro partido es ahora la mayor palanca de la historia. Alejados de esta palanca, cada uno de nosotros no es nada. Con esta palanca en las manos, somos todo.

No somos un partido como los demás. No en vano la reacción imperialista nos persigue furiosamente. La camarilla bonapartista de Moscú la provee de asesinos a sueldo. Nuestra joven Internacional ya tiene muchas víctimas. En la Unión Soviética se cuentan por miles. En España por docenas. En otros países por unidades. En este momento los recordamos a todos con gratitud y amor. Sus espíritus continúan la lucha entre nosotros.

Los verdugos, llevados por su estupidez y su cinismo, creen posible atemorizarnos. ¡Se equivocan! Los golpes nos hacen más fuertes. La bestial política de Stalin no es más que una política desesperada. Pueden matar a algunos soldados de nuestro ejército, pero no atemo-

rizarlos. Amigos, repitamos nuevamente en este día de celebración: *no nos pueden atemorizar.*

La camarilla del Kremlin necesitó diez años para estrangular al Partido Bolchevique y transformar al primer Estado obrero en una siniestra caricatura. La Tercera Internacional necesitó diez años para abandonar su propio programa y convertirse en un cadáver maloliente. ¡Diez años! ¡Solo diez años! Permítanme terminar con una predicción: durante los próximos diez años el programa de la Cuarta Internacional se transformará en la guía de millones de personas y estos millones de revolucionarios sabrán cómo dar vuelta al cielo y la tierra.

¡Viva el Partido Socialista de los Trabajadores de Estados Unidos!

¡Viva la Cuarta Internacional!

Manifiesto de la Cuarta Internacional sobre la guerra imperialista y la revolución proletaria mundial*

[Fragmento]

(Mayo de 1940)

La Conferencia de Emergencia de la Cuarta Internacional, el partido mundial de la revolución socialista, se reúne en el momento inicial de la segunda guerra imperialista. Atrás quedó ya la etapa de intentos de aperturas, de preparativos, de relativa inactividad militar. Alemania desató las furias del infierno en una ofensiva general a la que los aliados responden igualmente con todas las fuerzas destructivas de que disponen. De ahora en adelante y por mucho tiempo el curso de la guerra imperialista y sus consecuencias económicas y políticas determinarán la situación de Europa y la de toda la humanidad.

La Cuarta Internacional considera que este es el momento de decir abierta y claramente cómo ve esta guerra y a sus protagonistas, cómo

* «Manifiesto de la Cuarta Internacional sobre la guerra imperialista y la revolución proletaria mundial», *Socialist Appeal*, 19 de junio de 1940. El manifiesto fue adoptado por la Conferencia de Emergencia de la Cuarta Internacional, celebrada del 19 al 26 de mayo de 1940 en Nueva York.

caracteriza la política respecto a la guerra de las distintas organizaciones laborales y, lo más importante, cuál es el camino para lograr la paz, la libertad y la abundancia.

La Cuarta Internacional no se dirige a los gobiernos que arrastraron a los pueblos a la matanza, ni a los políticos burgueses responsables de estos gobiernos, ni a la burocracia sindical que apoya a la burguesía belicista. La Cuarta Internacional se dirige a los trabajadores y las trabajadoras, a los soldados y los marineros, a los campesinos arruinados y a los pueblos coloniales esclavizados. La Cuarta Internacional no tiene ninguna ligazón con los opresores, los explotadores, los imperialistas. Es el partido mundial de los trabajadores, los oprimidos y los explotados. Este manifiesto está dirigido a ellos.

[...]

La Cuarta Internacional

[...]

La Cuarta Internacional construye su programa sobre los fundamentos teóricos del marxismo, sólidos como el granito. Rechaza el despreciable eclecticismo que predomina en las filas de la burocracia laboral oficial de los distintos bandos, y que muy frecuentemente sirve de indicador de la capitulación ante la democracia burguesa. Nuestro programa está formulado en una serie de documentos accesibles a todo el mundo. Su eje se puede resumir en tres palabras: *dictadura del proletariado*.

Nuestro programa, basado en el bolchevismo

La Cuarta Internacional se apoya completa y sinceramente sobre los fundamentos de la tradición revolucionaria del bolchevismo y sus métodos organizativos. Que los radicales pequeñoburgueses lloren contra el centralismo. Un obrero que haya participado aunque sea una vez en una huelga sabe que ninguna lucha es posible sin disciplina y una dirección firme. Toda nuestra época está imbuida del espíritu

del centralismo. El capitalismo monopolista llevó hasta sus últimos límites la centralización económica. El centralismo estatal en el marco del fascismo asumió un carácter totalitario. Las democracias intentan cada vez más emular este ejemplo. La burocracia sindical defiende con ensañamiento su maquinaria poderosa. La Segunda y la Tercera Internacional utilizan descaradamente el aparato estatal en su lucha contra la revolución.

En estas condiciones la garantía más elemental de éxito reside en la contraposición del centralismo revolucionario al centralismo de la reacción. Es indispensable contar con una organización de la vanguardia proletaria unificada por una disciplina de hierro, un verdadero núcleo selecto de revolucionarios templados dispuestos al sacrificio e inspirados por una indomable voluntad de vencer. Solo un partido que no se falla a sí mismo será capaz de preparar sistemática y afanosamente la ofensiva para, cuando suene la hora decisiva, volcar en el campo de batalla toda la fuerza de la clase sin vacilar.

Los escépticos superficiales se deleitan en señalar la degeneración en burocratismo del centralismo bolchevique. ¡Como si todo el curso de la historia dependiera de la estructura de un partido! De hecho, es el destino del partido el que depende del curso de la lucha de clases. Pero de todas maneras el Partido Bolchevique fue el único que demostró en la acción su capacidad de realizar la revolución proletaria. Es precisamente un partido así lo que necesita ahora el proletariado internacional. Si el régimen burgués sale impune de la guerra todos los partidos revolucionarios degenerarán. Si la revolución proletaria conquista el poder, desaparecerán las condiciones que provocan la degeneración.

[...]

¡Hemos pasado la prueba!

Lo que caracteriza a una genuina organización revolucionaria es sobre todo la seriedad con la que trabaja y pone a prueba su línea política con cada nuevo giro de los acontecimientos. Su centralismo fructifica en democracia. Bajo el fuego de la guerra nuestras secciones discuten

apasionadamente todos los problemas de la política proletaria, comprobando la validez de nuestros métodos y barriendo de paso a los elementos inestables que solo se nos unieron a causa de su oposición a la Segunda y la Tercera Internacional. La separación de los compañeros de ruta que no son de total confianza es el precio inevitable que hay que pagar por la formación de un verdadero partido revolucionario.

La inmensa mayoría de los camaradas de los diferentes países salieron airoso de la primera prueba a que los sometió la guerra. Este hecho es de inestimable significación para el futuro de la Cuarta Internacional. Cada miembro de base de nuestra organización tiene no solo el derecho sino también el deber de considerarse de aquí en más un oficial del ejército revolucionario que se creará al calor de los acontecimientos. La entrada de las masas en la lucha revolucionaria pondrá de manifiesto inmediatamente la insignificancia de los programas de los oportunistas, los pacifistas y los centristas. Un solo revolucionario verdadero en una fábrica, una mina, un sindicato, un regimiento, un barco de guerra vale infinitamente más que cien seudorrevolucionarios pequeñoburgueses que se cocinan en su propia salsa.

[...]

La revolución proletaria

La experiencia histórica estableció las condiciones básicas para el triunfo de la revolución proletaria, que fueron aclaradas teóricamente: 1) el impasse de la burguesía y la consecuente confusión de la clase dominante; 2) la aguda insatisfacción y el anhelo de cambios decisivos en las filas de la pequeña burguesía, sin cuyo apoyo la gran burguesía no puede mantenerse; 3) la conciencia de lo intolerable de la situación y la disposición para las acciones revolucionarias en las filas del proletariado; 4) un programa claro y una dirección firme de la vanguardia proletaria. Estas son las cuatro condiciones para el triunfo de la revolución proletaria. La razón principal de la derrota de muchas revoluciones radica en el hecho de que estas cuatro condiciones raramente alcanzan al mismo tiempo el necesario grado de madurez. Muchas veces en la historia la guerra fue la madre de la revolución

precisamente porque sacude hasta sus mismas bases los regímenes ya obsoletos, debilita a la clase gobernante y acelera el crecimiento de la indignación revolucionaria entre las clases oprimidas.

[...]

¡Esta no es nuestra guerra!

Al mismo tiempo, no nos olvidamos ni por un momento de que esta guerra no es nuestra guerra. A diferencia de la Segunda y la Tercera Internacional, la Cuarta Internacional no construye su política en función de los avatares militares de los Estados capitalistas, sino de la transformación de la guerra imperialista en una guerra de los obreros contra los capitalistas, del derrocamiento de la clase dominante en todos los países, de la revolución socialista mundial. Los cambios que se producen en el frente, la destrucción de los capitales nacionales, la ocupación de territorios, la caída de algunos Estados, desde este punto de vista solo constituyen trágicos episodios en el camino a la reconstrucción de la sociedad moderna.

Independientemente del curso de la guerra, cumplimos nuestro objetivo básico: explicamos a los obreros que sus intereses son irreconciliables con los del capitalismo sediento de sangre; movilizamos a los trabajadores contra el imperialismo; propagandizamos la unidad de los obreros de todos los países beligerantes y neutrales; llamamos a la fraternización entre obreros y soldados dentro de cada país y entre los soldados que están en lados opuestos de las trincheras en el campo de batalla; movilizamos a las mujeres y los jóvenes contra la guerra; preparamos constante, persistente e incansablemente la revolución en las fábricas, los molinos, las aldeas, los cuarteles, el frente y la flota.

Este es nuestro programa. ¡Proletarios del mundo, no hay otra salida que la de unirse bajo el estandarte de la Cuarta Internacional!

Todo por la revolución

León Sedov: hijo, amigo, luchador*

[Fragmento]

(20 de febrero de 1938)

Mientras escribo estas líneas con la madre de León Sedov a mi lado, continúan llegando de distintos países los telegramas de condolencia. Y para nosotros cada telegrama suscita la misma pregunta aterradora: «¿será posible que nuestros amigos de Francia, Holanda, Inglaterra, Estados Unidos, Canadá, Sudáfrica y acá en México acepten como consumado el hecho de que Sedov ya no existe?». Cada telegrama es una nueva señal de que él murió, pero nosotros aún no lo podemos creer. Y no es solo porque fue nuestro hijo, fiel, abnegado, amante, sino, y sobre todas las cosas, porque él, más que nadie en la tierra, se había convertido en parte de nuestra vida, entrelazado con todas sus raíces, nuestro camarada partidario, nuestro colaborador, nuestro guardián, nuestro consejero, nuestro amigo.

* *León, Sedov, hijo, amigo, luchador.* Este un folleto dedicado a la juventud proletaria, fue publicado por la Liga de Jóvenes Socialistas (internacionalistas de la Cuarta) en marzo de 1938.

De aquella generación más vieja, en cuyas filas ingresamos, hacia el final del siglo pasado, camino a la revolución, todos, sin excepción, han sido barridos de la faz de la tierra. Aquello que no lograron las condenas a trabajos forzados y los duros exilios zaristas, las penurias de la emigración, la Guerra Civil y la peste, en los últimos años lo ha logrado Stalin, el peor azote que castigó jamás a la revolución. Después de haber destruido a la generación más vieja, se destruyó también al mejor sector de la siguiente, o sea, la generación que despertó en 1917 y que se fogueó en los veinticuatro ejércitos del frente revolucionario. También se pisoteó y anuló a lo mejor de la juventud, los contemporáneos de León. El mismo sobrevivió por un milagro, debido a que nos acompañó al exilio y luego a Turquía. Durante los años de nuestra última emigración hicimos nuevos amigos, muchos de los cuales han penetrado íntimamente en nuestras vidas, convirtiéndose prácticamente en miembros de nuestra familia. Pero a todos ellos los conocimos por primera vez en estos últimos años, cuando ya la vejez se nos venía encima. León era el único que nos conoció cuando éramos jóvenes; él formó parte de nuestras vidas desde el primerísimo momento de su nacimiento. A pesar de su juventud parecía nuestro contemporáneo. Junto con nosotros pasó por nuestra segunda emigración: Viena, Zurich, París, Barcelona, Nueva York, Amherst (un campo de concentración en Canadá) y finalmente Petrogrado.

[...]

Los últimos informes de la prensa hablan de la vida de León Sedov en París «en las condiciones más modestas» (mucho más modestas, permítaseme agregar, que las de un obrero calificado). Incluso en Moscú, en aquellos años en que su padre y su madre ocupaban altos puestos, él vivía en condiciones no mejores, sino peores que las de los últimos años en París. ¿Era acaso esta la regla entre la juventud de la burocracia? De ningún modo. Aun entonces él era una excepción. En este niño que iba hacia su pubertad y su adolescencia el sentido del deber y la proeza despertó muy temprano.

En 1923 León se lanzó de lleno al trabajo de la Oposición. Sería totalmente erróneo no ver en esto más que la influencia paterna. Después de todo, cuando abandonó el cómodo departamento en el

Kremlin para irse a un dormitorio frío, deslucido, donde se pasaba hambre, lo hizo contra nuestra voluntad, a pesar de que no ofrecimos resistencia a esta decisión suya. El mismo instinto que lo obligaba a elegir los ómnibus atestados de gente antes que los autos de lujo del Kremlin, determinó su orientación política. La plataforma de la Oposición simplemente dio una expresión política a rasgos inherentes a su carácter. León rompió totalmente con aquellos de sus compañeros de estudios a quienes sus padres burócratas arrancaron violentamente del «trotskismo» y se reunió con sus amigos los panaderos. [...]

En el invierno de 1927, cuando comenzó la masacre policíaca de la Oposición, León había cumplido los veintidós años. En aquel tiempo le había nacido un hijo, y él lo solía traer orgullosamente al Kremlin para mostrárnoslo. Sin un momento de vacilación, sin embargo, León decidió separarse de sus estudios y de su joven familia para compartir nuestro destino en Asia Central.

[...] En enero de 1929, el Buró Político decidió deportarme de la URSS, y nuestro destino resultó ser Turquía. Se les otorgó a los miembros de mi familia el derecho de acompañarme. Y otra vez, sin vacilar, León decidió compartir el exilio, separándose para siempre de su mujer y del niño a quienes amaba tanto.

[...] En el tumulto de los años revolucionarios se había olvidado casi por completo de los idiomas extranjeros con los que se había familiarizado en su infancia más que con el ruso. Se le hizo necesario aprenderlos de nuevo. Comenzó nuestro trabajo literario conjunto. Mis archivos y mi biblioteca estaban totalmente en manos de León. Conocía profundamente las obras de Marx, Engels y Lenin. Estaba muy al tanto de mis libros y manuscritos, de la historia del Partido y de la Revolución y de la historia de la falsificación termidoriana. En el caos de la biblioteca pública de Alma Ata ya había estudiado los archivos de *Pravda* de la época de los Soviets, y reunido con infalible ingenio las citas y referencias necesarias. Ni una sola de mis obras de los últimos diez años hubiera sido posible sin este material precioso y sin las investigaciones que León realizaba en los archivos y en las bibliotecas, primero en Turquía, más tarde en Berlín y finalmente en París. Me refiero de un modo especial a la *Historia de la Revolución Rusa*. Aunque

cuantitativamente importante, su colaboración no fue de ningún modo de carácter «técnico». Su selección independiente de hechos, citas, caracterizaciones, frecuentemente determinaba tanto el método como las conclusiones de mi presentación. *La revolución traicionada* contiene muchas páginas que yo escribí basándome en varias líneas de las cartas de mi hijo y en las citas de los periódicos soviéticos que él me enviaba y que no me eran accesibles. Me suministró aun más material para la biografía de Lenin. Este tipo de colaboración solo fue posible porque nuestra solidaridad ideológica se había hecha carne en nosotros. El nombre de mi hijo, con justo derecho, debe ir al lado del mío en casi todos los libros que escribí a partir de 1928.

[...] En los archivos de la GPU figuraba con el apodo de «Sinok» o «hijito». Según el difunto Ignace Reiss, en la Lubianca [oficina principal de la GPU] se dijo más de una vez: «El hijito hace su trabajo astutamente. Al viejo no le resultaría tan fácil sin él». Era cierto. No hubiera sido fácil sin él. Será muy difícil sin él. Y fue precisamente por eso que los agentes de la GPU, infiltrándose incluso en las organizaciones de la Oposición, rodearon a León de una espesa telaraña de espionaje, intrigas y complots. En los Juicios de Moscú, su nombre invariablemente aparecía junto al mío. ¡Moscú estaba buscando medios para deshacerse de él a toda costa!

[...] En París, aun más que en Berlín, dedicaba sus principales esfuerzos a la revolución y a colaborar conmigo en mis trabajos literarios. Durante los últimos años, León comenzó a escribir más sistemáticamente para la prensa de la Cuarta Internacional. Algunas indicaciones aisladas, especialmente las notas sobre sus recuerdos para mi autobiografía, me hicieron sospechar ya en Prinkipo que tenía talento literario. [...] La principal obra literaria de León fue *El Libro Rojo de los Juicios de Moscú*, dedicado al Proceso de los Dieciséis (Zinoviev, Kamenev, Smirnov y otros). Fue publicado en francés, ruso y alemán.

[...] Así como escribía, León hacía todo lo demás, es decir, a conciencia, estudiando, reflexionando, revisando. Desconocía la vanidad de «ser el autor». La declamación agitativa no lo atraía. Al mismo

tiempo, cada línea que escribía ardía con un fuego vivo, que brotaba de su auténtico temperamento revolucionario.

A este temperamento lo formaron y fortalecieron los hechos de la vida personal y familiar vinculados íntimamente a los grandes hechos políticos de nuestra época. En 1905 su madre estaba en una cárcel de Petrogrado esperando al niño. Un soplo de liberalismo la liberó en otoño. En febrero del año siguiente nació el niño. Para aquel entonces yo ya estaba encarcelado. Solo pude ver a mi hijo por primera vez trece meses más tarde, cuando escapé de Siberia. Sus primeras impresiones tenían el aliento de la primera revolución rusa cuya derrota nos llevó a Austria. La guerra que nos obligó a irnos a Suiza golpeó la conciencia del niño de ocho años. La siguiente gran lección para él fue mi deportación de Francia. A bordo del barco él conversó, por señas, con un fogonero catalán acerca de la revolución. La revolución significaba para él toda clase de bondades, sobre todo el regreso a Rusia. En el viaje a América, cerca de Halifax, el *Levik* de once años golpeó a un oficial británico con el puño. Sabía a quién golpear; no a los marineros que me sacaron del barco, sino al oficial que dio la orden.

[...] León no era imprudente ni hacía aludes de su valentía. Era sabio, cauteloso y calculador. Pero sabía que el peligro era un elemento constitutivo tanto de la revolución como de la guerra. Cada vez que era preciso, y sucedía a menudo, supo hacerle frente al peligro. Su vida en Francia, donde la GPU tiene amigos en casi todos los pisos del edificio gubernamental, era una cadena casi ininterrumpida de peligros. Matones profesionales seguían sus pasos. Vivían en los departamentos próximos al suyo. Robaban sus cartas y sus archivos y escuchaban sus conversaciones telefónicas. Cuando después de una enfermedad pasó dos semanas a orillas del Mediterráneo —las únicas vacaciones que tuvo en años— los agentes de la GPU se alojaron en la misma pensión.

[...] El 16 de febrero apareció un breve comunicado en los diarios vespertinos de México; decía que León Sedov había muerto después de una operación quirúrgica. Absorto en un trabajo urgente, no vi estos diarios. Por iniciativa propia, Diego Rivera verificó y confirmó por radio

este comunicado y vino a traerme la terrible noticia. Una hora más tarde le avisé a Natalia que nuestro hijo había muerto, en el mismo mes de febrero en que, hacía 32 años, ella me trajo a la cárcel la noticia de su nacimiento. Así terminó para nosotros el día 16 de febrero, el más negro de nuestra vida personal.

[...] Los largos años de una campaña de mentiras contra su padre y los mejores de sus camaradas mayores, a quienes León estaba acostumbrado a reverenciar y a amar desde su infancia, habían ya sacudido su organismo moral. La larga serie de capitulaciones por parte de los miembros de la Oposición lo golpeó con no menor dureza. Luego, en Berlín, se suicidó, mi hija mayor, a quien Stalin había apartado de su familia, de su medio ambiente, y lo hizo con toda perfidia, de puro revanchismo. León se encontró con el cadáver de su hermana mayor y con su hijo de seis años, de quien hubo de hacerse cargo. Decidió tratar de comunicarse telefónicamente con su hermano menor, Serguei, que estaba en Moscú. Contrariamente a lo que cabía esperar, se logró la comunicación telefónica, ya sea porque la GPU estaba momentáneamente desconcertada ante el suicidio de Zina, o porque esperaban poder oír algunos secretos. Así León pudo transmitirle, con su propia voz, la trágica noticia. Así fue la última conversación entre nuestros dos muchachos, los hermanos condenados a muerte, que se comunicaban por encima del cuerpo, caliente aún, de su hermana. [...]

No; «estalinismo» no era para León un abstracto concepto político, sino una serie de golpes morales y heridas espirituales. Si los amos del Kremlin recurrieron a la química, o si todo lo que ya habían hecho resultó suficiente, la conclusión es la misma: *fueron ellos los que lo mataron*. Marcaron el día de su muerte como una celebración importante en el calendario termidoriano.

[...]

Su madre, que había intimado con él más que nadie, y yo estamos viviendo estas horas terribles recordando su imagen, rasgo por rasgo, sin poder creer que él ya no está, y llorando porque es imposible no creerlo. ¿Cómo nos podemos acostumbrar a la idea de que en esta tierra ya no existe este cálido ser humano, ligado a nosotros por víncu-

los indisolubles de recuerdos en común, de mutuo entendimiento y de tierno cariño?

[...]

Adiós, León, adiós querido e incomparable amigo. Tu madre y yo nunca pensamos, nunca esperamos que el destino nos fuera a imponer esta terrible tarea de escribir tu obituario. [...] Con justicia tú vivirás en los corazones de todos aquellos que trabajan, sufren y luchan por un mundo mejor. ¡Jóvenes revolucionarios de todos los países! ¡Aceptad de nosotros el recuerdo de nuestro León, adoptadlo como vuestro hijo —es digno de ello— y dejad que, a partir de ahora, participe invisible de vuestras batallas, ya que el destino le ha negado la dicha de participar de vuestra victoria final!

México, 1938.

El suicidio de mi hija*

Carta abierta sobre la muerte de Zinaida Volkova

(11 de enero de 1933)

A todos los miembros del Comité Central del Partido Comunista de la URSS

Al Presídium del Comité Ejecutivo Central de la URSS

A todos los miembros de la Comisión de Control Central del Partido Comunista de la URSS

Considero necesario informarles cómo y por qué se suicidó mi hija.

A fines de 1930 ustedes accedieron a mi pedido de autorizar a mi hija Zinaida Volkova, enferma de tuberculosis, a venir por un tiempo a Turquía, acompañada de su hijo Vsevolod, de cinco años de edad, para hacerse un tratamiento. No sospeché que detrás de esta actitud liberal de Stalin se ocultaba un motivo ulterior.

Mi hija arribó a este lugar en enero de 1933, sufriendo de neumotórax de ambos pulmones. Tras diez meses de residencia en Turquía, logramos obtener —a pesar de la oposición permanente de los representantes soviéticos— un permiso para que fuera a tratarse a Ale-

* «El suicidio de mi hija», *The Militant*, 11 de febrero de 1933.

mania. El niño se quedó en Turquía con nosotros para no molestar a la enferma. Pasado un tiempo, los médicos alemanes creyeron posible curar el neumotórax. La enferma empezó a recuperarse y soñaba tan solo con volver con su hijo a Rusia para reunirse con su hija y con su esposo, un bolchevique leninista exiliado por Stalin.

El 20 de febrero de 1932 ustedes publicaron un decreto en virtud del cual, no solo mi esposa, mi hijo y yo, sino también mi hija Zinaida perdíamos la ciudadanía soviética. En el país extranjero al que ustedes le permitieron viajar con pasaporte soviético, mi hija se ocupó *únicamente* de su tratamiento. No participó en la vida política, no podía haberlo hecho debido a su estado de salud. Evitó todo lo que podría provocar «sospechas» en su contra. El hecho de privarla de su ciudadanía fue un miserable y estúpido acto de venganza en mi contra. Para ella, este acto de venganza significaba romper con su hijita, su esposo, su trabajo y todo lo que constituía su vida normal. Su salud mental, ya perturbada por la muerte de su hija menor y por su propia enfermedad, sufrió un nuevo golpe, tanto más atroz cuanto que fue totalmente sorpresivo y de ninguna manera provocado por ella. Los psiquiatras declararon unánimemente que solo el retorno a su situación normal, con su familia y su trabajo, podría salvarla. El decreto del 20 de febrero coartó precisamente esta posibilidad de salvarla. Todos los demás intentos fueron, como ustedes saben, en vano.

Los médicos alemanes insistían en que si se le permitía, al menos, reunirse con su hijo lo antes posible, había una posibilidad de devolverle su equilibrio mental. Pero las dificultades del traslado de Estambul a Berlín se multiplicaron puesto que el niño de seis años también perdió la ciudadanía soviética. Durante seis meses realizamos esfuerzos constantes, pero inútiles, en diversos países europeos. Solo mi viaje inesperado a Copenhague nos brindó la oportunidad de llevar al niño a Europa. Con la mayor dificultad, este realizó la travesía a Berlín en seis semanas. Pero no había estado con su madre siquiera una semana, cuando la policía del general Schleicher, de común acuerdo con los agentes estalinistas, resolvió expulsar a mi hija de Berlín. ¿A dónde? ¿A Turquía? ¿A la isla de Prinkipo? Pero el niño debía ir a la

escuela. Mi hija tenía necesariamente que recibir atención médica permanente y condiciones de trabajo y una vida familiar normales. Este nuevo golpe superó la capacidad de resistencia de la enferma. El 5 de enero se asfixió con gas. Tenía treinta años.

En 1928 mi hija menor Nina [Nevelson], cuyo marido fue encarcelado por Stalin hace cinco años y todavía se encuentra incomunicado, debió ser hospitalizada, poco después de que yo fuera exiliado en Alma-Ata. Se le diagnosticó una tuberculosis aguda. Me dirigió una carta puramente personal, sin la menor mención de cuestiones políticas; ustedes la detuvieron durante setenta días, de modo que cuando le llegó mi respuesta ella había muerto. Tenía veintiséis años.

Durante mi estadía en Copenhague, donde mi esposa inició un tratamiento para curarse de una grave enfermedad, y donde yo me preparaba para someterme a una cura, Stalin, por intermedio de la agencia TASS, ¡denunció falsamente a la policía europea que en Copenhague iba a celebrarse inminentemente una «conferencia trotskista»! Eso le bastó al gobierno socialdemócrata danés para hacerle a Stalin el favor de expulsarme con premura febril, con la consiguiente interrupción del tratamiento que mi esposa necesitaba. Pero en este, como en tantos otros casos, la unidad de Stalin con la policía capitalista obedecía a objetivos políticos. Aun así la persecución de mi hija no tuvo ni un asomo de sentido político. La pérdida de la ciudadanía soviética y, con ello, la única esperanza de volver a un ambiente normal y recuperarse, junto a su expulsión de Berlín (indudablemente un servicio que la policía alemana le prestó a Stalin) no constituyen más que un acto de venganza miserable y estúpido. Mi hija conocía perfectamente su situación. Sabía que no podía estar segura en manos de la policía europea, que la perseguía a pedido de Stalin. Era consciente de ello, y murió el 5 de enero. Se califica a esa muerte de «voluntaria». No, no fue voluntaria. Stalin la obligó. Me limito a informar, sin sacar conclusiones. Ya vendrá el momento de hacerlo. El partido regenerado lo hará.

León Trotski

Stalin quiere mi muerte*

[Fragmento]

(8 de junio de 1940)

[...] A los que no están debidamente informados les puede parecer incomprensible que la camarilla de Stalin me exilie primero y luego intente matarme en el extranjero. ¿No hubiera sido más simple matarme en Moscú, como a tantos otros?

La explicación es la siguiente: en 1928, cuando fui expulsado del partido y exiliado al Asia central, todavía era imposible hablar, no digamos de fusilamientos, ni siquiera de arrestos. Toda la generación con la que viví la Revolución de Octubre y la guerra civil aún estaba con vida. El Buró Político se sentía rodeado por todos lados.

En Asia central pude mantenerme en contacto directo con la Oposición. En estas condiciones, Stalin, después de vacilar durante un año, decidió apelar al exilio en el extranjero considerándolo el mal menor. Pensaba que Trotski, aislado de la URSS, privado de aparato y recursos materiales, se vería reducido a la impotencia. Además, Stalin suponía que, después de haberme difamado ante todo el país, el

* «Stalin quiere mi muerte», *Cuarta Internacional*, agosto de 1941. Varios párrafos de este artículo, que no se publicó hasta después de la muerte de Trotski, fueron repetidos palabra por palabra en un artículo posterior, «La Comintern y la GPU», que Trotski completó tres días antes de su asesinato.

gobierno amigo de Turquía me haría volver a Moscú y allí ajustaría finalmente las cuentas conmigo. Los acontecimientos demostraron, sin embargo, que se puede participar en la vida política sin contar con aparato ni recursos materiales. Con la ayuda de jóvenes amigos senté las bases de la Cuarta Internacional, que se está forjando lenta pero persistentemente. Los juicios de Moscú de 1936 a 1937 se montaron para obtener mi deportación de Noruega, es decir para tenerme realmente en manos de la GPU. Pero no lo lograron. Llegué a México. Me informaron que Stalin admitió varias veces que mi exilio al extranjero fue «un gran error». No hay otra manera de rectificar el error que apelar a un acto terrorista.

En estos últimos años la GPU destruyó a muchos cientos de amigos míos, incluyendo a miembros de mi familia que están en la URSS. En España mataron a mi exsecretario Erwin Wolff y a muchos de mis correligionarios políticos; en París mataron a mi hijo León Sedov, al que los asesinos profesionales de Stalin persiguieron durante dos años. En Lausana la GPU mató a Ignacio Reis, que la había abandonado y se había unido a la Cuarta Internacional. En París los agentes de Stalin asesinaron a otro de mis exsecretarios, Rudolf Klement, cuyo cuerpo se encontró en el Sena con la cabeza, las manos y las piernas cortadas. Esta lista podría continuar interminablemente.

En México ya hubo un intento obvio de asesinarme a través de un individuo que apareció en mi casa con recomendaciones falsas de una prominente figura política. Fue después de este incidente, que alarmó a mis amigos, que se tomaron medidas de defensa más serias: guardias diurnas y nocturnas, sistemas de alarma, etcétera.

Después de la participación activa y verdaderamente asesina de la GPU en los acontecimientos españoles, recibí muchas cartas de mis amigos, principalmente desde Nueva York y París, informándome que estaban enviando agentes de la GPU a México desde Francia y Estados Unidos. En el momento oportuno transmití a la policía mexicana los nombres y las fotografías de algunos de estos caballeros. El estallido de la guerra agravó todavía más la situación a causa de mi lucha irreconciliable contra la política exterior e interna del Kremlin. Mis declaraciones y artículos sobre el desmembramiento de Polonia,

la invasión a Finlandia, la debilidad del Ejército Rojo encabezado por Stalin, etcétera, se reprodujeron en todos los países del mundo, en decenas de millones de ejemplares. Aumenta el descontento dentro de la URSS. Su condición de exrevolucionario le hace recordar a Stalin que la Tercera Internacional era incomparablemente más débil a comienzos de la guerra anterior de lo que lo es hoy la Cuarta Internacional. El desarrollo de la guerra puede dar un poderoso impulso a la Cuarta Internacional, incluso dentro de la misma URSS. Por eso Stalin no puede haber dejado de ordenar a sus agentes que terminen conmigo lo antes posible.

[...] Stalin organiza un atentado para asesinarme con una intención clara: destruir a su enemigo número uno. No corre ningún riesgo, actúa a larga distancia. Por el contrario, si hubiera sido yo el que organizó el «autoasalto» hubiera tenido que asumir solo toda la responsabilidad, arriesgando mi suerte y la de mi familia, mi reputación política y la del movimiento al que sirvo. ¿Qué sacaría con eso?

Pero incluso si se acepta lo imposible, es decir, que renunciando a la causa de toda mi vida y pisoteando todo sentido común y mis propios intereses vitales, yo me haya decidido a organizar el «autoasalto» en función de algún objetivo desconocido, queda en pie la siguiente cuestión: ¿dónde y cómo conseguí veinte hombres para hacerlo? ¿Cómo hice para proporcionarles uniformes policiales? ¿Cómo los armé? ¿Cómo les equipé con todo lo necesario?, etcétera, etcétera. En otras palabras, ¿cómo se las arregló un hombre que vive casi completamente aislado del mundo exterior para llevar a cabo una empresa accesible solo a un poderoso aparato? Permítaseme confesar que me siento incómodo de tener que someter a crítica una idea que está por debajo de toda crítica posible.

La GPU movilizó hábilmente a sus agentes con el objetivo de matarme. Por accidente el intento falló. Los amigos de la GPU están comprometidos. Ahora se sienten en la obligación de hacer todo lo posible para echar sobre mis hombros la responsabilidad del infructuoso atentado de su cacique. Para hacerlo no tienen muchas posibilidades que elegir. Tienen que apelar a los métodos más burdos

siguiendo el aforismo de Hitler: cuanto mayor la mentira, más rápido se la creerán.

[...] Para entender más claramente el marco en que se dio el atentado y determinadas circunstancias referentes a la investigación es necesario decir algunas palabras sobre mi custodia. En los periódicos se informó que yo «alquilé» para mi custodia a casi extraños, que se les paga, etcétera. Todo esto es falso. Mi custodia existe desde el día de mi exilio a Turquía, es decir desde hace casi doce años. Su composición cambiaba constantemente, según el país donde vivía, aunque algunos de mis colaboradores me acompañaron de un país a otro. Siempre estuvo formada por camaradas jóvenes, ligados a mí por afinidad política, que fueron seleccionados por mis amigos más viejos y de más experiencia de entre los voluntarios, que nunca escasearon.

El movimiento al que pertenezco es un movimiento joven, que desde que surgió sufre una persecución sin precedentes de parte de la oligarquía de Moscú y sus agentes en todos los países del mundo. Hablando en general, es difícil encontrar en toda la historia un movimiento que haya padecido tantas víctimas en un lapso tan breve como la Cuarta Internacional. Tengo la profunda convicción personal de que en nuestra época de guerras, conquistas, rapiña, destrucción y toda clase de bestialidades la Cuarta Internacional está destinada a jugar un gran rol histórico. Pero aquí ya entramos en el terreno del futuro. En el pasado solo supo de golpes y persecuciones. En los últimos doce años nadie se podría haber acercado a la Cuarta Internacional con la esperanza de hacer carrera. Por esta razón las personas que se unieron a la Cuarta Internacional son generosas, están convencidas y dispuestas a renunciar no solo a los bienes materiales sino, si es necesario, a sacrificar sus vidas. Sin ningún afán de caer en la idealización me permito, sin embargo, afirmar que es casi imposible encontrar en otra organización un conjunto de personas tan entregadas a sus ideales y tan ajenas a las pretensiones personales. De entre esta juventud se seleccionó a mi custodia.

[...] Permítaseme agregar que no mantengo personalmente a mi custodia (carezco de recursos para hacerlo); su manutención corre a cargo de un comité especial que reúne los fondos necesarios entre

amigos y simpatizantes. Vivimos, mi familia y mis guardias, como una pequeña comuna cerrada, separada del mundo exterior por cuatro altos muros. Estas circunstancias explican suficientemente por qué me considero justificado al depositar toda mi confianza en mis custodios y creerlos incapaces de traición o crimen.

[...] A Stalin le hubiera resultado más ventajoso organizar el asesinato de tal manera que apareciera ante la clase obrera mundial como el castigo súbito y espontáneo de los trabajadores mexicanos a un «enemigo del pueblo». Desde esta perspectiva es notable la persistencia y entusiasmo de la GPU en ligarme a toda costa con la campaña electoral presidencial, es decir con la candidatura del general Almazán. Muchas declaraciones de Toledano y de los dirigentes del Partido Comunista revelan claramente el plan estratégico de encontrar o crear pretextos para arremeter, armas en mano, contra sus enemigos, entre los cuales no ocupó probablemente el último lugar. No caben dudas de que entre las milicias obreras de la CTM hay grupos de choque secretos creados especialmente por la GPU para encarar las tareas más riesgosas.

Para detener a tiempo este plan exigí persistentemente a través de la prensa que se formara una comisión investigadora especial que examinara todas las acusaciones falsas. Pero aun sin que se haya hecho esto, la opinión pública de México obviamente rechazó hasta ahora las calumnias. Los estalinistas, por lo que conozco, no lograron hacerme odiar en los círculos obreros; Stalin, mientras tanto, se cansó de esperar el estallido de «indignación popular» y dio órdenes a la GPU de actuar siguiendo los métodos más usuales y directos.

El hecho de que por accidente haya fallado el atentado, tan cuidadosa y hábilmente preparado, constituye un serio golpe para Stalin. La GPU debe rehabilitarse ante él. Stalin tiene que demostrar su poder. Es inevitable que el atentado se repita. ¿De qué manera? Posiblemente otra vez como un acto terrorista en el que se utilicen juntos los fusiles y las bombas. Pero no queda excluida la posibilidad de que traten de ejecutar el acto terrorista a través de una falsa «indignación popular». La campaña de calumnias, cada vez más ponzoñosa, que

prosiguen los agentes de Stalin en México tiene precisamente este objetivo.

Para justificar la persecución de que me hacen objeto y ocultar los atentados de la GPU, los agentes del Kremlin hablan de mis tendencias «contrarrevolucionarias». Todo depende de lo que se entiende por revolución y por contrarrevolución. La fuerza contrarrevolucionaria más poderosa de nuestra época es el imperialismo, tanto en su forma fascista como en su cobertura cuasidemocrática. Ni uno solo de los países imperialistas me permite entrar en su territorio. En lo que se refiere a los países oprimidos y semi independientes, se niegan a aceptarme debido a la presión de los gobiernos imperialistas o de la burocracia de Moscú, que ahora juega un rol extraordinariamente reaccionario en todo el mundo. México me brindó hospitalidad porque no es un país imperialista; por esta razón su gobierno, por rara excepción, demostró una independencia de la presión exterior que le permite guiarse por sus propios principios. Por eso quiero dejar aclarado que vivo en esta tierra por una verdadera excepción.

En esta época reaccionaria un revolucionario se ve obligado a nadar contra la corriente. Lo hago lo mejor que puedo. La presión de la reacción mundial se expresa de la manera tal vez más implacable en mi suerte personal y la de aquellos que me están más próximos. De ninguna manera lo considero un mérito mío; es simplemente una consecuencia de la combinación de determinadas circunstancias históricas. Pero cuando gente de la calaña de Toledano, Laborde *et al* me acusan de «contrarrevolucionario» puedo dejar tranquilamente que hablen; la historia dará su veredicto final.

Testamento*

(27 de febrero de 1940)

Mi presión arterial alta (que sigue aumentando) engaña a los que me rodean sobre mi estado de salud real. Me siento activo y en condiciones de trabajar, pero evidentemente se acerca el desenlace. Estas líneas se publicarán después de mi muerte.

No necesito refutar una vez más las calumnias estúpidas y viles de Stalin y sus agentes; en mi honor revolucionario no hay una sola mancha. Nunca entré, directa ni indirectamente, en acuerdos ni negociaciones ocultas con los enemigos de la clase obrera. Miles de adversarios de Stalin fueron víctimas de acusaciones igualmente falsas. Las nuevas generaciones revolucionarias rehabilitarán su honor político y tratarán como se lo merecen a los verdugos del Kremlin.

Agradezco calurosamente a los amigos que me siguieron siendo leales en las horas más difíciles de mi vida. No nombro a ninguno en especial porque no puedo nombrarlos a todos. Sin embargo, creo que se justifica hacer una excepción con mi compañera, Natalia Ivanovna Sedova. El destino me otorgó, además de la felicidad de ser un luchador de causa del socialismo, la felicidad de ser su esposo. Durante

* «Testamento». Reimpreso con permiso de los editores de *Diario de Trotsky en el exilio*, 1935 (Cambridge, Mass, Harvard University Press. Copyright 1958, por el presidente y colegas de Universidad de Harvard).

los casi cuarenta años que vivimos juntos ella fue siempre una fuente inextinguible de amor, bondad y ternura. Soportó grandes sufrimientos, especialmente en la última etapa de nuestras vidas. Pero en algo me reconforta el hecho de que también conoció días felices.

Fui revolucionario durante mis cuarenta y tres años de vida consciente y durante cuarenta y dos luché bajo las banderas del marxismo. Si tuviera que comenzar todo de nuevo trataría, por supuesto, de evitar tal o cual error, pero en lo fundamental mi vida sería la misma. Moriré siendo un revolucionario proletario, un marxista, un materialista dialéctico y, en consecuencia, un ateo irreconciliable. Mi fe en el futuro comunista de la humanidad no es hoy menos ardiente, aunque sí más firme, que en mi juventud.

Natasha se acerca a la ventana y la abre desde el patio para que entre más aire en mi habitación. Puedo ver la brillante franja de césped verde que se extiende tras el muro, arriba el cielo claro y azul y el sol que brilla en todas partes. La vida es hermosa. Que las futuras generaciones la libren de todo mal, opresión y violencia y la disfruten plenamente.

L. Trotski

Todas mis pertenencias, mis derechos literarios (los ingresos que producen mis libros, artículos, etcétera) serán puestos a disposición de mi esposa Natalia Ivanovna Sedova. En caso de que ambos perezcamos [el resto de la página está en blanco].

(3 de marzo de 1940)

La índole de mi enfermedad es tal (presión arterial alta y en avance) —según yo lo entiendo— que el fin puede llegar de súbito, muy probablemente —nuevamente, es una hipótesis personal— por un derrame cerebral. Este es el mejor fin que puedo desear. Es posible, sin embargo, que me equivoque (no tengo ganas de leer libros especializados sobre el tema y los médicos, naturalmente, no me dirán la verdad). Si la esclerosis se prolongara y me viera amenazado por una larga invalidez (en este momento me siento, por el contrario, lleno

de energías espirituales a causa de la alta presión, pero no durará mucho), me reservo el derecho de decidir por mi cuenta el momento de mi muerte. El «suicidio» (si es que cabe el término en este caso) no será, de ninguna manera, expresión de un estallido de desesperación o desaliento. Natasha y yo dijimos más de una vez que se puede llegar a tal condición física que sea mejor interrumpir la propia vida o, mejor dicho, el proceso demasiado lento de la muerte... Pero cualesquiera que sean las circunstancias de mi muerte, moriré con una fe inquebrantable en el futuro comunista. Esta fe en el hombre y su futuro me da aun ahora una capacidad de resistencia que ninguna religión puede otorgar.

L.T.



Acerca de Trotski

Trotski [...] no se destaca solo por sus capacidades eminentes. Personalmente tal vez sea el hombre más capaz del actual C.C., pero ha demostrado ser demasiado presuntuoso y tener preocupaciones excesivas por los aspectos puramente administrativos del trabajo.

Vladimir I. Lenin

La calumnia, la mentira, el delirio de asesinato, lo desbordaron todo. El nombre de Trotski fue suprimido de los tratados de historia de la Unión Soviética. Solo una chispa de luz surgió en aquellos días de tiniebla. Una Comisión de intelectuales internacionales, presididos en Nueva York y en México por el gran filósofo norteamericano John Dewey, estudió por mucho tiempo aquella hojarasca criminal y proclamó la completa inocencia, la grandeza irreprochable de Trotski: ¡Not Guilty!

Víctor Serge

[...] Los penetrantes estudios de Lenin no abarcan sino las cuestiones políticas y económicas. Trotski, en cambio, se ha interesado por las cuestiones de la revolución en la filosofía y el arte. [...] El Trotski real, el Trotski verdadero es aquel que nos revelan sus escritos. Un libro da siempre de un hombre una imagen más exacta y más verídica que un uniforme. Un generalísimo, sobre todo, no puede filosofar tan humano, tan humanitariamente.

José Carlos Mariátegui

[...] Trotski es un timonel. Lo que no significa una referencia piadosa ni exclusiva. Tenemos, al contrario, la tarea de transmitir una memoria pluralista del movimiento obrero y de los debates estratégicos que lo han atravesado. Pero en ese paisaje y ese paisaje peligroso, Trotski es un punto de apoyo indispensable.

Daniel Bensaïd

León Trotski [...] fue para la izquierda el hombre más importante del siglo pasado y es hoy el único que sigue siendo indispensable para comprender aspectos fundamentales de la realidad de este siglo.

Guillermo Almeyra

[...] ¿Qué queda de la obra de Trotski? ¿Tiene aún sentido para los militantes, dejando de lado a los historiadores, leer los escritos del revolucionario ruso? [...] las claves que nos dan para aprehender nuestra época son mucho más; «operativas» que los análisis superficiales de una literatura abundante que hoy está de moda, ampliamente difundida por los medios de comunicación pero destinada a agotarse —como toda mercancía— al cabo de algunos meses. No creo que se pueda pensar un proyecto socialista para el siglo XXI partiendo de los paradigmas del leninismo y del trotskismo. Pero tenemos necesidad de Trotski porque el socialismo no podrá renoverse si es cortado de su pasado y de su memoria, de la cual Trotski representa una parte esencial e ineludible. Debemos volver a pensar la idea misma de socialismo y de revolución, exactamente como lo hizo Trotski a comienzos del siglo, cuando chocó contra los dogmas del marxismo ruso y de la Segunda Internacional. En eso reside su herencia más preciosa y su actualidad.

Enzo Traverso

Algunas de las obras principales de León Trotski

1906: *Resultados y perspectivas*

1914: *La Guerra y la Internacional*

1923: *Cómo se armó la revolución (Escritos militares)* vol. I (1918-1919)

1923: *Cómo se armó la revolución (Escritos militares)* vol. II (1919-1920)

1924: *Literatura y revolución.*

1929: *La revolución desfigurada*

1930: *Mi vida*

1930: *Historia de la Revolución Rusa*

1936: *¿A dónde va la URSS? La revolución traicionada*

1936: *¿A dónde va Francia?*

Publicado en 1941: *Stalin*

Publicado en 1942: *Defensa del marxismo*

Obras fílmicas sobre Trotski

1972 *El Asesinato de Trotski*, Joseph Losey

1983 *Frida, naturaleza viva*, Paul Leduc

2002 *Frida*, Julie Taymor

Bibliografía (brevísimas) utilizada en este material

ALMEYRA, GUILLERMO: *Lo que es válido aun en Trotsky a 68 años de su asesinato*, (www.nodo50.org/caminoalternativo/boletin1/195-17.htm).

_____ : *Trotsky, a modo de balance*, (www.jornada.unam.mx/2010/08/22/).

BENSAÏD, DANIEL: *Trotsky: un timonel del siglo*, Colectivo Militante-Agenda Radical Gaboto 1305-Montevideo-Uruguay, 19 agosto 2010.

BRAR, HARPAL: *Trotskismo X Leninismo. Licoes da História*, Editora Caravansarai, Brasil, 1993.

CEIP: *Escritos de León Trotsky (1929-1940)*, Edita CEIP León Trotsky, 2da. edición, (<http://www.ceip.org.ar/escritos>).

DEUTSCHER, ISAAC: *La era de la revolución permanente. Antología de escritos de León Trotsky*. Ediciones Saeta, México, 1964.

_____ : *Trotsky, el profeta armado*, Ediciones Era, México, 1976.

_____ : *Trotsky, el profeta desarmado*, Ediciones Era, México, 1976.

_____ : *Trotsky, el profeta desterrado*, Ediciones Era, México, 1976.

_____ : *History of de Russia Revolution*, Pathfinder, Nueva York, 2001.

GRANT TED, ALAN WOODS: *Lenin y Trotski, qué defendieron realmente*, Fundación Federico Engels, Madrid, 2000.

PADURA, LEONARDO: *El Hombre que amaba a los perros*, Colección andanzas, Tusquets editores, 4ta. edición, 2010.

SERGE, VÍCTOR: *La vida y la muerte de León Trotski*, (<http://www.fundanin.org/>).

TRAVERSO, ENZO: *El «profeta mudo»: Trotski hoy*, (www.vientosur.info/documentos/Enzo%20Traverso%20LT.pdf).

TROTSKY, LEÓN: *¿Qué es y a dónde va la Unión Soviética? La Revolución Traicionada*, Pathfinder, Nueva York, 1992.

_____ : *La Revolución Española. Selección de escritos (1930-1939)*. Fundación Federico Engels, Madrid, 2006.

_____ : *Stalin. Los libros del nuevo tiempo*, Barcelona, 1950.

_____ : *Stalin, el gran organizador de derrotas. La III internacional después de Trotski*, El Yunque Editora, Argentina, 1974.

Trotski en la Web

(<http://www.ceip.org.ar/escritos>)

(<http://www.marxists.org/espanol/Trotski/temas.htm>)

(<http://www.fundanin.org/atrotski.htm>)

(<http://www.Trotski.net>)

(<http://www.Trotskiana.net/>)

(http://es.wikiquote.org/wiki/Le%C3%B3n_Trotski)



OTROS TÍTULOS DE OCEAN SUR



ROSA LUXEMBURGO

Compilado por Néstor Kohan

El nombre de Rosa, amada y admirada hoy por los jóvenes más radicales y combativos de todo el mundo, es símbolo de rebeldía y revolución. Cuando ya nadie se acuerda de los viejos jerarcas de la socialdemocracia europea del siglo XIX, el pensamiento de Rosa continúa generando polémicas.

133 páginas, 2006, ISBN 978-1-920888-60-2

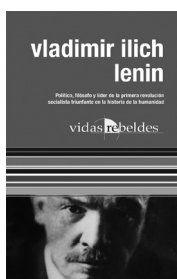


CARLOS MARX

Compilado por Julio Antonio Fernández Estrada

Carlos Marx fue un hombre del siglo XIX al que se le han atribuido fracasos y revoluciones del siglo XX. El Moro campeador que cambió las formas de pensar de los revolucionarios del mundo, ha sido tergiversado, reducido a dogma impracticable, en nombre del socialismo, y mal leído por los mismos enemigos burgueses que le siguen temiendo.

156 páginas, 2010, ISBN 978-1-921438-80-6

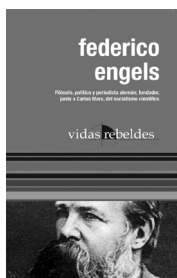


VLADIMIR ILICH LENIN

Compilado por Miriam Herrera

Este libro nos ratifica que cuando hablamos de la pérdida de la fe en la emancipación anticapitalista, de la erosión de la teoría política marxista y el desconcierto teórico que todavía puede respirarse, no es posible eludir el análisis de la práctica revolucionaria del hombre que ensanchó los horizontes de la revolución.

189 páginas, 2010, ISBN 978-1-921438-96-7



FEDERICO ENGELS

Compilado por Julio Antonio Fernández Estrada

Engels leía en veinte idiomas, se dedicó al periodismo histórico, económico y político, fundó con Marx organizaciones obreras por toda Europa, fue perseguido por gobiernos reaccionarios burgueses y fue honrado por el movimiento socialista mundial. Su obra, unida a la de su amigo de lucha es parte de la riqueza intelectual y política de la humanidad.

186 páginas, 2010, ISBN 978-1-921438-97-4

OTROS TÍTULOS DE OCEAN SUR



MARX Y ENGELS. TEXTOS ESCOGIDOS

Selección y prólogo de Jacinto Valdés-Dapena y María del Carmen Ariet

En esta selección que entregamos al lector es ineludible esclarecer la correlación entre la génesis y la formación del marxismo, la relación entre los pensamientos de Marx y Engels, los compromisos políticos, las polémicas con corrientes y pensadores de su época, y sobre todo, el camino recorrido para alcanzar una teoría en permanente transformación.

373 páginas, 2011, ISBN 978-1-921700-02-6



ROSA LUXEMBURGO

La flor más roja del socialismo

Rosa Luxemburgo, Clara Zetkin, Néstor Kohan

La memoria inseparable de Rosa, su pensamiento marxista, su ética revolucionaria y su indoblegable ejemplo de vida, continúan vivos. Las nuevas generaciones, metidas de lleno en la lucha contra el capital globalizado y el imperialismo, no la olvidan.

53 páginas, 2012, ISBN 978-1-921438-56-1

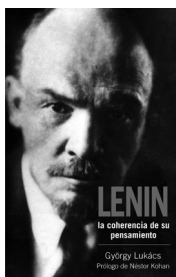


LA VIDA Y EL PENSAMIENTO REVOLUCIONARIO DE MARX Y ENGELS

David Riazanov

Recopilación de textos que abordan la actividad revolucionaria de Marx y de Engels a partir de su estrecha relación con el proceso histórico real en el cual vivieron. Riazanov nos muestra un panorama de la época y de la praxis cotidiana de estos hombres, quienes, consagrados a la emancipación de la clase trabajadora, van perfilando sus reflexiones teóricas inmersos plenamente en las luchas políticas y filosóficas de su tiempo.

280 páginas, 2011, ISBN 978-1-921700-03-3



LENIN

La coherencia de su pensamiento

György Lukács / Prólogo de Néstor Kohan

Hoy, cuando algunos se empeñan en proclamar el fracaso de las utopías, las páginas de este libro abogan por la pertinencia del socialismo como única alternativa para alcanzar ese otro mundo no solo mejor y posible, sino también necesario.

136 páginas, 2014, ISBN 978-1-925019-54-4



ocean sur

una nueva editorial latinoamericana
www.oceansur.com • info@oceansur.com

Ocean Sur es una casa editorial latinoamericana que ofrece a sus lectores las voces del pensamiento revolucionario de América Latina de todos los tiempos. Inspirada en la diversidad étnica, cultural y de género, las luchas por la soberanía nacional y el espíritu antiimperialista, ha desarrollado durante siete años múltiples líneas editoriales que divulgan las reivindicaciones y los proyectos de transformación social de Nuestra América.

Nuestro catálogo de publicaciones abarca textos sobre la teoría política y filosófica de la izquierda, la historia de nuestros pueblos, la trayectoria de los movimientos sociales y la coyuntura política internacional.

El público lector puede acceder a un amplio repertorio de libros y folletos que forman parte de colecciones como el Proyecto Editorial Che Guevara, Fidel Castro, Revolución Cubana, Contexto Latinoamericano, Biblioteca Marxista, Vidas Rebeldes, Historias desde abajo, Roque Dalton, Voces del Sur, La otra historia de América Latina y Pensamiento Socialista, que promueven el debate de ideas como paradigma emancipador de la humanidad.

Ocean Sur es un lugar de encuentros.